

revista de la

universidad de méxico

**virginia woolf:
bocetos del pasado, sobre las mujeres y la literatura**



Carla Gómez

**cuentos de katherine mansfield, esther seligson y maría luisa puga
tres narradoras del cono sur:**

armonía somers, angélica gorodischer y mercedes rein

poemas de ida vitale, emily dickinson y maría de la cruz patiño

crítica: sobre k. mansfield, angelina muñiz y las poetisas mexicanas

Sumario Volumen XXXII, número 1, septiembre de 1977

Virginia Woolf

Bocetos del pasado, 1

Una mente terriblemente sensitiva, 6



(En los recuadros) *Fragmentos de Las mujeres y la literatura*

Katherine Mansfield

La señorita Brill, 7

Esther Seligson

De sueños, presagios y otras voces, 10

Ida Vitale

Dos poemas, 15

Angélica Gorodischer

Los sargazos, 17

Mercedes Rein

Monte Pío, 23

I Las obras "completas" de Francisco Hernández,
por Efrén C. del Pozo

Armonía Somers

El desvío, 25

Emily Dickinson

Doce poemas, 30

María Luisa Puga

Miopía, 33

Clásicos de la crítica / Crítica de los clásicos

Conrad Aiken

Katherine Mansfield: una sensibilidad aguda, 39



Libros

José Buil

Tierra adentro de Angelina Muñiz, 44

Francisco Hinojosa

Poetisas mexicanas del siglo XX, 44

(3a. de forros)

María de la Cruz Patiño

Dos poemas

Portada: Dibujo de Luis Enriquez

NOTA:

Por un error ajeno a la Redacción, en el número 12 del Vol. XXXII, hubo dos errores que consideramos importante enmendar. En la pág. 41 faltó anotar que el libro *Las muertas*, de Jorge Ibarquena, fue publicado por Joaquín Martínez, en México, en 1977. En la pág. 45, tercera columna, falta: "... desechadas. Por eso la realidad válida poéticamente el cuento porque en éste lo real es una mera posibilidad desechada." Y la 2ª de la misma página: "Aquí, especialmente, el cuento falla en su efecto. La realidad es mucho más eficaz y no puede repetirse..." La Redacción.

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo / Secretario General Académico: Dr. Fernando Pérez Correa

Revista de la Universidad de México

Órgano de la Dirección General de Difusión Cultural

Director: Hugo Gutiérrez Vega

Consejo de Redacción:

Fernando Curiel, Margo Glantz, Hugo Gutiérrez Vega, Eduardo Lizalde, Guillermo Sheridan

Jefe de redacción: Guillermo Sheridan / Asistente: Rafael Vargas

Editores: Armida de la Vara y Joana Gutiérrez / Dirección artística: Vicente Rojo, Bernardo Recamier

Torre de la Rectoría, 10o. piso

Ciudad Universitaria, México 20, D. F.

Teléfono: 5 48 65 00, ext. 123 y 124

Franquicia postal por acuerdo presidencial del 10 de octubre de 1945, publicado

en el D. Of. del 28 de oct. del mismo año

Precio del ejemplar: \$ 10.00

Suscripción anual: \$ 100.00 Extranjero Dls. 12.00

Administración: María Luisa Mendoza Tello

Patrocinadores:

Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.

Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.

Ingenieros Civiles Asociados [ICA]

Nacional Financiera, S. A.

Instituto Mexicano del Seguro Social

INFONAVIT

Bocetos del pasado*

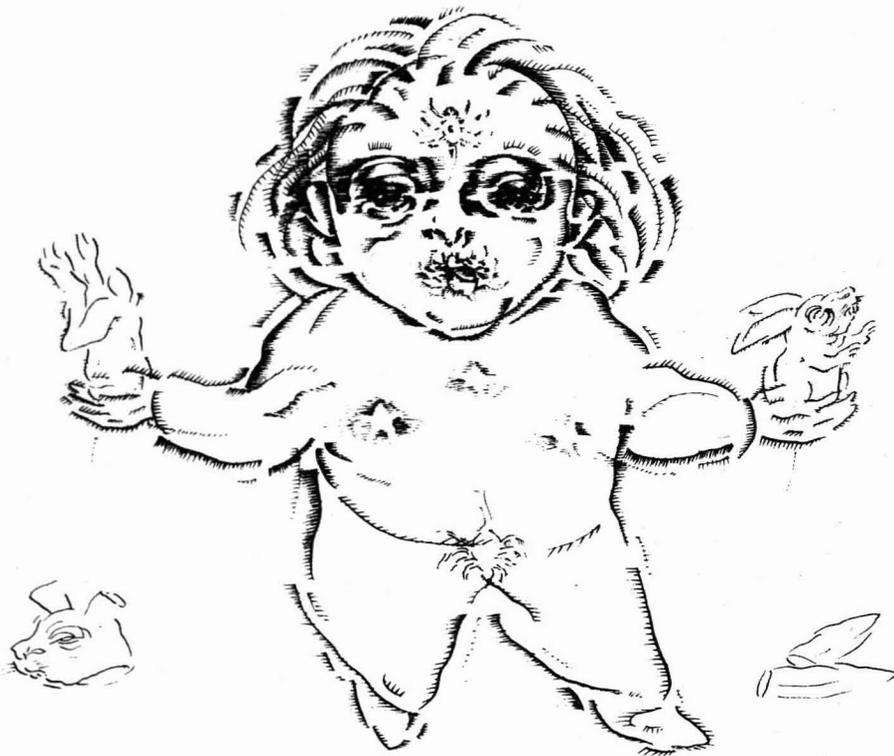
Hace un par de días —el 16 de abril de 1939, para ser precisa— Nessa¹ dijo que si no empezaba a escribir mis memorias pronto estaría demasiado vieja para intentarlo. Tendría 85 años, y habría olvidado todo —recuérdese el triste caso de Lady Strachey.² Como sucede que estoy harta de escribir la vida de Roger,³ quizá dedique dos o tres mañanas a hacer un boceto. Hay varias dificultades: en primer lugar la enorme cantidad de cosas que puedo recordar; en segundo, la enorme cantidad de maneras en las que pueden escribirse las memorias. Como gran lectora de memorias que soy, conozco muchas. Pero si empiezo a considerarlas y a analizar sus méritos y sus errores, las mañanas —cuento, a lo sumo, con dos o tres— se habrán ido. Así que sin detenerme a escoger la manera, en la seguridad y certeza de que se encontrará sola —y si no importa— empiezo: primer recuerdo.

Este era de flores púrpuras y rojas sobre fondo negro: el vestido de mi madre; y estaba sentada en un tren o en un ómnibus y yo estaba en su regazo. Por lo tanto veía las flores de su vestido desde muy cerca; y aún puedo ver púrpura y rojo y azul, creo, contra lo negro; supongo que han de haber sido anémonas. Quizá íbamos a St. Ives; más probable, pues por la luz ha de haber sido un atardecer, es que regresásemos a Londres. Pero me conviene más, artísticamente, suponer que íbamos a St. Ives, pues eso me llevará a mi otro recuerdo, que también

parece ser el primero, y que es de hecho el más importante de todos. Si la vida tiene una base sobre la que se levanta, si es un recipiente que uno llena y llena y llena, entonces mi recipiente, sin duda, se encuentra sobre este recuerdo. Es de yacer medio dormida, medio despierta, en cama, en el cuarto de juegos en St. Ives. Es de oír las olas que se rompen, una, dos, una, dos, y que lanzan un golpe de agua sobre la playa; y luego se rompen, una, dos, una, dos, detrás de una persiana amarilla. Es un recuerdo de oír a la persiana recoger su grano de luz de sobre el suelo cuando el viento la mueve. Es de yacer en la cama y oír las olas y ver esa luz y sentir, es casi imposible que esté yo aquí; de sentir el más puro éxtasis concebible.

Podría pasar horas tratando de escribir eso como debería de escribirse para expresar el sentimiento aquel que, incluso en este momento, es demasiado fuerte en mí. Pero fracasaría (a menos de que tuviera magnífica suerte); me atrevería a decir que esa suerte sólo se lograría de haber empezado con una descripción de Virginia misma.

Es aquí donde me topo con una de las dificultades del escritor de memorias —una de las razones por las que, aunque he leído tantas, tantas son fracasos. Dejan fuera a la persona a la que le sucedieron las cosas. La razón es la dificultad para describir a cualquier ser humano. De ahí que digan: “Esto es lo que sucedió”; pero no dicen cómo era la persona a la que le sucedió. Y bien poco significan los sucesos a menos que sepamos a quién le sucedieron. ¿Quién era yo en ese entonces? Adeline Virginia Stephen, la segunda hija de Leslie y Julia Prinsep Stephen, nacida el 25 de enero de 1882, descendiente de mucha gente, algunos famosos, otros oscuros; nacida no de padres ricos sino de padres pudientes, nacida a un mundo muy comunicativo, letrado, epistolar, articulado y atractivo del siglo XIX; lo que significa que podría, de tomarme el trabajo, escribir bastante no sólo de mis padres, sino de mis tíos y tías, primos y amigos. Ignoro qué tanto de esto, o qué parte de esto, me haría sentir lo que sentí en el cuarto de juego de St. Ives. Ignoro qué tanto difiero de otra gente. Lo que es otra dificultad para el autor de memorias. Aún así, para autodescribirse verdaderamente, uno debe tener cierto modelo de comparación; ¿era yo lista, estúpida, bonita, fea, fría, apasionada? Quizá debido a que nunca estuve en la escuela, a que nunca competí en campo alguno con niños de mi edad, jamás he sido capaz de comparar mis defectos o virtudes con los de otra gente. Mas por supuesto que había una razón externa para la intensidad de esta primera impresión: la impresión de las olas y la luz en la cortina; la sensación, como a veces me la describo yo misma, de estar acostada dentro de una uva y de ver a través de una película de amarillos semi-transparentes que, posiblemente, se debía a los meses que pasábamos en Londres. Cambiar de cuarto de



Luis Quintanilla '77

* Fragmento de *A Sketch of the Past*, un texto escrito por Virginia Woolf entre 1939 y 1940, cuando contaba con cerca de sesenta años de edad, y que se conservó inédito hasta 1976. En esa fecha, junto a otros textos de carácter autobiográfico, fue publicado por Jeanne Schulkind, bajo el título *Moments of Being* por Redwood Burn Ltd. de Londres.



Virginia Woolf

juego era un gran cambio. Y luego estaba el largo viaje en tren; y la excitación. Recuerdo la oscuridad; las luces; la emoción de irse a la cama.

Fijaré la atención en el cuarto de juego: tenía un balcón; había una pared, pero se unía al balcón del cuarto de mis padres. Mi madre salía a su balcón en un camisón blanco. Había flores de la pasión creciendo entre la pared; había floraciones estrelladas, de vetas púrpuras, y grandes botones verdes, parte vacíos, parte llenos.

Si fuera pintora, pintaría estas primeras impresiones en amarillo pálido, plateado y verde. Había la cortina amarilla pálido; el mar verde y las plateadas flores de pasión. Haría un cuadro que fuera globular; semi-transparente. Haría una pintura de pétalos curvos; de conchas; de cosas semi-transparentes; haría formas curvas que permitieran el paso de la luz pero sin ofrecer un perfil precioso. Todo sería grande y pálido; y lo que se viera se oiría a la vez; los sonidos vendrían de esta hoja o pétalo —sonidos no distinguibles de lo visible. Lo audible y lo visible parecen tener igual importancia en estas primeras impresiones. Cuando pienso en las mañanas en la cama oigo también, como cayendo de grandes alturas, en el graznido de las cornejas. El sonido parece caer a través de un aire pegajoso y elástico que lo detiene, que le impide distinción y agudeza. La calidad del aire sobre Talland House parecía suspender al sonido, dejarlo caer con lentitud, como si hubiera sido atrapado por un chicoso velo azul. El graznido de las cornejas es parte de las olas que se rompen —una, dos, una, dos— y del ruido de sus resacas para nuevamente levantarse, y ahí yacía yo medio despierta, medio dormida, dibujando en un éxtasis imposible de describir.

El siguiente recuerdo —todos estos recuerdos, a colores y con sonido flotan juntos en St. Ives— era mucho más robusto; era muy sensual. Era más tardío. Aún me contagia su tibieza; como si todo estuviera maduro; susurrante; soleado; percibiendo tantos aromas al mismo tiempo; y juntos haciendo un todo que incluso ahora me obliga a detenerme —como entonces me detuve cuando bajaba a la playa; me detuve arriba para mirar los jardines. Estaban como hundidos bajo el camino. Las manzanas quedaban a nivel de la cabeza de uno. Los jardines desprendían un murmullo de abejas; las manzanas eran rojas y doradas; había también flores rosas; y hojas grises y plateadas. El zumbido, el canturreo, el aroma, todo parecía apretarse contra una membrana; no para romperla; para tararear alrededor de mí un tan completo arrebató de placer que me detuve, oí, miré. Pero otra vez soy incapaz de describir ese arrebató. Más que éxtasis, era un arrebató.

La fuerza de estos cuadros —la visión estaba tan mezclada con sonidos que “cuadro” no es la palabra— la fuerza, en fin, de estas impresiones nuevamente me hace divagar. Esos momentos —en el cuarto de juego, en el camino a la playa— pueden todavía ser

más reales que el momento actual. Esto lo acabo de probar. Pues me he levantado y he cruzado el jardín. Percy rastrillaba el lecho de los espárragos; Louie sacudía un tapete frente a la puerta de la recámara. Pero los veía yo *entre* la visión que vi aquí; el cuarto de juego y el camino de la playa. A veces puedo *regresar* a St. Ives con mayor plenitud que esta mañana. Puedo alcanzar un estado en el que parezco estar viendo las cosas como si ahí estuviera. Esto sucede, supongo, porque mi memoria aporta lo que había olvidado, en forma tal que las cosas parecen suceder independientemente aunque en realidad yo las provoqué. En ciertos estados favorables, las memorias —lo que uno ha olvidado— surgen y se lanzan hacia arriba. De ser cierto esto ¿no sería posible —me pregunto a menudo— que las cosas que hemos sentido con gran intensidad tengan una existencia independiente de nuestras mentes y que sean, de hecho, cosas que aún existen? De ser así ¿no sería posible, con el tiempo, que se inventara un aparato capaz de grabarlas? Contemplo el pasado como una avenida que está detrás; una larga cinta de escenas y emociones. Al final de la avenida están el jardín y el cuarto de juegos. En lugar de recordar una escena aquí, un sonido allá, me conecto a un enchufe de la pared y escucho en el pasado. Conectaré agosto de 1890. Siento que esa fuerte emoción debe dejar huellas; y sólo es cuestión de descubrir cómo podemos nuevamente unimos a ella para vivir otra vez nuestras vidas desde el principio.

Lo peculiar de estos dos recuerdos es que ambos son sumamente sencillos. En ellos, a duras penas estoy consciente de mí misma y sólo lo estoy de la sensación. Sólo soy el continente de la sensación de éxtasis, de la sensación de arrebató. Quizá esto sea característico de todos los recuerdos de infancia; quizá esto es lo que explica su fuerza. Posteriormente les agregamos a esos sentimientos algo que los hace más complejos; y, por tanto, menos fuertes; y si no menos fuertes, menos aislados, menos completos. Pero en vez de analizar esto, he aquí un ejemplo de a lo que me refiero: mi sensación ante el espejo del *hall*.

Había un pequeño espejo en el *hall* de Talland House. Tenía, recuerdo, un borde sobre el que había un cepillo. Parándome de puntas podía ver mi cara en el espejo. Cuando tenía seis o, quizá, siete años, adquirí el hábito de mirar mi cara en el espejo. Pero sólo lo hacía si estaba cierta de estar sola. Me daba vergüenza. Un fuerte sentimiento de culpa parecía estar naturalmente asociado al acto de mirarme. ¿Por qué? : se me ocurre una razón obvia: Vanessa y yo éramos lo que suele llamarse *marimachas*; o sea: jugábamos cricket, retozábamos entre las rocas, trepábamos a los árboles, se decía que no cuidábamos nuestra ropa, etc. Quizá entonces haber sido atrapada en el acto de mirarme al espejo hubiera sido considerado algo en contra de nuestro código marimacho. Creo que mi sentimiento



de culpa iba mucho más allá. Me siento tentada a sondear su origen hasta mi abuelo, Sir James, quien una vez fumó un puro, le gustó, y por eso lo tiró y jamás fumó otro. Me siento tentada a pensar que heredaré ciertos rasgos puritanos de la secta más puritana a la que pertenecieron mis abuelos. De cualquier modo, la vergüenza ante el espejo ha durado lo que mi vida, incluso cuando la época marimacha terminó. Todavía no me puedo polvear la nariz en público. Todo lo relacionado con la ropa —que quede bien, entrar a una habitación con un vestido nuevo— es algo que todavía me asusta; por lo menos me apena, me hace consciente de mí misma. Me pone poco comfortable. “Oh poder correr como Juliana Morrell por el jardín con un vestido nuevo”, pensaba, no hace muchos años, en Garsigton; cuando Juliana abrió un paquete y se puso el vestido nuevo y empezó a correr y a correr como una liebre. Sin embargo, la feminidad era algo muy fuerte en nuestra familia. Eramos famosas por nuestra belleza: la belleza de mi madre, la de Estella, que me producían, desde que tengo memoria, gran orgullo y no menos placer. ¿De dónde venía, entonces, ese sentimiento de culpa, a menos que fuera la herencia de instinto opuesto? Mi padre era espartano, asceta, puritano. No creo que sintiera atracción por la pintura, ni oído para la música, ni mayor sentido del sonido de las palabras. Esto me lleva a pensar que mi sentido del placer —diría “nues-

tro” si supiera lo suficiente de Vanessa, Thoby y Adrian (pero qué poco sabemos, inclusive, de nuestros hermanos y hermanas)— a pensar de mi natural amor a la belleza se hallaba en jaque por un ancestral espanto. Esto no impidió, con todo, que yo viviera éxtasis y arrebatos espontáneamente, intensamente, y sin vergüenza alguna o sentimientos de culpa, siempre y cuando no estuvieran asociados con mi propio cuerpo. Aquí detecto otro elemento en la vergüenza que me producía ser atrapada mirándome en el espejo del *hall*. He de haber tenido vergüenza o miedo de mi propio cuerpo. Otro recuerdo, también del *hall*, puede servir para explicar esto. Había una repisa junto a la puerta del comedor en la que se ponían los platos. En una ocasión, cuando yo era muy pequeña, Gerald Duckworth me levantó y me sentó en ella, y cuando yo estaba ahí sentada él empezó a explorar mi cuerpo. Recuerdo la sensación de su mano moviéndose bajo mi ropa; yendo cada vez más abajo, con firmeza, entre mi ropa. Recuerdo cómo deseaba que se detuviera; cómo me endurecí y me retorcí cuando su mano llegaba a mis partes privadas. Pero no se detuvo. Su mano también exploró mis partes privadas. Recuerdo que me resentía y me disgustaba, ¿cuál es la palabra para un sentimiento tan bobo y tan confuso? Ha de haber sido muy fuerte, ya que aún lo recuerdo. Esto parece mostrar un especial sentimiento de las partes del cuerpo: cómo no deben tocarse; cómo está mal permitir que

sean tocadas; cómo ésto es instintivo. Prueba que Virginia Stephen no nació el 25 de enero de 1882 sino hace miles de años; y tuvo que, desde el principio, hallarse con instintos previamente adquiridos por miles de antepasados.

Y esto arroja su luz no solamente en mi propio caso, sino sobre el problema que mencioné en la primera página: porqué es tan difícil dar una relación cualquiera de la persona a la que le suceden las cosas. Es evidente que la persona es inmensamente complicada. Véase el incidente del espejo. Aunque he hecho todo lo posible para explicar porqué me avergonzaba mirarme en él, apenas he sido capaz de descubrir algunas razones posibles. Puede que haya otras. No pretendo haber llegado a la verdad; y este es sólo un simple incidente; y me sucedió a mí personalmente; y no tengo motivos para mentir. A pesar de todo esto, la gente escribe lo que llama "vidas" de otras gentes; esto es, reúnen cierto número de sucesos y dejan en el desconocimiento a las gentes a quienes les sucedieron. Permítaseme que anexe un sueño que puede referirse al incidente del espejo. Soñé que estaba mirando un espejo cuando una cara horrible —la de un animal— súbitamente apareció sobre mi hombro. No puedo estar segura de si esto fue un sueño o si realmente sucedió. ¿Me estaba mirando en el espejo un día cuando algo de lo que había detrás se movió y a mí me pareció que se trataba de algo vivo? No puedo estar segura. Pero siempre he recordado la otra cara en el espejo, —no importa si sueño o realidad— y que me asustó.

Estos son, pues, algunos de mis primeros recuerdos. Pero, por supuesto, en tanto crónica de mi vida, son tergiversadores, pues las cosas que uno no recuerda son igualmente importantes; quizá más todavía. Si pudiera recordar un día completo podría describir, al menos superficialmente, lo que la vida era en mi infancia. Por desgracia uno sólo recuerda lo excepcional. Y no parece haber razones que hagan excepcional a una cosa y a otra no. ¿Porqué he olvidado tantas cosas que habrán sido, supondría uno, más memorables que las que he recordado? ¿Porqué recordar el zumbido de las abejas en el jardín de paso al mar, y olvidar completamente que mi padre me lanzaba desnuda al agua? (La señora Swanwick dice que ella lo vio).⁴

Esto me lleva a una digresión que quizá explique algo de mi propia psicología, o de la de otras personas. Con frecuencia, al estar escribiendo una de mis (llamadas) novelas me ha desconcertado este problema: cómo describir lo que, en mi taquigrafía privada, llamo "no ser".⁵ Cada día incluye mucho más no-ser que ser. Ayer por ejemplo, martes 18 de abril, fue un buen día; más alto que lo normal en ser. Estuvo bien: disfruté escribiendo estas primeras páginas; mi mente se sintió relevada de la presión de escribir sobre Roger; caminé por el Monte Miseria y junto al río; e ignorando que la marea estaba baja, el campo, que siempre veo con atención, se hallaba

coloreado y sombreado como a mí me gusta —ahí estaban los sauces, recuerdo, plúmeos y suavemente verdes y púrpuras contra lo azul. También leí a Chaucer con placer; y empecé un libro —las memorias de Madame de la Fayette— que me interesó mucho. Estos momentos de ser estuvieron, sin embargo, enmarcados en mucho más momentos de no ser. Ya olvidé lo que Leonard y yo hablamos durante la comida y durante el te: aunque fue un buen día, su bondad estuvo depositada en una especie de indescriptible algodón. Esto siempre sucede. Una buena parte de cada día se vive inconscientemente. Uno camina, come, ve cosas, se enfrenta a lo que debe hacerse; la aspiradora rota, la comida que debe hacerse, las órdenes a Mabel, la lavandería, la estufa, el encuadernado de los libros. Cuando es un mal día, la proporción de no-ser es mucho más grande. Tuve un poco de fiebre la semana pasada; casi todo el día fue un día de no-ser. El verdadero novelista de algún modo puede dar cuenta de ambas clases de ser. Creo que Jane Austen puede hacerlo; y Trollope; quizá Thackeray y Dickens y Tolstoy. Yo jamás he podido hacerlo. Lo intenté en *Night and day*, y en *The Years*. Pero, por el momento, haré a un lado lo literario.

Cuando niña, entonces, como ahora, mis días contenían una respetable proporción de *borra*, de no-ser. Las semanas corrían en St. Ives y nada dejaba huella alguna en mí. Entonces, aparentemente sin razón alguna, hubo un fuerte sacudimiento; algo sucedió tan violentamente que no podría olvidarlo en toda mi vida. Daré unos cuantos ejemplos. El primero: peleaba con Thoby en el jardín. Nos golpeábamos uno al otro con los puños. Justo cuando levantaba la mano para golpearlo sentí: ¿porqué herir a otra persona? Dejé caer la mano en ese preciso instante, y me quedé ahí parada, y lo dejé golpearme. Recuerdo el sentimiento. Era una sensación de desesperanzada tristeza. Fue como si hubiera cobrado una súbita conciencia de algo terrible; y de mi propia falta de poder. Me escurrí de ahí, sola, sintiéndome horriblemente deprimida. El segundo sucede también en los jardines de St. Ives. Estaba mirando el lecho de flores junto a la puerta principal: "Esto es *el todo*", me dije. Estaba mirando una planta y, de pronto, resultaba muy claro que la flor misma era parte de la tierra; que un anillo abarcaba lo que era la flor; y que eso era la verdadera flor: parte tierra, parte flor. Ese fue un pensamiento que guardé pensando que sería útil posteriormente. El tercer caso sucedió también en St. Ives. Unas personas apellidadas Valpy se estaban quedando en St. Ives y se habían ido. Esperábamos la cena una noche cuando oí a mi padre o a mi madre decir que el señor Valpy se había suicidado. Lo que recuerdo, a continuación, es que yo camino, de noche, en el jardín, junto al manzano. Me parecía que el manzano estaba de algún modo relacionado con el horror del suicidio del señor Valpy. No podía pasar junto a



él. Me quedé ahí, mirando las arrugas verdigrises del tronco —era noche de luna— en un trance de verdadero horror. Me sentí como arrastrada, sin esperanza alguna, hacia un pozo de absoluta desesperación del que resultaba imposible escapar. Mi cuerpo pareció paralizarse.

Estos son tres ejemplos de momentos excepcionales. A menudo los repito, o, mejor, surgen inesperadamente a la superficie. Pero ahora, que los escribo por primera vez, me doy cuenta de algo que antes no había notado. Dos de estos momentos terminaron en un estado de desesperación. El otro, por el contrario, en uno de satisfacción. Cuando dije ante la flor “Esto es el todo”, sentí que había hecho un descubrimiento. Sentí que algo había guardado en mi mente a lo que después podría regresar, explorar luego, comprender. Ahora me resulta claro que esta era una esencial diferencia. Era la diferencia, en primer lugar, entre la satisfacción y la desesperación. Creo que esta diferencia surge del hecho de que yo era bastante incapaz de tolerar el dolor de descubrir que la gente puede lastimarse entre sí; que un hombre, al que yo había visto, se había matado. La sensación del horror me dejó desprotegida. Pero en el caso de la flor hallé una razón, y por tanto me hallaba en situación de

tolerar la sensación que me había provocado. No estaba indefensa. Estaba consciente —si bien a distancia— que con el tiempo me lo explicaría. Ignoro si era mayor cuando vi la flor que cuando sufrí las otras dos experiencias. Sé —eso sí— que muchos de estos momentos excepcionales trajeron con ellos un horror muy peculiar y un colapso físico; ellos eran dominantes; yo pasiva. Lo que sugiere que, en la medida en la que uno crece, la razón le ofrece a uno mayor poder para crear explicaciones y que estas explicaciones suavizan la enorme fuerza del golpe. Creo que esto es cierto, pues aunque aún tengo la peculiaridad de recibir estos choques súbitos, ahora siempre son bienvenidos; después del primer impacto siento, al instante, que son particularmente valiosos. De ahí paso a pensar que mi capacidad de asimilar estos golpes es lo que me convierte en escritora. Aventuraría la explicación de que en mi caso, un golpe de esa naturaleza siempre se ve seguido de mi deseo de explicarlo. Siento que he recibido un golpe; pero éste no es, como en mi infancia, el golpe que me da un enemigo oculto tras el no-ser de la vida cotidiana; es, o no tardará en ser, cierto tipo de revelación; es el signo de una cosa real oculta detrás de las apariencias; y yo lo hago real al ponerlo en palabras. Sólo al ponerlo en palabras lo totalizo; esta totalidad significa que el golpe ha perdido su poder para herirme; me produce, quizá porque al hacerlo le quito el dolor, un gran placer unir las partes separadas. Este es, quizá, el más alto placer que conozco. Es el arrebató que sufro cuando, al escribir, descubro qué pertenece a qué; haciendo que una escena termine bien; retocando hasta el final a un personaje. A partir de esto llego a lo que podría llamar una filosofía —o lo que, a fin de cuentas, es una idea que constantemente tengo—: que detrás del algodón del no-ser se oculta cierto patrón; que nosotros —me refiero a los seres humanos— estamos conectados con esto; que el mundo entero es una obra de arte; que somos parte de una obra de arte. *Hamlet* o un cuarteto de Beethoven es la verdad sobre esta vasta masa que llamamos el mundo. Pero no hay Shakespeare, no hay Beethoven; cierta y enfáticamente no hay Dios; somos las palabras; somos la música; somos las cosas mismas. Y esto lo veo cada vez que sufro un nuevo golpe.

Notas

- 1 Vanessa Bell (née Stephen), hermana de Virginia.
- 2 Madre de Lytton, escribió cuando tenía 85 años de edad unos “Recuerdos de una larga vida” en menos de diez cuartillas.
- 3 En este tiempo Virginia Woolf escribía la vida de Roger Fry que, un año después (1940) apareció en The Hogarth Press.
- 4 En su autobiografía, *I have been young* (Londres, 1935) esta señora recordaba que el señor Stephen desnudaba a sus hijos frente al mar “y luego los lanzaba entre sus piernas”.
- 5 “Non-being”.

Una mente terriblemente sensitiva

fue el título que le puso Virginia Woolf a un breve comentario sobre Katherine Mansfield originalmente publicado en el New York Herald Tribune en 1927 y recogido posteriormente en Granite and Rainbow, en 1958. Esta nota, escrita cuatro años después de la muerte de Mansfield, trata de los diarios que, durante ocho años —la última entrada es de unos tres meses antes de su muerte— la autora de The Garden Party llevó con la delicadeza y la minuciosidad con la que escribía su literatura. Anexo también un fragmento,

fechado el 7 de agosto de 1918, de *A Writer's Diary*, editado por Leonard Woolf en Harcourt Brace en 1953. Entre el "¡Está acabada!" de 1918 y el "Como autora de cuentos cortos nadie la ha alcanzado y ningún crítico ha sido capaz de definir sus cualidades" de 1927 podemos leer el cambio tanto en Woolf como en Mansfield y, quizá más importante, la virtud esencial de la crítica seria: la suficiente volubilidad para mudarse y precisar con creciente vigor las ideas sobre la literatura. (N. de la R.)

(Cuando leí *Bliss*) aventé el libro diciendo: "¡Está acabada!". En verdad me resulta difícil ver cuánta fe en sí misma, como mujer y como escritora, puede sobrevivir en ella después de esa historia. Tendré que aceptar el hecho, me temo, de que su mente es de un material muy frágil; de que su tierra nutricia oculta debajo roca árida y estéril. Ya era tiempo, con *Bliss*, de que hubiera ido a lo más hondo. En cambio, se satisface con su brillantez superficial; la concepción toda del libro es pobre, barata, sin dejar de ser la visión de una mente interesante si bien imperfecta. Escribe mal, además. El efecto final que me produce es el de una dureza humana molesta. Lo leeré otra vez, pero dudo que cambie de opinión. Seguirá, por su parte, haciendo esta clase de cosas que se ajustan perfectamente a su satisfacción y a la de (John Middleton) Murry.

(*A Writer's Diary*, 1918)

¿Desde qué punto de vista ve a la vida mientras escribe, terriblemente sensitiva, registrando, una tras otra, tan diversas impresiones? Es una escritora; una escritora nata. Todo lo que siente y escucha y mira jamás está separado y fragmentado; todo se hace un todo en la escritura... Nadie percibió con mayor claridad y más seriamente la importancia de la escritura que ella. En cada página de su diario, instintivas, rápidas como son, su actitud hacia su trabajo es admirable, sana, cáustica y austera. No hay insidia literaria ni vanidad ni celos. Aunque en sus últimos años ha de haber estado bien consciente de su éxito, jamás alude a él. Sus propios comentarios sobre su trabajo siempre son penetrantes y objetivos. Pero escribir, la

mera expresión, adecuada y sensible, de las cosas, no es suficiente. Se funda sobre algo siempre inexpresado; y este algo debe ser sólido y entero. Bajo la desesperada presión de su enfermedad* inició una búsqueda difícil y curiosa (de la que apenas hallamos atisbos difíciles de interpretar) de aquella claridad cristalina necesaria cuando uno quiere escribir *verdaderamente*. "Nada valioso puede venir de un ser desunido" escribió. Uno necesita salud en uno mismo. Después de cinco años de lucha abandonó la búsqueda de la salud física no en desesperación, sino porque pensó que el mal estaba en el alma y que la cura, más que en los hospitales estaba en alguna "hermandad espiritual" como la de Fontainebleu, en donde pasó los últimos meses de su vida. Antes de partir escribió la *summa* de su posición ante la vida que cierra el Diario.

Quería salud, ¿a qué se refería con eso? "Por salud", escribió, "me refiero a la capacidad de tener una vida adulta, completa, viva, en contacto con lo que amo —la tierra y sus maravillas— el mar, el sol... Después quiero trabajar. ¿En qué? Deseo tanto la vida que quiero trabajar con las manos y mis sentimientos y mi cerebro. Quiero un jardín, una casita, pasto, animales, libros, cuadros, música. Y aparte de esto, quiero escribir." El diario termina con las palabras "Todo está bien". Y, ya que murió tres meses después, uno se siente tentado a pensar que esas tres palabras encierran una conclusión que la enfermedad y la intensidad de su propia naturaleza la impulsaron a encontrar en una edad en la que casi todos nos movemos, con facilidad, entre esas apariencias e impresiones, esas diversiones y sensaciones, que nadie ha amado mejor que ella.

6

(*A Terribly Sensitive Mind*, 1927)

* Desde 1917, Katherine Mansfield sufrió tuberculosis. (N. del T.)

La señorita Brill



Katherine Mansfield

Aunque estaba espléndido y brillante —el cielo azul polveado en oro y grandes manchas de luz, como en vino blanco, caían sobre los Jardines Públicos— la señorita Brill se hallaba satisfecha de haberse decidido por la piel. El aire estaba inmóvil, pero cuando abrías la boca se sentía un leve escalofrío, como el que te produce un vaso de agua antes de beberlo, y de pronto una hoja caía flotando, desde ningún lado, desde el cielo. La señorita Brill extendió la mano y tocó su piel. ¡Cosa querida! Era agradable tocarla otra vez. Esa tarde la había sacado de su caja, le había sacudido el polvo de naftalina, le había dado una buena cepillada y le había sacado brillo a los ojitos apagados hasta devolverles la vida. “¿Qué es lo que me ha estado pasando?” decían los ojos tristes. Oh, qué hermoso era verlos fulgar otra vez desde el edredón rojo... mas la nariz, hecha de algún material, oscuro, tenía, ciertamente, ya muy poca solidez. De algún modo se habrá golpeado. No importa; un poco de cera cuando llegue el momento, cuando sea absolutamente necesario... ¡El tunante! Sí, es así como se sentía ante la piel, el tunante que se muerde la cola justo en su oído izquierdo. Ya se lo podría quitar y ponerlo en su regazo y acariciarlo. Sentía un cosquilleo en las manos y en los brazos pero eso es por la caminata, pensó. Y al respirar algo leve y triste —no, no exactamente triste— algo leve y suave parecía moverse en su pecho.

Había mucha gente de paseo esta tarde, bastante más que el domingo pasado. Y la banda resoplaba

con más fuerza y alegría. Esto porque se había iniciado la estación. Pues aunque la banda tocaba todos los domingos del año, no era igual en temporada. Fuera de ella era como alguien que toca sólo para la familia sin importarle cómo resulta a menos de que haya un extraño presente. ¿Y no llevaba el director una casaca nueva? Estaba segura de que era nueva. El director llevaba el ritmo con el pie y agitaba los brazos como un gallo a punto de cantar y la banda, sentada en la verde rotonda, inflaba los cachetes y miraba la partitura con fijeza. Ahora sonaba una frase “aflautada” —muy bonita— una cadenita de notas brillantes. Seguramente que la repiten. Ahí está; levantó la cabeza y sonrió.

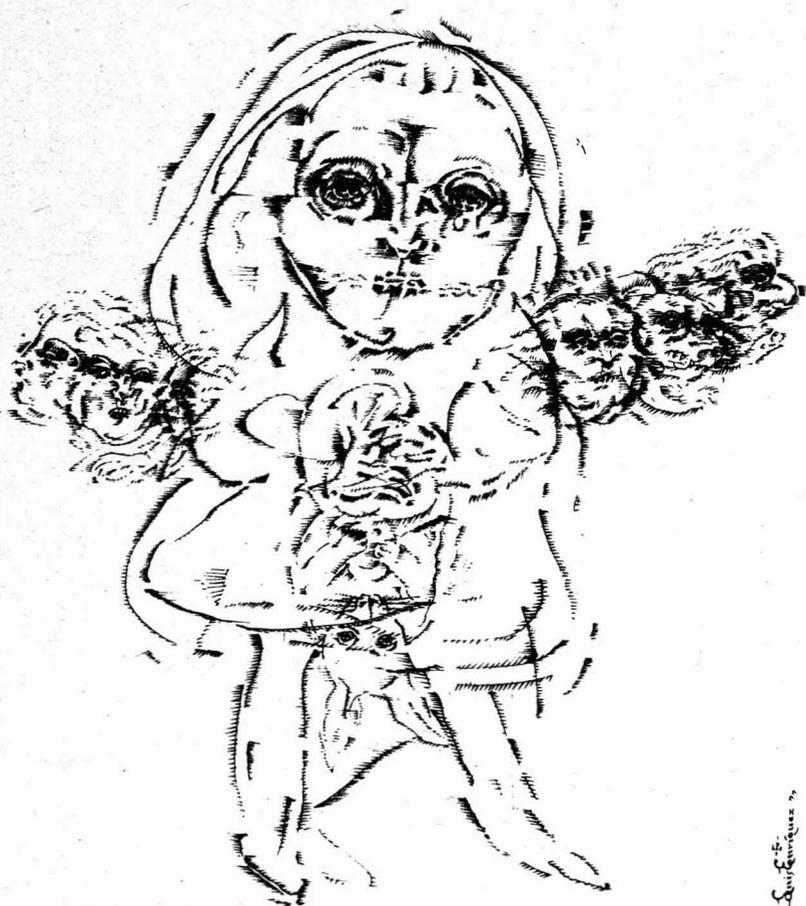
Sólo dos personas compartían su asiento “especial”: un apuesto anciano de saco de terciopelo con las manos unidas sobre un bastón tallado, y una vieja corpulenta, sentada muy derecha, con un tejido sobre su delantal bordado. No hablaban. Esto resultaba decepcionante porque la señorita Brill acostumbraba estar pendiente de las conversaciones. Se había convertido en una verdadera experta, pensaba, en escuchar como si no lo hiciera, en sentarse entre las vidas ajenas sólo por un minuto, mientras hablaban a su alrededor.

Miró de reojo a la pareja. Quizá pronto se irían. El domingo pasado tampoco había sido tan interesante como siempre. Un inglés y su esposa; él con un horrible panamá y ella de zapatos abotonados. Y todo el rato la mujer insistía en que debía usar lentes; sabía que los necesitaba pero ningún caso había en comprarlos porque seguramente se los romperían y, a fin de cuentas, difícilmente se quedarían en su sitio. Y él había sido tan paciente. Todo lo sugirió: armazón de oro, patillas curvas que se ajustaban a la oreja, almohadillas en el puente. No, nada la satisfacía. “¿Se me van a estar resbalando siempre por la nariz!” A la señorita Brill le hubiera gustado pegarle.

Los viejos seguían sentados en la banca, quietos como estatuas. Qué importa, siempre puede uno ver a la gente. De aquí para allá, frente a los lechos de flores y la rotonda, los grupos y las parejas desfaban, se detenían a platicar, a saludarse, a comprar ramos de flores al viejo mendigo que había fijado su bandeja a la barandilla. Entre ellos corrían los niños, gritando y riendo; niños de amplios moños blancos bajo la cara y niñas, muñequitas francesas, vestidas de lazo y terciopelo. De pronto un pequeño llegaba, vacilante, hasta el claro que se abría bajo los árboles, se detenía, miraba a su alrededor, y tan de prisa como había llegado, ¡plop!, se sentaba, hasta que su madre, como una gallina, llegaba repelando a su rescate. Había otras gentes sentadas en las bancas y en las sillas verdes, pero casi siempre eran las mismas, domingo tras domingo, y (esto la señorita Brill lo había notado con frecuencia) algo curioso había en todas ellas. Eran gentes extrañas, calladas, casi todos viejos, y por la forma de mirar parecía



De la Estación



que acababan de salir de cuartos oscuros e incluso, sí, incluso de armarios o baúles.

Detrás de la rotonda los árboles delgados con hojas amarillas cayendo, y entre ellas apenas una raya de mar, y más allá el cielo azul con sus nubes doradas.

¡Chun chun chun chungá chún; ! chungá-chún! chun chungá-chún chun chun! hacía la banda.

Llegaron dos muchachas de rojo y dos jóvenes soldados de azul se presentaron ante ellas, y se rieron todos y se separaron en parejas y se fueron, brazo con brazo. Dos campesinas con ridículos sombreros de paja pasaron gravemente, llevando con ellas hermosos burros de color de humo. Cruzó, apresurada, una monja pálida y fría. Apareció luego una mujer bonita que tiró un ramo de violetas, y un niño se apresuró a recogerlas, y ella las tomó y las aventó de nuevo como si hubiesen estado envenenadas. ¡Dios mío! La señorita Brill no supo si admirar aquello o no. Y ahora una toca de armiño y un caballero de gris se encontraron ante ella exactamente. El era alto, rígido, digno, y ella llevaba la toca de armiño que había comprado cuando su cabello aún era rubio. Ahora todo, su cabello, su cara, hasta sus ojos, era del mismo color que el maltratado armiño, y su mano, en su guante limpio, llevada a los labios, era diminuta y amarillenta como la de un pájaro. ¡Oh, estaba tan contenta de verlo —encantada! Había pensado que se encontrarían, esa tarde. Le platicó dónde había estado: por todas

partes, aquí, allá, por el mar. El día era definitivamente encantador ¿no estaba él de acuerdo? ¿A él no le parecía que, quizá...? Pero él movió la cabeza, prendió un cigarro, aspiró lentamente una gran bocanada, sopló luego el humo sobre la cara de ella e, incluso cuando ella todavía hablaba y reía, aventó el cerillo y se echó a andar. La toca de armiño se quedó sola; sonrió con mayor brillantez. Pero hasta la banda pareció darse cuenta de lo que sentía y tocó con suavidad, tiernamente y el ritmo del tambor “¡Tarado! ¡Tarado!” decía una y otra vez. ¿Qué haría ahora? ¿Qué pasaría? Pero justo cuando la señorita Brill hacía suposiciones, la toca de armiño se volteó, levantó la mano como si hubiera visto a otra persona mucho más agradable por ahí y se alejó trotando. Y la banda cambió de ritmo otra vez y tocó con rapidez, más alegre que nunca, y la anciana pareja en la banca de la señorita Brill se levantó y se fue, y qué hombre tan gracioso el de las largas patillas que marchaba al compás de la música y al que casi derriban cuatro muchachas que caminaban tomadas de los brazos.

¡Oh, era todo tan agradable! ¡Cómo lo disfrutaba todo! ¡Adoraba estar ahí sentada viéndolo todo! Era como una pieza teatral. Exactamente como una pieza de teatro. ¿Quién sería capaz de creer que el cielo, atrás, no estaba pintado? Pero no fue sino hasta que un perrito café apareció trotando solemnemente para luego desaparecer, como un perrito actor bajo el efecto de una droga, que la señorita Brill descubrió qué era lo que hacía todo tan excitante. Todos estaban sobre el escenario. No sólo eran el público, no sólo miraban; estaban actuando. Hasta ella tenía su papel y venía cada domingo. Sin duda alguien hubiera sentido su ausencia de haber fallado; ella era parte de la representación después de todo. Qué raro no haberlo visto así antes. Y sin embargo eso explicaba por qué le resultaba tan importante salir de casa exactamente a la misma hora cada semana —en tal forma que le permitiera llegar a tiempo a la representación— y explicaba también la extraña sensación de pudor ante sus alumnos de inglés cuando les contaba cómo pasaba las tardes de los domingos. ¡Con razón! La señorita Brill casi se rió en voz alta. Estaba en escena. Pensó en el inválido caballero al que le leía los periódicos cuatro tardes cada semana mientras él dormía en el jardín. Bien que se había acostumbrado al frágil rostro sobre la almohada de algodón, a los ojos hundidos, la boca abierta y la nariz filosa. Si hubiera estado muerto ella no se habría dado cuenta en días; no le hubiera importado. ¡Y de pronto el anciano caía en la cuenta de que quien le leía el periódico era una actriz! “¡Una actriz!” Se alzó el viejo rostro; dos puntos de luz temblando en los viejos ojos. “Así que... ¿es usted una actriz?” Y la señorita Brill dobla el periódico como si fuera su libreto y dice suavemente: “Sí, hace mucho tiempo que soy una actriz”.



Quis Enríquez 77

La banda se había tomado un descanso. Ahora nuevamente empezaba a tocar. Y lo que tocaron era algo cálido y soleado, y sin embargo algo tenía de leve escalofrío —un algo... ¿qué era?— de tristeza —no, no era triste— un algo que le hacía a una cantar. La melodía subió, subió, la luz brilló; y le pareció a la señorita Brill que en cualquier momento todos, toda la compañía teatral, empezarían a cantar. Empezarían los jóvenes, los que se reían y caminaban juntos, las voces masculinas se unirían, después, vigorosas y decididas. Y luego ella, también ella, y los demás, los de las bancas, entrarían como en una especie de acompañamiento, bajo, que apenas cambiaría de tono, algo tan hermoso, tan conmovedor... Y los ojos de la señorita Brill se llenaron de lágrimas y miró con una sonrisa al resto de la compañía. Sí, comprendemos, comprendemos, pensó... aunque ignoraba lo que comprendían.

En ese momento preciso un joven y una muchacha llegaron y se sentaron donde antes había estado la pareja de ancianos. Estaban muy bien vestidos; estaban enamorados. El héroe y la heroína, por supuesto, recién desembarcados del yate del papá del joven. Y cantando todavía en silencio, aún con esa temblorosa sonrisa, la señorita Brill se dispuso a escuchar.

“No, ahorita no”, dijo la chica. “Aquí no, no puedo.”

“¿Pero por qué? ¿Por la vieja idiota que está ahí

sentada?” preguntó el muchacho. “¿Para qué diablos vendrá aquí? ¿Quién la necesita? ¿Por qué no se quedará en su casa con todo y su idiota cara ridícula?”

“Es su piel... su pielecita lo que me da risa,” dijo ella sin poderla contener. “Es igualita a un pescado frito”.

“Ah, ¡que se largue!” dijo él en un murmullo molesto. Y luego: “Dime, *ma petite chere*...”

“No, aquí no,” dijo la chica. “*Todavía no.*”

■
Cuando regresaba a casa solía comprar una rebanada de pastel de miel en la panadería. Era el placercito del domingo. A veces le tocaba una almendra en su rebanada, a veces no. Pero había una gran diferencia. Si había la almendra era como llevar a casa un regalito, una sorpresa, algo que bien podía no haber estado ahí. Los domingos de almendra se daba prisa y encendía el cerillo bajo la tetera con gran rapidez.

Hoy pasó de largo la panadería, subió las escaleras, entró a su oscuro cuartito —como un baúl o un armario— y se sentó sobre el edredón rojo. Se quedó sentada ahí un buen rato. La caja de la que había sacado la piel estaba en la cama. Desprendió el broche rápidamente, y rápidamente, sin mirar, guardó la piel. Cuando puso la tapa creyó escuchar que algo lloraba.

Esther Seligson

De sueños, presagios y otras voces

UN SUEÑO INDESCIFRABLE

Al peregrino le llamaron Rey de Justicia, le entregaron por cetro el fuego sagrado de la espina dorsal y el cerebro, por manto sobre los hombros le echaron el Bien, la Belleza y la Misericordia, y le sentaron sobre el trono del Zafiro en el medio del día entre las aguas superiores. Principio del equilibrio, faz brillante, el peregrino desempeñaba también labor de sacerdote, y extendía su gobierno, más allá de la bóveda de estrellas, hacia el lejano país de los hombres transparentes, la ciudad de los azules cristales, Jeru, morada de los seres que se dan nacimiento a sí mismos en constante transmutación. De ellos se dice que fueron su propio padre y madre, y, de él, rey-sacerdote de la jeru Salem, que encerraba el misterio de la dualidad, unificando materia y espíritu, movimiento femenino y vital aliento masculino.

Del corazón de la gran luminaria, escabel del trono desde el cual velaba por sus súbditos Melquisedec, partían los treinta y dos caminos del conoci-

miento, en línea meridiana, hacia el centro exacto de una gran cisterna construida en las afueras de la ciudad como un gigantesco espejo condensador de luces que revertía, transformadas en surtidores, por las estrechas callejuelas, para saciedad de los habitantes. Por los senderos viajaban, en orden descendente, palabras, sonidos rojo, naranja, amarillo, verde y azul, y, en orden ascendente, palabras, sonidos azul, verde, amarillo, naranja y rojo, formando un dibujo de espirales que los hombres transparentes repetían en sus movimientos y expresaban en sus escritos con rigurosa fidelidad. Bastaba con decirlas, para que las cosas fueran enteramente, nombrarlas para que fuesen al instante creadas: cada letra un mundo, cada mundo una emisión de voz.

E iban y venían las letras como esferas, como vasos colmados, de las manos del peregrino al rostro del espejo y a los labios de los hombres; hasta que, una vez, y no se sabe cuándo, pues se ha perdido ya la memoria de este hecho, se rompieron las fuentes y desbordaron los canales, se desarticulaban los nombres y velaron los mundos, y se tiñó de humo la transparencia de los hombres pues ardieron de dolor entre los cristales. Perdió la palabra su poder de evocación y el peregrino su trono de Zafiro, y de los treinta y dos caminos, todos cayeron en el sueño como brechas pedregosas y cubiertas de cizaña. Entonces sopló un viento de penumbra sobre lo caído, y cuando el sol tornó a brillar de nuevo, la ciudad y la cisterna se habían desvanecido, y, más allá de la bóveda de estrellas, un Vacío y una Nada se miraban.

Memorias después, olvidos más tarde, creció en aquel sitio un árbol de rojas flores encendidas y blancos pájaros de diferente especie y diverso trino, signos de algún alfabeto desconocido. Bajo la frondosa copa una niña se acogió, dicen, llevando en sus manos una extraña burbuja de transparencia azul que, a veces, como incensario, balancea en el medio de los sueños de otros hombres posteriores que se despiertan para buscar, en alguno de los senderos, escondidos fragmentos de aquellas palabras de sonidos ascendentes que en su espiral los eleven hacia la presencia del nacimiento primordial, hacia la contemplación de la faz del sacerdote-rey que ya no aparecerá más en el mundo físico del fuego destronado.

SUEÑOS DEL ESPANTAJO

Había decidido salir en busca del Tiempo. Como los héroes de las antiguas historias, creyó en la existencia de un misterioso país ajeno a las leyes del mundo de todos los días donde se nace y se muere, y estuvo dispuesto a correr el riesgo de tropezar con todo género de obstáculos imaginables. Sabía que iba a cruzar selvas, a atravesar ríos, a penetrar en montañas y grutas, a luchar quizá contra alguna fabulosa quimera y a rescatar muy probablemente



a una doncella. Sobre este punto meditó con mayor énfasis tratando de componer la figura de esa mujer, representada ora como cautiva, ora, por el contrario, con el orgulloso porte de una reina que se hace acompañar de dos enormes perros negros y le ofrece copas de leche, vino, bálsamo y miel, néctar delicioso al olfato y bueno para beber que le daría tal vez la eterna juventud. Su existencia había transcurrido en aquellos parajes montañosos, al lado de la vía del tren, y a sus oídos llegaban, con el golpear del viento, las historias de los viajeros y las de las gentes del pueblo cercano, un pueblo muy viejo en el que no siempre hubo tren, es cierto, pero en cuya memoria los acontecimientos se relataban únicamente en función de sus idas y venidas, y que alguna vez cruzó en forma de carreta, o de caravana, o de caballero andariego, dejando también sus historias por aquellos apartados lugares. El caso es que le pareció que había llegado el momento de salir, añoso como estaba, en busca de su propia historia que creía unida a la de seres que, si bien no conoció nunca, le hablarían con el lenguaje de las estrellas tan familiares sobre su cabeza durante aquellas largas noches que pasó a cielo raso. Y no es difícil que fuese una de ellas quien con sus guiños de plata le sugiriera la idea de despegarse de su suelo y de echarse a andar por los caminos. Esperó, pues, a que oscureciera, a que la luz fuese tiñéndose de sombra, profundizando el azul hasta confundir el borde de las copas de los árboles y de los techos de las casas con el borde plúmbeo de las nubes y formar una sola campana continua de oscuridad. Traspuso la puerta de marfil del sueño y dejó que la luna guiara sus pasos. En el centro del patio había una serie de estatuas alineadas en las que creyó reconocer rostros de su infancia, de aquellos primeros tiempos cuando suaves cantos y rayos tibios llegaban a él y las rondas de las niñas acompañaban su soledad en los campos sembrados de trigo y cebada, cuando los pájaros anidaban, alborozados, en las alas de su sombrero de teja y los niños no se reían de sus andrajos que, por otra parte, eran un luciente traje de tefetán rosa con redingote negro y sin mangas.

La más elemental de las reflexiones sobre las mujeres y la escritura provoca, instantáneamente, una serie de preguntas. ¿Porqué, inquirimos de inmediato, no había una escritura continuada antes del siglo XVIII? ¿porqué, después, escribieron tan habitualmente como los hombres hasta producir, en ciertos casos, obras verdaderamente maestras? Y todavía ¿porqué adquirió su arte, como lo hace todavía, la forma de la *ficción* como género más socorrido?

En alguna de esas estatuas, como un espejo, tendrían que reflejarse sus propios rasgos, condensarse el tejido del paso de los días, de esa superficie liquidámbar que, dicen, se llama Realidad y otros nombran Vida. Un nombre grabado en una urna triangular lo remontó más lejos aún y el recinto de las figuras lo condujo por un angosto túnel hasta el Leteo, la laguna donde beben el Olvido las almas que van a tornar al mundo. "Así que por fin voy a tener un alma" se dijo, y avanzó con paso firme hasta las inmediaciones del agua. Una tupida red de juncos le impidió llegar y tuvo que torcer los pasos. Resplandeciente como el vidrio limpio, la ciudad se mostró ante sus ojos, y no tenía necesidad de lumbre de antorcha ni de lumbre de sol, ni de luminaria alguna, porque la alumbraba la misma transparencia del cristal. Ahí las estatuas habían cobrado movimiento y su andar era ligero. Blancas, rumorosas, transitaban por las calles como mansas corrientes y sus voces tintineaban agudas. Se aproximó a la que mejor le recordó a una de las estrellas que más mirara y le mirara. Un crepúsculo parecido al de la aurora brillaba en sus ojos de añil y despedían sus labios turquesa. Lo tomó de la mano y le condujo hasta el huerto de cerezos como carbúnclos y hojas de estaño bajo cuyas copas se sentaron consumidos por el Amor. "La respuesta, anunció, está en las claves que irás descifrando; no quieras adelantarte a la carrera de las horas pues su vestido es, justamente, la fugacidad. Toma esta naranja y síguela en su trayectoria hasta que se detenga", dijo arrojándola por los aires. La naranja, redonda, único toque de oro, abrió sus alas y voló sin prisa, dándole tiempo a que la siguiera. Caminó y caminó hasta perder la noción de su cansancio, hasta perder incluso el recuerdo de la ciudad y de qué era lo que le había impulsado a buscar su principio, ese cabo tirando del cual habría de conocer su propia historia. Cuando la naranja se detuvo, el silbato del tren se dejó oír entre los montes, y el espantapájaros, como heno viejo, se derrumbó hecho cenizas.

SUEÑO DE UN LONGEVO

para Alberto Beltrán

El maestro lo había dibujado en un pequeño trozo de cartón y él se sentía demasiado incómodo. Su roja y brillante toga parecía sufrir también por la apretura del espacio, y, en realidad, nada de sumisa tenía la actitud que le atribuyera el dibujante. Así pues, en cuanto quedó vacío el cuarto y apagada la luz sobre el restirador, saltó el longevo fuera del papel y, montado en uno de los rayos de la luna que jugueteaba entre las cartulinas, los pinceles y los tinteros, salió al jardín y fue a posarse a la entrada del templete de piedra que dormitaba en una orilla

del estanque donde las carpas y algunos pececillos le dieron la bienvenida. El olor de los jazmines y arrayanes lo embriagó definitivamente y extendió sus manos para cortar las blancas flores y confeccionar una corona que dejaría, a manera de ofrenda, en el santuario. Se sentía ligero, exaltado. Para su edad la aventura resultaba quizá un tanto extraordinaria, como extraordinario era el subido tono de sus ropas contrastando con la blancura de los arbustos bañados por la luz de esa noche de luna llena tan clara y susurrante extendiéndose juguetona sobre las tejas vidriadas de vivo azul, y cuyo reflejo, en las aguas, era tan nítido. Terminada que estuvo de tejer la guirnalda, penetró T'ien-che al recinto y la depositó a los pies de la tortuga. Una lluvia súbita descendió sobre el jardín agitando con violencia las ramas del sauce. Las ondas del estanque penetraron hasta el interior del templo anegándolo y obligando al longevo a fabricarse una balsa con el pétalo de una flor de loto que navegaba en la corriente cada vez más arremolinada y tormentosa. La frágil embarcación



fue llevada por inúmeros canales hasta una región de bosques escarchados y carámbanos que recordaban la mesa de trabajo del maestro. La hoja de loto vino a atracar en un puente que, los días séptimo del séptimo mes de cada año, era tendido por urracas a base de ramitas traídas en sus picos desde los más apartados lugares del país para honrar a la Tejedora Celeste, la estrella Alfa de la constelación de Lira. T'ien-che saltó a tierra y se internó entre la nieve bosque adentro. Una blanquísima cigüeña le salió al encuentro para guiarlo hasta un pabellón de verdes muros como esmeraldas. Ahí, se deshizo de sus ropajes de ave, y, vistiendo un plateado kimono, se dispuso a calentar té y a cocinar un platillo de líquenes violeta para el cansado navegante, mudo por el asombro y la sorpresa. Tenía la sensación de estar protagonizando una de esas historias fantásticas que escribieran los antiguos a propósito de seres que no son reales —espíritus, genios, divinidades—, y miraba con recelo el humo que despedía la marmita hirviendo y que salía en densas espirales por el techo, más parecido a un cielo raso, de tan escasa como era la paja que se supone cubriera alguna vez la habitación. "No temas, le dijo la doncella, vivirás hasta donde tú digas. Tu término no está inscrito en ninguna tableta, dependes del pincel de tu maestro y del buen cuidado que tengas en retornar a tu papel donde solas han quedado tu sombra y la sombra bermeja de tu toga". En esos momentos, un fuerte huracán de nieve penetró azotando los batientes de puertas y ventanas y apagando el fuego. Gruesos copos lo cegaron, y únicamente supo que volaba por los aires dando tumbos y más tumbos sin poder abrir los ojos ni ceñirse a nada sólido.

El maestro penetró en su estudio. La lluvia y el vendaval arreciaban y se le había olvidado cerrar la ventana. Muchos de sus papeles volaban por el suelo, y algunos dibujos se habían mojado.

SUEÑO DE UN RECUERDO

"...pues no hay hombre que no tenga su hora ni hay cosa que no encuentre su sitio."

Pirké Avot

a Lionel

El recuerdo había caído en el olvido. Escapó del laberinto que lo aprisionaba, cansado de su ir y venir hacia adelante y hacia atrás en el pensamiento de ya no recordaba más quién, cansado de repetirse en los estrechos corredores a merced de la voluntad de la memoria que no le dejaba un punto de reposo, rehilete, calidoscopio, espejo de mil caras, hasta que, un buen día, y sin saber muy bien cómo, cedió un muro y se halló con el horizonte en pleno, libre, alado, velero en aguas de inmensidad azul, gaviota saturada de aire, mariposa entre flores inúmeras, chorro de luz multicolor incidiendo en los ángulos de todos los prismas. El principio fue una embria-



guez, vapor de perfumes, oscilación de soles, espirales de sonidos y de ecos repercutiéndose al infinito. Era la sensación de estar ocupando el espacio entero, de estar transcurriendo sin variación ni mengua, de fluir creciendo. De pronto, un diminuto escollo en la continuidad, un pequeñísimo bache en la línea recta. Después, un pico de montaña en el confín, una cumbre y otra más, veletas distorsionando el rumbo, confundiéndolo —¿hacia dónde? ¿hacia dónde y qué sendero tomar? —, celaje tras celaje en

La mujer extraordinaria depende siempre del hombre ordinario. Sólo cuando sabemos cuáles eran las condiciones de vida de la mujer normal, sólo cuando podemos medir el modo de vida y la experiencia de la vida accesible a la mujer ordinaria es cuando podemos dar cuenta del éxito o del fracaso de la mujer extraordinaria como escritora.

el azul, jaspe sobre las aguas, pantallas sobre la luz: rojo, violeta, negro. Silencio. Nada... ¿De dónde provengo? ¿de dónde? ... El recuerdo había perdido la memoria. Entonces empezó su verdadera historia, la búsqueda de su trayecto a través de los tiempos hacia la oscuridad de las edades, para encontrarse con la imagen de sí mismo, con el pensamiento que lo albergó, con la existencia que le perteneció, con la vida que le diera vida. Empezó su recorrido por los recovecos de la remembranza. Corretear, girar, remolinar, errar y dar tumbos, piedra que se pule hasta transformarse en canto rodado a fuerza de ser llevada por las corrientes en un viaje sin riberas, adentro, más adentro, remontando cuevas, retumbando en simas, recuperando la forma originaria, acercándose al umbral de los umbrales, condensándose, gota que se destila lenta, lenta, y cae, por fin cae.

En los comienzos recordaba haber sido una Voz. Una Voz cuya presencia se extendía como un llamado, ardiendo sin consumirse, entre los pastores de las llanuras y collados, entre las caravanas cruzando los desiertos, una bendición para los campos, una



alabanza en las ciudades que empezaban a construirse. Voz que se mudó en grito, son de trompeta, choque de hierros, carne que cae entre rojos borbotones de tibieza —se le nubla en la garganta el Tiempo—, paloma en busca de una hoja de olivo que tomar en el pico, peregrino al encuentro de un Templo donde le aguardan ruinas desoladas, oquedades, osarios tendiéndole en rostro, una mirada, voz de Casandra invocando el desastre, palabra en labios que se niegan a hablar. Palabra antigua y cercana que expresó una mañana cantos de boda —“al salir de tu casa para la iglesia, acuérdate que sales como una estrella”—, corona de mirtos, címbalos y adufes. Bajo el palio recuerda haber sido el más hermoso tocado de novia, un borbotón de alegría que se le pierde y oscurece mezclado a cantos que fueron endechas, tristezas de amor y ausencia? Se le hiela en el pecho un susurro de muerte, estertor que se acompaña de una danza macabra, larga fila que encabezó siendo un Rabí (¿en cuál de las hogueras quedó su sabiduría calcinada? Le sube a la boca una frase y le quema la lengua: ¿santo? ¿apóstata?), larga herencia depositada en un Libro, en una espalda encorvada sobre unas letras, en la letanía desgranada por un niño, niño de flacas piernas sucias y juegos y rondas y asombrados mirares hacia un mundo de asombro, de tantas preguntas. Y recuerda en efecto haber sido una pregunta, un dédalo de imágenes indagando (—Si no descompones el Cuerpo, y si no corporeizas lo incorpóreo, el resultado esperado será nulo... Sondar los misterios de la naturaleza con el ímpetu del espíritu, como penetrar amorosamente en el seno de la mujer...) de lo visible a lo invisible, naufragando en un mar de enigmas, de fuegos y emanaciones, descifrando signos y fórmulas en espera de contestación, nostalgia del instante que no transcurre, de la duración no rota por espacio alguno, momento robado a la fugacidad, antaño, gota de alambique,

Las novelas eran, como lo son todavía, lo que más fácil le resulta escribir a una mujer. No resulta difícil encontrar la razón para esto. Una novela es la forma menos concentrada del arte. Una novela puede tomarse o dejarse con mayor facilidad que una pieza teatral o un poema. George Eliot dejaba su trabajo para cuidar a su padre. Charlotte Brontë dejaba la pluma para pelar papas. Y viviendo, como lo hacía, en una sala, rodeada de gente, una mujer estaba entrenada para usar su mente en la observación y análisis de los caracteres, se le entrenaba para ser novelista y no poeta.

perfecta, pura, mirada del amante en los ojos de la amada, fusión, recobrar ese abrazo, rescatar esa respuesta, estallar y reintegrarse al encuentro primigenio, ¿cómo? ¿dónde? ¿qué camino seguir? Vagabundo andador de ferias y carpas, juglar o rábula, consolador y profeta de desgracias ajenas, ¿quién te dirá la buenaventura? ¿quién te señalará la vía correcta y devolverá a la memoria, reconocido, reconciliado? Vano de amanecer, una canción de cuna se mece en algún escondrijo del vasto mundo que despierta y le aguarda limpio de guerras, pues recuerda haber sido una pausa de paz, una espiga preñada, una hogaza caliente, un emplomado de luces, majestuosa leyenda enclavada en sólidos arcos, una historia que se narró de siglo en siglo, relato de hombres y de ángeles, de rebeliones y castigos, ciudades que las aguas engulleron, cataclismos guardados en la memoria de los días para memoria futura, olvido de estudiante que dormita sobre sus cuadernos a la luz de una vela y cabecea queriendo capturar un recuerdo, fijarlo, retenerlo, y embarcarse en él, nave de reminiscencias azotada por vientos de huracán y pesadilla, relámpagos que en su repentina luz dibujan una certeza, la playa que se vislumbra, el sueño de una tierra prometida, el hogar que acoge del exilio al caminante: un erial (¿y aquel sitio donde manaban la leche y la miel?), unas piedras seculares, unas palmas milenarias, un azadón y un arado. Una esperanza que el retorno no saciará, ¿por qué? ¿por qué se quiebra en pedazos la espera y no coinciden deseo y alcance? Añoranza sin fin, eso siente haber sido el recuerdo, una elegía de melancólicos acentos, textura de un rezo cuya espiral cimbra las puertas del cielo, de un puño que se levanta y amenaza con abandonarlo todo sabiendo a conciencia que está prisionero. Aspiración de infinito, aleteo de mariposa alrededor de la flama, murmurio de bosques que han echado raíces en lo continuo, flores nocturnas que danzan provocando lluvias, hombres sedientos de absoluto grabando en la roca su hambre y su sed. Un trazo, un trazo único cruzando el espacio, eso cree haber sido el recuerdo, un suspiro que se escapa entre dos besos, ¿de gozo? ¿de pena? (“¡oh noche que juntaste Amado con amada, amada en el Amado transformada!”), un fuego que arde entre carbones extintos, olor de almizcle subiendo como burbujas de cristal sonoro hasta el borde mismo de los Tiempos, ¿quién te llamará por tu nombre? ¿quién te despertará de tu sueño de olvido y te reintegrará a la memoria?

— Vé hacia el niño, hacia el más silencioso, aquel que pensativo vive lo vivido remedando en su jugar el primer acto creador, repetición de repeticiones, soplo de soplos, imagen de imágenes, espejo de espejos, y cíñete a la voluntad de su pensamiento, rehilete, calidoscopio, prisma de mil caras en la superficie del sueño, del sueño de un soñador despierto...

Dos poemas

de Ida Vitale

ALAMEDA

Contra las invisibles estrellas
-su memoria como
una fresca vía de la noche-,
contra su luz aniquilada,
la falsa, brillante
red de lumbres
prendida de los muros altísimos.
Cabría equivocarse como en sueños.
De pronto,
saliendo del esplendor oscuro del jardín,
casi a tus pies,
corrió la rata fría,
real,
más nítida que el hoy,
duramente borroso.

EN MEMORIA

and wisdom is early to despair:
G.M. Hopkins.

Mientras la multitud nos lleva
somos la multitud
su duelo
su ternura
y es ella nuestro airado estertor
y nuestra impenitencia
la mudanza de ser,
única flor posible.
Pero de nuevo solos
el fatuo hielo cubre la faz del agua.
Adiós
adiós
a muertos que se hunden.

Tres cuentistas del cono sur

En alguno de sus textos, quizá en un prólogo / que viene a ser lo mismo /, Borges anota la carencia en español de un término semejante al inglés uncanny o del alemán unheimlichkeit; el primero suele traducirse como misterioso, el segundo como un término compuesto, la extrañeza inquietante, o como lo desconocido simplemente. Borges insiste aclarando que cada lengua crea sus propias necesidades.

Sin embargo, es en la región del Río de la Plata donde los relatos sobre lo uncanny o lo unheimlichkeit suelen producirse con mayor abundancia. No relatos que inciden en esa mal definida corriente llamada también con un nombre doble, el realismo mágico o lo real maravilloso, sino relatos sobrenaturales, de terror o de una especie rioplatense de ciencia ficción.

(Piénsese de nuevo en Borges o en Bioy Casares, o más bien en Biorges).

Relatos que también colindan con el surrealismo, a la manera de Felisberto Hernández, donde los objetos y los cuerpos se confunden como signos y donde

el deseo y el sueño se vuelven la única realidad. Escritoras de este tipo son Armonía Somers y Mercedes Rein del Uruguay y Angélica Gorodischer de la Argentina. Armonía Somers es el pseudónimo de Armonía Etchepare de Henestrosa, educadora que ha publicado relatos desde 1950; Destacan La calle del viento norte y De miedo en miedo (novelas) así como numerosos cuentos. Su mundo es lírico y torturado y muchas veces insiste en una sexualidad extraña y feroz. Mercedes Rein es profesora de filosofía y traductora del alemán pero también autora de relatos que se han publicado desde los sesentas y luego recogidos en un volumen con el título de Las fiestas. Angélica Gorodischer ha publicado un libro de cuentos, Las jubeas en flor, en 1973, y de ellos se deduce un afán de parodiar las temáticas y ciertos estilos de Borges, pero recreando con ironía esa atmósfera uncanny que parecía ser privilegio de los escritores ingleses durante el siglo XIX.

(M. G.)



Angélica Gorodischer

Los sargazos

... ciento trece lirios congelados, piedras sin
desbastar,

los pájaros que roban la semilla en el surco,
una cantidad imposible de determinar de granos de sal,
criaturas cubiertas de piel,
espinas, algas, narcisos, pавanas,
los escudos sobre los que
vuelven los guerreros muertos a sus hogares,
lunas gemelas, catedrales de piedra roja y simas. . .

Corresponde esta enumeración a algunas líneas de un poema escrito por Teo Kaner. No es un poema muy bueno: ni siquiera responde aproximadamente a lo que él intentaba decir. Pero es que nunca sería un poeta aunque supiera tanto de poesía, de cierta poesía. Era un hombre cansado: había abandonado, momentáneamente, esperaba, su trabajo, y se preguntaba qué haría. Como era poseedor de una barba que acababa de nacer, de una máquina de escribir, de una escopeta y de cuatro mil quince libros, decidió como primera medida alquilar una casa en el campo. Quizás, en alguna noche de amigos, había dicho de sí mismo que tenía un alma-espejo, que él en realidad no era nadie, que sus recuerdos eran ajenos y sus estados de ánimo eran producto del robo y el fraude, y así por el estilo. Pero no debe tomárselo muy en serio (era, en suma un erudito cómodamente nostálgico), y por otra parte los amigos, buenos amigos, no lo escuchaban: organizaban en ese momento lo que dirían cuando él terminara de hablar. Le gustaba pensar de sí mismo que era un descreído, y lo era, no siempre. Minucioso, indudablemente: respetaba el orden en todas sus formas. Hacía listas de las cosas que tenía que hacer, y después las olvidaba. Pero alguna de esas cosas, muchas veces, permanecía y lo importunaba durante días hasta que se veía obligado a cumplirla con un fastidio condescendiente, de manera de no sentirse culpable. Sentía cierta desconfianza hacia las mujeres, y se acostaba distraídamente con una muchacha que había sido alumna suya, y a veces con alguna otra, después de una reunión de seminario, de un panel (le turbaba especialmente encontrarlas agresivas, ah las diosas cotidianas de la polémica; pero lo irritaba descubrirlas a la mañana siguiente domésticas y solícitas). Lo único que lo absorbía y lo entusiasmaba era su trabajo, y a pesar de eso pensaba que hubiera podido ser un ebanista competente, o un miniaturista. Un miniaturista: idilios, paisajes evanescentes, caras femeninas mofletudas y empolvadas, camafeos. Amaba a Van Eyck y al Lorenés y pensaba que alguien debería escribir alguna vez, o habría escrito y él lo buscaba, un libro que fuera el resumen, no sólo descrito sino que lo fuera como objeto, del mundo, tomando desde el Ojo de Dios o desde La encrucijada del tiempo.

— En primer lugar, nada de todo eso es completamente cierto, aunque el poema, sí, es malo. En segundo lugar, no alquilé la casa porque estuviera

cansado o porque todo, salvo mi trabajo, concedo, me fuera estúpidamente indiferente, sino porque me resultaba insoportable tener que seguir viviendo en la misma ciudad que Virginia, imposibilitado de olvidar que hay teléfonos, automóviles, maneras de llegar y tocar el timbre. Hubiera preferido jugar a la ruleta, tener una úlcera de estómago, emborracharme todas las noches, meterme en política, todo menos pasar otro invierno como ése. Veamos, dije: irse. No era una solución muy original. Tampoco era una solución. Y no es de hombre eso de salir escapando, pero no me importaba. Pedí licencia y busqué una casa en el campo. Hablé con un tipo untuoso e infame que me trataba de doctor y revolvía papeles en una oficina árida y llena de luces, con cristales esmerilados. Odiaba los ruidos además, y había adquirido cierta práctica para sufrir; estaba entrenado, cultivaba mis tormentos sabiendo que lo hacía, acariciándolos para que crecieran, detonándolos cuando se adormecían, pero sin buen humor. Quería estar solo, en una palabra, y cartearme con el doctor Wen y salir a cazar por la mañana temprano, sin remordimientos, sin recuerdos vergonzosos de la noche anterior, sin la culpa de lo que debería haber dicho y no, de lo que no debería haber dicho, del gesto que lo había estropeado todo.

¿La casa? Construida por un inglés loco cuarenta años atrás, rodeada de árboles viejos, no demasiado lejos del río, no demasiado cerca del pueblo, gris, veleta, techos inclinados de chapa roja, persianas y chimeneas. El inglés se había suicidado apoyando el caño del revólver contra el paladar: lo habían encontrado una semana después con los pies metidos en el río y la cara contra la tierra; al moverlo, un sapo había salido saltando del bolsillo del saco. El revólver estaba oxidado, era en otoño, y la familia se había vuelto a Birmingham.

La cerradura de la puerta del frente no era muy segura, pero no había radio ni teléfono, el motor de la electricidad funcionaba, los muebles le convenían, había una heladera y estantes vacíos para libros. En el jardín encontró un jaulón de cemento decorado imitando troncos, con el alambre roto, y una glorietta con bancos semicirculares de piedra. La casa tenía planta baja y un piso, y él pensaba ocupar solamente una pieza de abajo para trabajar, y uno de los dormitorios de arriba, el que daba al norte. Se llevó la escopeta, la máquina de escribir, una tijera, la barba, ropa, algunos libros, papel, una lata de café y el cepillo de dientes.

— Hay una mujer que podría venir a hacerle la limpieza.

Pero dijo que no. Esa noche se acostó sin comer. Al día siguiente fue al pueblo y cargó en el auto latas, jabón, una escoba, papel higiénico, azúcar, más café, y un diario que no leyó. También pomada para lustrar zapatos, una hacha, y una gamuza para la escopeta.

— El nombre de Virginia y las miniaturas que yo haría de su cara y de sus manos sosteniendo el abanico. Consideraba seriamente que algo había progresado: ya no me acordaba de ella más que de noche. La casa no se me resistió: era fría pero estaba bien dispuesta hacia mí, no tenía prejuicios ni anteriores experiencias traumáticas. La recorría con comodidad y nos llevamos bien desde el primer momento. Decidió que no me ocultaría nada, y yo le correspondí con gusto: cantaba cuando me bañaba y hablaba solo mientras bajaba la escalera acariciándole el pasamanos. El dormitorio, y el escritorio que debió haber sido la sala de estar diario pero que aceptó enseguida su nuevo papel, eran las habitaciones más cálidas. La cocina era amplia y maternal. El dormitorio de atrás, en cambio, no era exactamente eso, aunque figuraba así en los inventarios del hombre esmerilado: era un salón grande, al que se llegaba solamente desde la antecámara, abriendo unas puertas dobles.

Ahora, la historia de un hombre que encuentra el universo en una habitación de su casa, no puede contarse fácilmente. Hay que acercarse y alejarse por vías más o menos indirectas, más o menos oblicuas, o de otra manera optar por no contarla. De modo que sería conveniente decir, antes de ir más adelante, que Teo Kaner se dedicó durante unos días a cambiar los muebles de lugar, poner la cama contra la pared para poder darse vuelta de noche y sentirse (nada tiene que ver el hecho de que lo hiciera dormido o no) encerrado y en cierto modo seguro, de cara al empapelado marrón claro, a girar con la mesa del escritorio de abajo buscando la luz de la izquierda pero no totalmente de la izquierda sino también un poco desde atrás de modo de no tener esa luz de frente a ciertas horas, a sacar los libros y ordenarlos, a cortar leña para las chimeneas,

El resentimiento producido por su situación socio-cultural introduce en la escritura de la mujer un elemento que se encuentra totalmente ausente del mundo masculino, a menos, por supuesto, que se trate de un obrero, de un negro, de alguien que, por una u otra razón, está consciente de cierta inferioridad. Este elemento introduce una distorsión que con frecuencia es la causa de la debilidad. El deseo de plantear alguna causa o de convertir a un personaje en el vocero de algún descontento personal o de algún dolor siempre tiene un efecto de desesperación, como si el punto al que se dirigiera la mirada del lector súbitamente tuviera dos niveles en vez de uno solo.

a ir al pueblo en busca de algo que necesitara. Una mañana llegó un hombre que vivía por allí cerca a ofrecerle huevos y miel. Otra mañana llegó el comisario en un Ford negro.

— Había estado cortando ramas gruesas para leña. Pero en ese momento estaba dentro de la casa buscando alcohol, en alguna parte tenía una botella de alcohol y como todavía no estaba del todo organizado no me podía acordar dónde la había puesto, porque me había hecho un tajo en la mano izquierda. Había dejado la puerta abierta y cuando bajé estaba ahí, contra la luz. Me dijo que era el comisario y que quería hablar conmigo. ¿Sabe Su Majestad, pensé, lo que hacen Sus comisarios en las fronteras de Su reino?, y cabezas cortadas sangrando sobre el polvo de caminos amarillos entre los granados y los alaridos. Lo invité a pasar y le ofrecí café; entró pero no quiso tomar nada. Estaba muy serio, y también apurado: se trataba de los gitanos.

— ¿Los gitanos? —dije.

— Los atorrantes ésos —precisó.

Empiezo a encanecer, y sin embargo mi infancia y mi adolescencia me parecen todavía tan cercanas, no cumplidas del todo. Aquí, vestirme como un caballero rural en domingo, inventar horarios, ¿por qué no campos de brezo?, me divertía: ser otro. El comisario estaba incómodo: se había encontrado con que yo no encajaba de ningún modo en su mundo estricto, pero él también me trataba de doctor. Su Majestad no tiene por qué descender a esas cosas; la corrupción, por ejemplo, debe castigarse, no hay duda. Y la ambigüedad también, preventivamente. Con la sangre en los caminos y eventualmente en los umbrales de las casas. Lo que sucedía era que una tribu de gitanos se había desencadenado sobre el pueblo.

— Ya se sabe lo que son: ladrones. Hay que andar con cuidado porque pueden ser peligrosos.

Dije que sí.

En resumen: ¿autorizaba yo a que acamparan en los límites de la propiedad (en lo que, venía a enterarme, se llamaba el descampado de Tala)? También dije que sí, aclarando que no estaba seguro de estar autorizado para autorizar.

Parece que no debía haber dicho ninguna de las dos cosas, sobre todo que sí. El comisario reprobaba. Eso me decidió a inclinarme por todos los gitanos de todas las tribus del mundo.

— Le aconsejo que no los deje entrar, doctor, no los deje pasar el cerco ni los alambrados.

El comisario conocía bien los predios del inglés.

— Vaya a saber si no son capaces de asaltarlo o cualquier cosa, y usted está muy aislado acá.

Cualquier cosa, eso era mi asesinato. Cosa trágica la del inglés, dirían. Hasta era posible que la demolicieran. No, no la demolicían: nadie enfrentaría un gasto inicuo para terminar con una conseja oscura que iría creciendo y enriqueciéndose y enriqueciendo a los que la contarán. Y siempre es más digno,



también para una casa, morir de viejo y no a golpes, sea entre árboles de granada, sea entre eucaliptus.

Le dije más, nos dijimos no sé qué, el tiempo, los caminos, y lo acompañé hasta el Ford. Me prometí arrimarme hasta la tribu de los gitanos pero no fui nunca. Había encontrado el alcohol y me había desinfectado el tajo de la mano izquierda. El Ford se perdió de vista más allá de la curva. Seguí apilando leña.

Después de almorzar entró en el dormitorio del fondo. La pared frente a la puerta era curva y tenía un enorme ventanal ovalado. El sol estaba del otro lado ya de la casa y se quedó mirando la luz opaca. Era una habitación grande, vacía, un rectángulo con uno de los lados largos curvo, preñada de silencio, de frío y de sabiduría. No sólo no supo entonces, sino que no sintió miedo ni felicidad: se limitó a flotar sin asombrarse, respirando mucho más lentamente que de costumbre, con un pulso mínimo y agujas clavadas en la cara, sin peso, entre ruedas de gas y polvo. La luz de las estrellas muertas hacía cinco mil millones de años, entre otras cosas, y a pesar de los techos altos y los zócalos y los respiraderos que seguían estando allí. Era un espacio íntimo aunque fuera desmesurado, intimidación y desmesura, y seguía siendo la habitación en la que él seguía estando a pesar de haberse deslizado hacia el infinito. Su cuerpo era contenido por el universo al que su cuerpo contenía mientras la habitación los abarcaba a los dos y su cuerpo abarcaba la habita-

ción y el universo más la habitación que era el universo y el universo les daba cabida a él y a la habitación y todo crecía o se alejaba, o se alejaba porque crecía. Sus manos-universo estaban inconmensurablemente lejos de su cabeza-habitación y no hubiera podido ver sus pies-ventana aun si hubiera podido moverse al descompás del espacio. Los soles monstruosos, el estallido antes del final, el nacimiento, el apogeo y la caída de los gigantes, todo eso lo formaba y lo mecía mientras el mosaico palpitaba y cada nueva forma era tan perfecta como la anterior y en todas brillaban los incontables temas que parecen adquirir existencia y pertenencia solamente cuando se los nombra: era sin duda que ya estaba escrito el libro desde el gran Ojo o que se reescribía eternamente todo él desde el principio al final en un solo instante, tal vez con palabras cada una de las cuales era un mundo, cosa que sólo podían saber los Escritas. La luz que entraba por el ventanal ovalado se fue apagando y pudo pensar: en alguna parte, el tiempo existe. Era de noche estrictamente en los predios del inglés y sus alrededores cuando dio vueltas en el espacio y se agarró a las fallebas de las puertas dobles. Salió a la antecámara y se sentó en el suelo, la espalda contra la pared, y pensó en Virginia. Mañana, dijo, o no dijo, los gitanos, ojalá no llueva porque la leña ha quedado afuera, cazaría una liebre, compraría huevos en lo de su vecino, mañana a la mañana. Cortó queso blando que extendió sobre rebanadas de pan negro, abrió una

lata de salchichas y tomó dos tazas de café. Sí, en Hangtcheou, los maestros contadores que se sentaban en las vastas salas y desgranaban houa-pen y siao-chouo, guardaban quizás el secreto en sus mangas, sabían historias bárbaras que aun siendo solamente un cuento eran algo más y podían inscribirse o se habían escrito en el libro, en las que zorros y fantasmas hablaban a los hombres y siempre había una gran pregunta y las mujeres lloraban y los dioses ofendidos se enfurecían o se aplacaban y repartían oro y entonces las flores se convertían en joyas frágiles mientras en el mundo los hombres aprendían a comerciar y a sacar ciudades de la nada y a tejer telas con las cuales comprarían a los compiladores de genealogías: él era un sinólogo, tenía un cuerpo al que había que satisfacer, una mente con tentáculos adormecido, y ojos con raíces, tal vez, como los de Virginia. Era muy poco lo que sabía de matemáticas, o de física, o de astronomía: estaba solo y estaba solo en la casa que había sido de un inglés muerto con un sapo en el bolsillo. Limpió la cocina, engrasó la escopeta, apagó las luces y se fue a dormir.

—Me dormí enseguida. Soñé con barcos cargados de naranjas, con precipicios, y conmigo mismo asomado a un balcón y mirándome desde abajo.

—A la mañana siguiente me llegué a verlo otra vez. No de puro comedido nomás, sino por ese temor molesto como moscones que tiene uno a veces. Es cierto que ya le había advertido, pero ese hombre solo ahí, en esa casa inmensa, con una cerradura que podía forzar un manco aunque las persianas de fierro eran bien fuertes, entre tanto árbol negro y podrido, no me gustaba nada. Yo al inglés no lo conocí, pero se me había puesto que a éste también lo íbamos a encontrar con una bala en la cabeza. Y después, que cada vez que han venido a acampar gitanos en el pueblo, hemos tenido problemas, a veces algo más que un par de gallinas en una bolsa. Habré llegado como a eso de las nueve y me pareció que no había nadie. Anduve llamando y golpeando y al final me decidí a entrar. La puerta estaba sin llave y yo tenía razón, adentro no había nadie, de eso me aseguré bien. Hacía bastante frío, estaba todo bien limpio y ordenado, la máquina de escribir tenía la funda puesta, la cama estaba tendida, en la cocina no había restos de comida. Abrí todas las puertas y después me fui para arriba y también revisé todas las piezas. La del fondo, en el piso alto, estaba vacía y hacía un frío bárbaro allí a pesar de que entraba el sol por la ventana redonda. Ni entré, porque desde la puerta vi que ahí tampoco había nadie. Me quedé un ratito apoyado en el marco de la puerta: me dio como un mareo y me pareció que no iba a poder caminar y que la pared de enfrente, la de la ventana, retrocedía a una velocidad fantástica pero sin moverse de donde estaba. Un ataque de presión, pensé, pero

pasó en seguida. Me di vuelta con cuidado, cerré la puerta otra vez como estaba, y vi que ya me sentía bien de nuevo. A lo mejor era que había subido la escalera demasiado rápido, uno ya no es joven. Pero estaba más tranquilo también, porque por lo menos era seguro que no lo habían asaltado. Salí afuera y estuve sentado un rato en el auto al sol. Después enfilé para lo de Nardi que me dijo que sí, que lo había visto, que esa mañana muy temprano había llegado y le había comprado dos docenas de huevos y le había dicho que se iba a dejar los huevos en la casa y a buscar la escopeta a ver si cazaba algo. Me volví para el pueblo: un hombre con una escopeta ya es otra cosa.

El campo a esa hora, la escopeta bajo el brazo: si más tarde hubiera hablado con alguien de esos días, solamente hubiera podido referirse a un gran vacío blanco, algo como el negativo de una fotografía con poca exposición.

Este no es un poema de Teo Kaner:

Al amanecer extrae agua fresca del Hsiang
y enciende la lumbre
con los bambúes del Ch'u.

La niebla se disipa, sale el sol
pero nadie se aproxima;

Sólo se oye el chirriar de los remos
entre los verdes cerros y el río.

Mirando a mi alrededor contemplo el horizonte
como si emergiese con la marea.

Por encima del precipicio
las nubes se persiguen sin motivo
a través del cielo,

sino de Lin-Tsun-Yüan, pero era exactamente eso, a diferencia del poema que él había escrito acerca de sus dificultades con Virginia, que seguiría siendo y no su obra, una parte del mosaico o una palabra que ha sido dicha. Sentía, en suma, que el juego de no ser nadie había sido enunciado como juego precisamente porque, como si el convencimiento emergiese también con la marea, no lo era. Por eso el vacío y por eso, aunque nunca llegó hasta el campamento de los gitanos, esa noche se acostó con una de las muchachas de la tribu.

—Lo que sobre todo iba a recordar, después, de ella, serían su olor, sus dientes, y la pollera anaranjada. Confieso que pensé en el comisario, por qué no, tendido de espaldas, yo, y soñoliento. Había dos liebres desangrándose, una carta sin terminar, y yo repetidamente jugando otra vez a comenzar un juego. ¿Y si despertamos una sola vez para comprobar que la vasta soledad no es un sueño? Le pregunté cómo se llamaba, varias veces, pero no quiso decírmelo, y se fue mucho antes de que amaneciera. Hubiera querido sentarla frente a mí y hablarle, seriamente, con exactitud, como un cate-drático a su atento discípulo, pero de cosas que ella



no habría entendido, de cosas a las que nadie toca jamás en conversaciones y sólo de tarde en tarde en silencios, porque pertenecen a las visiones temibles, a terrenos oscuros en medio de los cuales, solos pero más solos, nos preguntamos si no seremos los únicos monstruos, cada uno de nosotros, o quizá dioses a los que todo les está permitido, incluso trasponer los límites de la sangre, la omnipotente memoria colectiva albergada en una espiral ilegible y los impulsos que nos mantienen ingravidos dentro de una humanidad dudosa y entonces, justamente allí, despreciable. Que no me entendiera hubiera sido parte de un placer deshonesto: la castidad que sueña con la lujuria. Dormí un poco después, molesto entre las sábanas en desorden, y terminé por levantarme. Bajé a la cocina y calenté agua para hacer café.

Decidió no volver a acostarse: una hora más y empezaría a amanecer. La segunda vez que entró en el dormitorio de atrás vacío, sabía lo que había detrás de las puertas dobles y apenas entró y sintió cómo se estiraba el espacio y cómo se estiraba él con el espacio en una diástole ubicua, abrió las manos y se dejó llevar por los remolinos de fuego frío. Trató de contar pero le fue imposible saber qué había después del uno porque el uno era él mismo y el universo también lo era y sólo existía el uno; quiso sentir su pulso pero se había separado de la puerta con los brazos abiertos y ya no podía alcanzar una de sus muñecas con la otra mano.

Entonces quiso recitar el enunciado de la paradoja de Langevin, el principio de Arquímedes, el alfabeto, una regla de ortografía, La Pagoda del Monasterio de la Gracia Benévola, y se vio obligado a abandonar todos sus pensamientos de hombre y a girar lentamente, la sangre casi inmóvil, más allá, al ritmo de fuga de las feroces galaxias, a la escala de condensación de las nubes de gases, de cara a las columnas magnéticas, a los túneles trabajados en la nada por los soles blancos, rodeado por explosiones silenciosas, mundo en gestación en la punta de cada uno de sus dedos, socavones, el espacio del espacio, a sus pies, donde ya no hay lugar para la locura. Hubo danzas de soles, colisiones y muertes y nuevos nacimientos y el único ruido era la luz de las estrellas que caía en millones de mundos sobre un hombre en cada uno, un escriba o un filósofo o un matemático o un poeta o un físico que escribía sordo y solo sin saber nada de los demás, un capítulo del Ordenamiento De Lo Que Es Y Canon De Las Apariencias, leído en ese mismo instante bajo incontables formas por cientos de millones de otros hombres perplejos. A veces no, a veces en el fondo de alguna mazmorra o a la puerta de un monumento funerario o en la sala de un museo o sobre una mesa de juegos o en medio de una sesión de gabinete, alguien llegaba a crear un significado a partir de las fórmulas o los apólogos, también del principio de Arquímedes y La Pagoda del Monasterio de la Gracia Benévola. Pero entonces más allá de



las espirales incandescentes en aparente reposo, el ventanal se agrisó en la madrugada. Cantaron los violines, amanecía en mundos solidificados sobre desiertos, ciudades, torrentes, fuego, plasma, barro, burbujas, asambleas, archipiélagos, acero, caravanas, ejércitos, anfibios moribundos, hielo, autómatas, viento, lava y catedrales.

—Yo sabía que íbamos a tener problemas: el miércoles a las dos de la mañana se apareció en la comisaría una gitana vieja con dos tipos patibularios con los sombreros metidos hasta acá, a denunciar que había desaparecido una chica hija de ella. El oficial casi se volvió loco con los gritos, todo para que al final vinieran a avisarle a la vieja que estaba en medio de un ataque, que la chica no se había ahogado en el río y que no la había atropellado ningún auto y que acababa de volver al campamento. Ya sé yo en qué habrá andado, todas son lo mismo. Después de eso, sin embargo, marcharon bastante derecho, pero no me quedé del todo tranquilo hasta que no se fueron.

Se separó de un racimo de cuerpos de color ardiente sin nombre que latían como vejigas orgánicas y dolorosas, capullos cósmicos uno solo de los cuales alcanzaría a sobrevivir, la casa crujió bajo la niebla de la madrugada, y abrió la puerta. Recobró en la antecámara el ritmo de su cuerpo.

Estimado Doctor Wen:

Estoy en deuda con usted, y lo peor es que no sé cómo disculparme. Contarle mis desplazamientos y mis indecisiones de estos últimos dos meses no servirá, me temo, para hacerme perdonar. Cuento con su generosidad de siempre con respecto a mi informalidad. Recibí su opusculo sobre Wei Pa y las fotocopias del material, cosa que no hace más que aumentar mi culpa: no sé cómo me he atrevido a mencionarlo. Me he traído todo a mi nueva casa para releerlo. En realidad no es “mi” casa sino la casa de un personaje muy extraño, pero estoy viviendo en ella, lejos de la ciudad. Dejé la cátedra a cargo de mi adjunto y me tomé unas vacaciones indebidas. No he encontrado precisamente la tranquilidad de “las descollantes cumbres del T'ai-Hua”, pero me he construido una soledad personal, y alterno la muerte de algún animalito comestible con el despanzurramiento de latas elegidas al azar en el pomposo almacén del pueblo, y el trabajo sobre textos con el aseo de una casa demasiado grande para mí. No he hecho nada importante. Quisiera poder decirle Estimado Doctor Wen: Una de las habitaciones de mi casa es el universo. O, Estimado Doctor Wen: Según he leído en un libro viejísimo que todavía no se ha escrito, el amor figura en la categoría de los pretextos moderados. No lo haré. Me parece más interesante volver sobre su trabajo: créame que me hubiera gustado asistir al curso. No pierdo las esperanzas de poder hacerlo el año que viene, o el otro. En cuanto al hecho de que William

Hunt no mencione a Wei Pa sino al pasar en su libro sobre Tu Fu, no me extraña demasiado. No crea que disminuyo el valor de la obra, pero siempre me pareció que Hunt se movía literalmente deslumbrado por su personaje, cosa que no puede reprochársele. No tengo todavía copias de mi último trabajo, por eso no se las he enviado. O se han demorado en mandármelas, o han llegado ya a mi departamento y el portero me las entregará a mi regreso. Le mandaré las tres que me pide en cuanto vuelva. Que será, seguro, dentro de otro mes. Pero después volveré acá en las vacaciones de verano: ya he arreglado las cosas con el administrador y he firmado un contrato por cinco años, cosa que a él le pareció inusitada, si no sospechosa. No ha habido durante años interesados en ocupar esta pobre casa, y lo que al principio le pareció una bendición, le suena ahora a extravagancia dudosa. De todas maneras, considero a la casa un poco mía, y me siento inclinado a volver. Sé que usted olvidará, como siempre, mi largo silencio: esperaré sus noticias. Hasta pronto. Salude en mi nombre a Mme. Wen y a sus hijos. Muy cordialmente. T. Kaner.

“No hay hombre que no sea presa de una debilidad”, se enfrentaba a veces, con las palabras de Po. No vio más a la muchacha de los gitanos. Pero volvía a Virginia, una y otra vez, cuando dejaba la casa por el departamento de la ciudad. Envejeció muy lentamente, escribió un libro sobre las nociones de poder y de humildad en las obras de los poetas chinos de la dinastía T'ang (618-906). Ocupó la casa cada vez con mayor frecuencia y durante periodos más largos. Los sábados a la mañana se iba al pueblo en busca de provisiones y almorzaba en “El Holandés” con el comisario y el médico. A veces iba también el farmacéutico, sobre todo en verano, cuando los ataques de asma de su mujer se espaciaban y podía dejarla sola por algunas horas. Cuando se acostaba en la cama fría y cuando salía por las puertas dobles al espacio y la sangre parecía detenida y no era dueño de su cuerpo ni de sus pensamientos, sentía la ausencia de Virginia y el peso inmutable de esa ausencia que era imprescindible pero cuya importancia en el cuadro final era mucho menor de lo que a él solía parecerle. Cazaba liebres y perdices, escribía cartas al doctor Wen, y una mañana de verano se abstuvo debido al dibujo bajo el sol, de aplastar con una piedra la cabeza de una víbora negra y roja, junto al camino. Los soles morían y las espirales de gas opaco se alejaban hacia lo que parecía el infinito. Se cargaba de la eternidad y cuando amanecía en millones de mundos, también en el suyo, cuando caían las dinastías con las cabezas cortadas y cantaban los grillos y batallones se lanzaban al asalto y se fundían los glaciares y otra esfera roja se deslizaba por un túnel en el vacío y ciudades enteras se hundían en ríos de polvo, abría nuevamente las puertas dobles y entraba en la antecámara.

Mercedes Rein

Monte Pío



Cuando yo era joven —vale decir, hace unos cuatrocientos años— el Monte Pío, como decíamos entonces, era el último recurso de los desesperados. Era una mano precariamente tendida al borde del fracaso, que lo agarraba a uno, le apretaba fuerte hasta el hueso y lo dejaba caer nuevamente en el pozo de donde muy pocos salían. Después de empeñar su reloj, su sobretodo, su conciencia, el hombre pisaba la calle abrumado por la necesidad de duplicar el capital de unos escasos tristes, insuficientes pesos. Era difícil multiplicar un millón; imposible hacerlo con unos pocos pesos. En una palabra, empeñarse no era un buen negocio y por eso la gente se avergonzaba y escondía sus boletas de empeño.

Ahora, en cambio, todo el mundo concurre asiduamente a pignorar objetos de diversas clases. Como es natural, yo también quise hacerlo. No porque lo necesitara, entiéndase bien. Soy empleado de Correos, viudo, sin hijos. Llevo una vida ordenada y tranquila. No soy de los que se echan al abandono. Todos los días cepillo mi traje (suavemente, para que no se gaste la tela, que es importante, buena mercadería de la que traían antes). Y una vez al mes mando el cuello de la camisa a almidonar. Repito que estaba pasando apreturas económicas. Pero, como todo el mundo, acariciaba a ratos la idea de mejorar mi situación.

Un día me dijo mi vecino: “Usted tiene en su casa tantas cosas que no necesita, que no está usando en este momento. Llévelas a empeñar y obtendrá dinero al más bajo interés de plaza”. Me pasé la tarde pensando qué podía llevar a la Caja de Empeños sin perturbar el orden de mi vida doméstica. Consideré todos los objetos más o menos prescindibles que había en mi casa (no eran muchos) y finalmente me decidí.

Apenas llegado tuve que colocarme en una fila —vulgarmente llamada cola— que avanzaba lentamente hacia una ventanilla donde asomaban los hombros y la cabeza calva de un empleado. Otro funcionario, de traje gris, bajo, fornido, era el encargado de organizar la cola. Debo decir que el hombre tenía un verdadero sentido estratégico. La cola se iniciaba junto a la ventanilla, llegaba hasta una columna y daba varias vueltas en una espiral alrededor de la misma.

El empleado nos tenía completamente subyugados y la espiral giraba suavemente sin alterar su orden y compás. Delante mío iba una señora con un niño en brazos. Era muy alta: las piernas, como dos palitos; el vientre hinchado y unas manchas como de eczema en la cara. Noté que la pollera estaba prolijamente remendada y que una piel de conejo apolillado le rodeaba el cuello. Le pregunté qué llevaba a empeñar y me dijo: “Nada”. “¿Piensa obtener algún dinero?” —volví a preguntarle más que por curiosidad, por matar el tiempo. Pero ella se limitó a sonreír y no pude sacarle otra palabra.

Así pasaron algunas horas y al promediar la tarde el empleado se aburría o recordó alguna tarea más urgente —lo cierto es que desapareció por la puerta del fondo dejándonos librados a nosotros mismos. De inmediato surgieron varias voces (inspiradas, sin duda, por su aleccionante ejemplo) y comenzaron a oírse órdenes divergentes. La espiral se contrajo, cedió, se estremeció, sufrió varias convulsiones y terminó disolviéndose en una marea de empujones y codazos. Ahora avanzábamos en línea recta, pero mucho más lentamente, hacia la ventanilla. En determinado momento pasé por encima de la señora de la piel de conejo, que, sin duda, buscaba algo en el suelo. A mi lado había un caballero muy bien



vestido. Le pregunté qué llevaba a empeñar, pensando entablar una conversación más fructífera que la anterior, pero él, por toda respuesta me hundió un codo en el ojo izquierdo, derribó a un hombre, pisoteó a una anciana y se colocó junto a la ventanilla. Lo seguía un moreno alto y atlético. “Qué modales”, — dije yo sin dirigirme a nadie en particular. El moreno me miró. “Es mi patrón” —dijo—. “Un hombre de negocios —compra-venta de joyas— no puede perder el tiempo. Duplica el dinero en seis meses, después me manda a renovar el préstamo. No puede perder su tiempo”. No entendí muy bien la explicación, pero de todos modos me sentí bastante inquieto. Yo llevaba algo a pignorar. No estaba en el caso de la del cuello de conejo. Pero lo que llevaba tal vez no me valiera la buena voluntad del empleado que atendía a personas tan importantes. Esta presunción mía se confirmó cuando ví lo que le pasaba a un músico de chalina romántica, melena gris y traje negro.

Comenzó colocando sobre el mostrador un sobretodo cuidadosamente doblado. El funcionario frunció el ceño, tiró de una manga que se desprendió parcialmente, probó después los botones y rodaron tres o cuatro, creo que también se puso de manifiesto la fragilidad del cuello y entonces el empleado sin hacer comentarios (¿qué podía decir?) arrojó el sobretodo a la cara de su dueño. Este lo recogió, lo volvió a doblar lo mejor que pudo y sacó del bolsillo una flauta. El empleado la tomó con la punta de los dedos. Sopló en su embocadura, sin obtener ningún sonido. Después le dio un golpecito contra el mostrador, dijo: “Está desafinada” y le devolvió pacientemente los dos trozos resultantes al pertinaz individuo, que aún tuvo la osadía de quitarse la dentadura y tenderla con mano temblorosa hacia la ventanilla. Pero el empleado no llegó a recibirla. Un mal movimiento hizo que el absurdo y repulsivo objeto cayera al suelo. Entonces el de la chalina pareció entender su situación: sin molestarse en recoger los dientes, se fue silencioso, con la cabeza gacha.

La escritora ya no está enojada. Ya no es agria. Ya abandonó el tono suplicante o de protesta cuando escribe. Estamos aproximándonos al momento, si no es que ya llegamos a él, en el que su escritura poca o nula influencia desconcertante tendrá. Será capaz de concentrarse en su visión sin distracciones del exterior. De ahí que la novela común de una mujer sea bastante más genuina y harto más interesante hoy que hace cien o cincuenta años.

Ahora me había llegado el turno a mí. Las manos me sudaban. Me zumbaban los oídos. Pensé: “Es grande, pero no me darán nada por ella”. Lo peor del caso era que la tenía precariamente envuelta en un papel de diario que no debía causar muy buena impresión. Por eso me sorprendí mucho cuando el empleado me sonrió, la levantó unos centímetros como para apreciar su peso, volvió a depositarla sobre el mostrador e hizo un gesto afirmativo. Respiré aliviado. Por lo menos, el hombre reconocía lo insólito de mi iniciativa. Pensé: “No todo el mundo se decide a empeñar su cabeza”.

Con todo, se me apretó un poco la garganta cuando la vi rodar por un plano inclinado y desaparecer en un agujero alarmantemente oscuro. Pero el correcto funcionario me aseguró que estaría bien conservada con naftalina y salvo de la polilla. En todo negocio, lo que importa, en el fondo, es la satisfacción moral y en ese sentido puedo decir que el saldo de mi primera operación pignorativa fue positivo. No diré que me dieron mucho dinero; uno no puede esperar eso cuando lleva a empeñar un objeto de dudoso valor y bastante usado. Pero tenía la tranquilidad de que allí estaría bien guardada; ya no la iba a perder, como les sucede a muchos; y no tendría que cargar con ella a todas partes. Realmente me había sacado un peso de encima. En su lugar, me prendí al cuello con dos alfileres la boleta de empeño y todo el mundo me sonreía, las cosas eran más claras y dignas de confianza. Ya no arrastraba los pies calle arriba, calle abajo, como antes; me parecía ir flotando, más liviano que un bailarín y me reconfortaba con el afecto, la envidia, la admiración de mis semejantes.

Entonces me decidí a romper la boleta de empeño. ¿Para que la quería? Mis asuntos han rodado bien, tengo dinero y podría haber rescatado mi cabeza. Pero no la necesitaba para nada. Todos mis amigos, mis vecinos, mis parientes me han aconsejado que me deshaga de la dichosa papeleta, porque, según me confesaron, habían empezado a preocuparse por mí. En el fondo de mi calma adivinaban una secreta inquietud; mi sonrisa les parecía provisoria, como la de alguien que piensa: “Está bien, pero en cualquier momento puedo...” Eso les molestaba. Entonces, para terminar de una vez, rompí la boleta de empeño. Y es a raíz de ello que vengo a verlo, doctor. Me ha sucedido algo muy curioso. De noche, no puedo dormir, doy vueltas en la cama, como si me faltara algo. De día, busco pretextos para pasar por la puerta de la Caja de Empeños. Sé que mañana o pasado la van a rematar y que nadie dará nada por ella, pero se me ha ocurrido —vea qué absurdo— se me ha ocurrido que la necesito, que estoy sordo, mudo, ciego. Que estoy vacío. Esta obsesión ha llegado a perturbar mi hasta ahora impecable eficiencia en el desempeño de mi empleo. Por eso tuve que decidirme a venir, doctor. Tal vez usted podría recetarme algo.

Las obras “completas” de Francisco Hernández

por Efrén C. del Pozo

El nombre de Francisco Hernández, designado por Felipe II como Protomédico de las Indias es de todos conocido, así como el encargo real que puso en sus manos: el estudio de los recursos naturales que tenían uso en la medicina. La Nueva España era sólo el primer paso de su encargo, pero el hallazgo de tantas y tan prestigiosas plantas lo llevó a permanecer 7 años en este país, cancelando así mayores tareas. Su estudio exhaustivo lo llevo a escribir una “*Historia Natural de la Nueva España*” en 30 grandes capítulos o “libros”. En 400 años no había sido publicada completa esta prodigiosa obra, de la cual se tenía noticia por el extracto que de la misma preparó un médico napolitano, Reccho, que en vida de Hernández el propio Felipe II encargó a tal indocto. De esta injusticia se queja Hernández en una composición en versos hexámetros que dirigió al famoso humanista contemporáneo Arias Montano.

Sería muy largo de relatar aquí las vicisitudes que han corrido los originales de la *Historia Natural* de Hernández, pero importa hacer notar de inmediato que el honor de haber publicado su primera edición completa se debe a la Universidad Nacional Autónoma de México¹ (Fig. 1).

El extracto de Reccho recibió los honores de una edición magnífica por la Academia dei Lincei en Roma en 1649, que se publicó bajo el nombre latín de “*Rerum Medicarum Novae Hispaniae Thesaurus*” o “*Tesoro Mexicano*” como se le llama generalmente² (Fig. 2) aunque en México se llegó a conocer por una copia que dice el P. Ximénez de Oaxtepec le llegó en 1615 “por extraordinarios caminos”³ (Fig. 3).

La Biblioteca del Escorial, en donde se guardaban los originales de Hernández sufrió un incendio en 1671 y se creyó que todo se había perdido salvo algunas transcripciones del P. Nieremberg que había hecho antes del incendio⁴ (Fig. 4).

Todo mundo lamentaba la pérdida de los originales de Hernández y sólo se habían referido al “*Thesaurus*”, hasta que fue descubierta en el siglo XVIII en la Biblioteca del Colegio Impe-

rial de Madrid, una copia de sus originales. Inmediatamente se procedió a dar a la estampa tales materiales que fueron publicados en latín bajo el sólo nombre de *Opera*⁵ pero la obra se interrumpió en el 3er. volumen (Fig. 5).

El Instituto de Biología de la Universidad Nacional Autónoma de México inició una edición en español que dejaba mucho que desear y que también fue interrumpida.

Finalmente en el año de 1957 se constituyó ante Notario Público una Asociación Civil, no lucrativa, para la edición de las *Obras Completas* de Francisco Hernández que quedó constituida por Faustino Miranda, José Miranda, Enrique Rioja, Enrique Beltrán, Agustín Millares Carlo, Ángel Ma. Garibay, Samuel Fastlich, Alejandro M. Stols, Henrique González Casanova, José Rojo, Roberto Weitlander, Juan Comas, Miguel León Portilla, Germán Somolinos d’Ardois y Efrén C. del Pozo. Este último fue designado Presidente de la Comisión y Somolinos d’Ardois secretario de la misma. La racha de desaparecidos ha sido devastadora pero hemos logrado algunas substituciones como la de Rubén Bonifaz Nuño que ha contribuido importantemente a la continuación de la obra.

En 1959 apareció el II volumen y en el mismo año el III que constituyen la primera edición completa de la *Historia Natural* de Nueva España en nítida publicación española. En 1960 se publicó el volumen I que comprende un estudio sobre Hernández por Germán Somolinos d’Ardois y un estudio sobre España y Nueva España en el siglo XVI por José Miranda, el volumen IV en 1966 que comprende la primera parte de la traducción de la *Historia Natural* de Plinio con comentarios de Hernández y en este año de 1976 terminamos al fin con la segunda parte del Plinio. Como solamente se han encontrado los originales de Hernández de la *Historia Natural* de Plinio hasta el libro 25, nos hemos visto obligados para publicar un Plinio completo en español, a utilizar los libros 26 al 37 de la traducción de Jerónimo de Huerta.

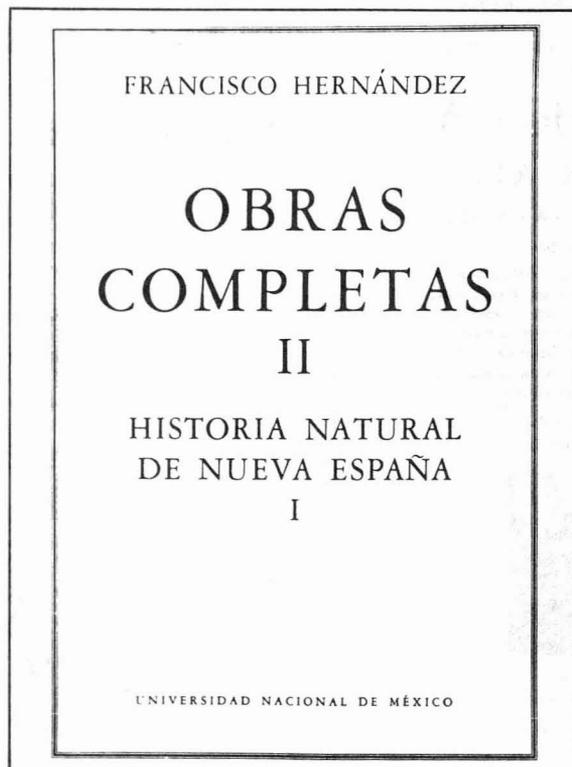


Fig. 1



Fig. 2



Fig. 3

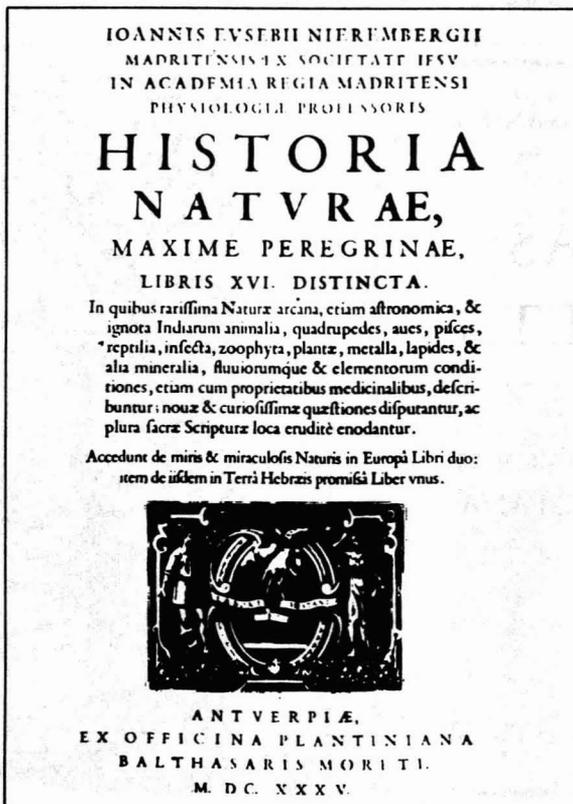


Fig. 4

Véase en esta misma sección la introducción que hemos preparado para la parte de Huerta.

Nuestra intención al insertar estas líneas en la *Revista de la Universidad* es llamar la atención sobre este magno trabajo iniciado hace 20 años y que representa sin duda una de las más grandes obras que ha editado nuestra Editorial Universitaria.

El volumen VI dará término a nuestro trabajo que comprenderá 4 secciones.

I. Publicación de los escritos de Hernández sobre otras materias como "Antigüedades de la Nueva España", "Historia de la Conquista", los artículos filosóficos sobre Aristóteles, la descripción del Cocolixtle, etcétera.

II. Comentarios sobre la traducción de Hernández del Plinio.

III. Los comentarios sobre Hernández por miembros de la Comisión Editora.

IV. Apéndices.

Baste saber por ahora que persistiremos en la obra que dará luz y prestigio al gran naturalista, investigador, humanista, que consumió su vida sin llegar a ver publicado ninguno de sus trabajos.

REFERENCIAS

1. Hernández Francisco, *Historia Natural de la Nueva España. Obras Completas*. Universidad Nacional Autónoma de México. Vols. 2 y 3, 1959.
2. Hernández, Francisco. *Rerum Medicarum Novae Hispaniae Thesaurus*. Roma, 1949.
3. Ximénez, Francisco. *Cuatro libros de la Naturaleza*. México, 1651.
4. Nieremberg, Juan Eusebio. *Historia Natural Maximæ Peregrinæ*. Amberes, 1635.
5. Hernández, Francisco. *Opera*. Madrid, 1790.

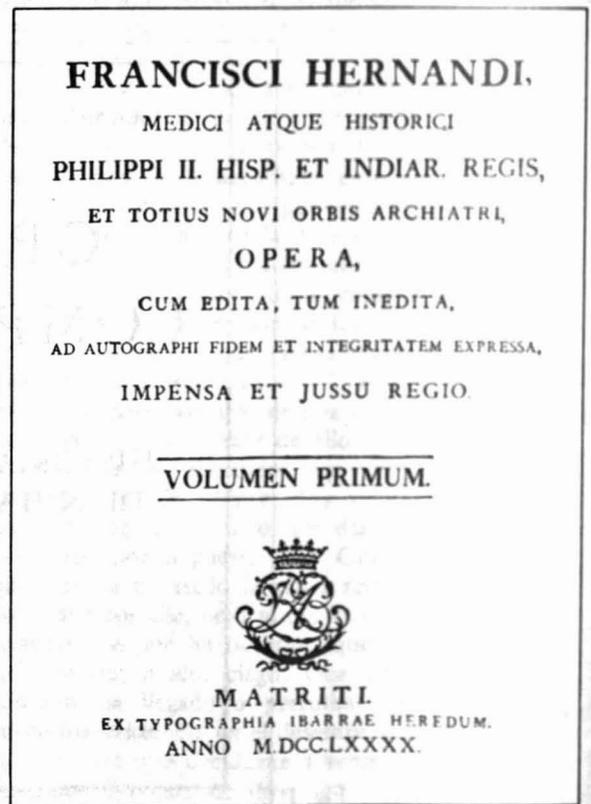


Fig 5

FRANCISCI HERNANDI
AD ARIAM MONTANUM,

VIRUM PRAECLARISSIMUM ATQUE DOCTISSIMUM,

CARMEN.

Allapsam jam Astae ripis, Montane, sodalem
Ne veterem contemne tuum, cui cernere primum
Romuleâ quondam licuit te, et noscere terrâ,
Rarum naturae miraculum, et gentis honorem,
Ac nostri ornamentum aevi; rursusque videre 5
Post secessum illum, quo te, Montane, sorores
Instituere novem, implerunt et pectora rerum
Causis, ac variis linguis, et lumine divum,
Igniferos intra scopulos, et sacra Philippo
Moenia, delicias Regis, sedesque beatas: 10
Unde quadrigeminâ cusurus biblia linguâ,
Immensum, et praeclarum opus, ingentisque laboris,
Sponte petis Belgas molles, patriâque relictâ
Algentes tractus calcas digressus in arcton;
Dum nos sepositis plagis arcana colentes 15
Naturae haud pigri occiduos adnamus ad Indos,
Clementi adnixa imperio parere Philippi,

POEMA

DE FRANCISCO HERNÁNDEZ
A ARIAS MONTANO

MUY DOCTO Y PRECLARO VARÓN

Montano: no menosprecies a tu antiguo colega
llegado ya a playas de Jerez, quien por primera vez pudo
verte en tierra de Rómulo y conocerte hace tiempo
como raro milagro de natura y honor de tu raza
y ornamento de tu siglo; y verte de nuevo 5
tras aquel alejamiento en que las nueve Hermanas, Montano,
te instruyeron, y con las causas de las cosas llenaron
tu pecho, y con lenguas varias, y con la luz de los números,
dentro de escollos igníferos y de murallas sagradas
para Felipe, del Rey delicias y felices moradas. 10

Desde donde, dispuesto a forjar la Biblia en cuádruple
[lengua,¹

obra inmensa y preclara, y de ingente trabajo,
vas, de ti mismo, hacia suaves Belgas y, dejando tu patria,
huellas helados países al marchar hacia el Ártico;²
mientras yo, en regiones lejanas los arcanos buscando 15
de natura, nado no perezoso hacia Indios occiduos,
empeñado en el mando clemente obedecer de Felipe,
amo de Hesperia,³ que el orbe lacerado vindica,
instituye leyes santas y las decadentes renueva,

HERNANDI CARMEN

Hesperiae domini, lacerum qui vindicat orbem,
Instituit leges sanctas, renovatque cadentes,
Perdens injustos, et Christi nominis hostes. 20
Ergo post varios casus, post munia nostra
Praestita, quâ valui curâ, terrâque marique,
Excipe me reducem tam multis casibus actum,
In gremioque tuere tuo, nam diceris esse
Permessi solers custos, fidusque colonus. 25
Sunt qui post terga oblatrent, fundantque venena
Invidi, et innocuos tentent damnare labores,
Quos non viderunt, aut percepere legentes:
Indigni quos terra tegat, vel turba bonorum
Audiat efflantes scelerato ex ore chelydros. 30
Haec te propulsare aequum est, haec trudere in orcum
Sincero candore tuo, sapientiâ et arte,
Et gravitate, fide ac praestanti robore monstra;
Ne virtus deserta ruat caritura patrono,
Et foedi nitidis⁵ mergantur fontibus apri. 35
Tempus erit, cum te liceat contingere dextrâ,
Et coram gratas audire et reddere voces.
Tunc ego Musarum veluti sacraria visens,
Impensè exsultans, nihil, ò Montane, silebo,
Ad res quod spectet nostras, ut noscere possis, 40
Quanta fides istis scriptis sit debita, quanta

perdiendo a los injustos y enemigos del nombre de Cristo. 20

Por ello, tras variadas incidencias, tras desempeñar
mis cargos con el cuidado que pude, por tierra y por mar,
recíbeme al regreso, agitado por tan múltiples males,
y guárdame en tu pecho, pues dicen que eres
esmerado guardián del relegado,⁴ y patrono leal. 25
Hay quienes ladran tras mis espaldas y derraman venenos,
envidiosos, e intentan condenar mis inocuos trabajos
que no han visto ni, leyendo, los han percibido;
serpientes indignas de que la tierra las cubra, o la turba
los oiga con su criminal boca soplando. 30
Justo es que tú expulses a estos monstruos y al orco lo lances
con tu sincera objetividad, tu sapiencia y tu tacto,
y con tu gravedad, tu lealtad y tu fuerza prestante;
para que la virtud no caiga al ir a faltarle un patrono,
ni los jabalíes toscos en nítidas fuentes se bañen.⁵ 35

Tiempo habrá en que sea dado con mi diestra tocarte
y en persona oír y contestar gratas palabras.
Yo entonces, como si los santuarios de las Musas mirara,
gozando enormemente, no callaré nada, oh Montano,
que a nuestras cosas respecte, para que puedas saber 40
cuán gran crédito sea debido a estos escritos, y cuánto
aprecio, y qué gloria espera a nuestros esfuerzos;
pues en cosas magnas el sólo dirigir a las cumbres
excelsas el paso es algo grande y pleno de honra,
y perpetra un crimen quien a tales detractores ofrece 45
oídos, destruido en sus entrañas por un morbo inmenso.

AD ARIAM MONTANUM.

Gratia, conatus maneat quae gloria nostros;
In rebus magnis si tantum ad culmina celsa
Direxisse gradum magnum est, plenumque decoris,
Atque scelus patret qui his detractoribus aures 45
Praebeat immani diruptus viscera morbo.

Transeo quam tulerim fastidia longa per annos
(Sanguine jam gelido languens, sterilique senectâ)
Septenos, mare bis mensus, terrasque repostas,
Expertus caelum mutatum, alimentaue passim 50
Jam pridem consueta mihi, lymphasque malignas.
Praetereo ingentes aestus, et frigora magna,
Vix ullo superanda modo mortalibus aegris,
Silvosos etiam colles, atque invia lustra,
Flumina, stagna, lacus vastos, latasque paludes. 55
Non refero Indorum consortia perditâ, fraudes
Nec canimus tantas, dira aut mendacia, queis me
Non semel incautum lusere, ac verba dederunt,
Insigni curâ vitata, industriâ, et arte,
Et quoties vires plantarum, et nomina falsa 60
Quarumdam accepi fallaci interpretis usus
Oraclo: medicâ decuit quae vulnera cautè
Interdum methodo curare, atque auspice Christo.
Pictorum haud numerem lapsus, qui munera nostra
Tangebant, aderantque meae pars maxima curae, 65

Olvido cuánto soporté por siete años largos fastidios (débil ya por mi sangre helada y estéril vejez), tras medir dos veces el mar y experimentar alejadas tierras, y un cielo mudado, y dondequiera alimentos que ya hace mucho acostumbraba, y aguas malignas. 50 Hago a un lado los ingentes calores y grandes heladas, que apenas soportarán de algún modo mortales enfermos, y también las lomas selvosas e impenetrables montañas, los ríos, pantanos, lagos vastos y dilatadas lagunas. 55 No digo los perversos consorcios de los Indios, ni canto los tan grandes fraudes, o fieras mentiras, con las que no una vez me engañaron, incauto, y dijeron mentiras, aun evitándolas yo con gran cuidado, tacto y esmero; 60 y cuántas veces recibí falseadas las fuerzas y nombres de algunas plantas, por usar falaces informes de un intérprete; qué heridas hubo que curar cautamente a veces, con arte médica y con los auspicios de Cristo. No puedo contar las fallas de pintores, que mis trabajos tocaban, y eran la parte más grande de mi cuidado, 65 para que nada, en un ancho dedo, de la forma distara que había que copiar, sino que todo al descubierto constara; y las demoras de los funcionarios que, al yo apresurarlos, seguido fueron molestas a mis intentos y esfuerzos. O, ¿para qué diré los males que me vinieron, probando 70 substancias y, a un tiempo, los grandes peligros para mi vida? ¿O las enfermedades que las nimias fatigas causáronme, graves ya ahora, y que hasta el tiempo final de mi vida me asediarán, por cuantos años ella me dure?

HERNANDI CARMEN

Ne quidquam digitum latum distaret ab ipsâ
Reddendâ formâ, patulè sed cuncta liquerent;
Atque moras procerum, qui me properante molestae
Saepe fuere meis ausis, ac nixibus. Aut quid,
Quae evenere mihi gustanti pharmaca, dicam 70
Noxas, ac vitae pariter discrimina magna?
Aut morbos, nimii mihi quos peperere labores,
Nunc etiam infestos, et in ultima tempora vitae
Desaevituros, quotquot durabit in annos?
Coetusve hostiles, lacubusque natantia monstra, 75
Integros homines vastâ capientia in alvo?
Quidve famem, atque sitim? vel mille animalia blandam
Sanguiferis punctis passim afficientia pellem?
Rectores tetricos, atque agmina inepta, ministros?
Silvestre Indorum ingenium, nullisque docendis 80
Naturae arcanis promptum, aut candore paratum?
Praetereo, inquam, haec, et solum quod fecimus ipsi
Auxilio divum eximio, Christoque secundo,
Hesperiae occiduae lustrantes, dicimus, oras.
Viginti plantarum igitur, pariterque quaternos 85
Dictamus libros (praeter qui fulva metalla
Subjiciunt oculis hominum, et genus omne animantium);
E quibus herbiferis profert Hispania in agris
Nullam, nam occiduas tantum sectamur, et unâ

¿Y las reuniones hostiles, y monstruos que nadan en lagos 75 y que dan cabida en su vasto vientre a hombres enteros? ¿O para qué, el hambre y la sed? ¿O los mil animales [atacan por doquiera a una piel blanda con sangradores piquetes? 80 ¿Los tetricos gobernantes y sus criados —tropas ineptas—? ¿Y el ingenio de los indios, salvaje y no pronto a enseñar ningún secreto natural, ni de franqueza provisto? Dejo estas cosas —digo— y sólo lo que he hecho yo mismo con eximio auxilio de númenes y la ayuda de Cristo recorriendo las regiones de la Hesperia occidua, refiero. 85 Así pues: dictamos veinte libros e igualmente otros cuatro (además de los que los leonados metales y todo género de animales a los ojos del hombre presentan); de esas plantas ninguna de las cuales España produce en campos herbosos, pues sólo las de Occidente buscamos, y, a un tiempo, tallos, raíces y flores que brillan con varios 90 colores; y no descuido el fruto ni la hoja, ni aún los nombres de los cuales hay uso en diversas regiones, o los poderes, el suelo natal, el cultivo y sabor, o las lágrimas que destilan de una herida del tronco; qué morbo se curan con ellas, de calor cuál es el límite, 95 cuál su color, y qué substancia se halla bajo sus leños y, en síntesis, cuantas cosas la salud humana requiere, o pide esta narración natural de las cosas, con las voces más propias que pude y la adecuada justeza. Más aún: veinte plantas vivas y muchas semillas 100 e inúmeros fármacos, que al Augusto Felipe se enviaran

AD ARIAM MONTANUM.

Caulis, radices, varioque colore micantes 90
 Flores; nec fructum, aut folium contemno, nec ipsa
 Nomina, quorum est in variis regionibus usus,
 Aut vires, natale solum, cultum, atque saporem,
 Aut lacrymas stipitis stillantes vulnere: morbi
 Qui curentur eis, quatenus sit meta calor, 95
 Quis color; et lignis qualis substantia subsit,
 Et breviter quaecumque salus humana requirit,
 Aut naturalis rerum haec narratio poscit,
 Quam propriis verbis potui, et brevitate decenti.
 Quin vivas plantas viginti, ac semina multa, 100
 Pharmacaque innumera, Augusto mittenda Philippo,
 Praefecto dedimus, curam ut majore ferantur
 In patriam, Hesperiaeque hortos, et culmina adornent;
 Emensamque novam Hesperiam duce sidere caeli,
 Urbes, ac populos, montes, ac flumina, valde 105
 Rem optatam nostris, esset quo cognita mundo
 Usque adeo dives, tamque ampli nominis ora.
 Scribimus et methodum, qua quis cognoscere plantas
 Indas, ac nostras possit; vel quo ordine cunctis
 Occiduis usus valeat succurrere morbis, 110
 Noscereque indigenas, nostrisve ex montibus alto
 Transvectas Indas tam longo tramite in oras.
 Pharmaca et addidimus firmo sancita periclo,

di al gobernador para que con gran cautela se lleven
 a la patria, y adornen los huertos de Hesperia y sus cumbres;
 y la nueva Hesperia medida con base en astros del cielo,
 las ciudades y los pueblos, los montes y ríos: trabajo 105
 muy deseado para los nuestros para que fuera en el mundo
 conocido un país tan rico y de nombre tan vasto.
 También escribí un método con que pueda alguien las plantas
 indias y nuestras conocer, o en qué modo logra
 la práctica a todos los morbos atender de occidente, 110
 y detectar las indígenas y las llevadas de nuestros
 montes por alta mar en tan gran viaje a las indias regiones,
 y añadí, en cuanto a substancias fijadas con sólida prueba,
 y por mí experimentadas, qué jugos expelan del cuerpo,
 cuál venza a las que los nuestros conocen, cuál pueda
 [cederles; 115
 pues callo lo demás que, si el Señor lo concede, verás
 y enmendarás cuando a tus murallas séame dado
 entrar alegre y apoderarme de tu Genio y tus Musas,⁸
 y abandonarme a una dulce locura, vacío de penas.

Entonces, ¿quién merece confianza, a fin de que al gusto 120
 de otro estas cosas puedan escribirse y usarse estas fuerzas;
 si esta obra tal cuidado y tan grandes revisiones requiere?
 ¿y, si no doquiera encuentras a quienes tan grandes trabajos
 logren llevar con los propios hombros, y los sufran con gusto?
 O, ¿cómo puede ser juez y perito censor 125
 quien hierbas ningunas conoce en parte alguna nacidas?
 ¿O quien ni nuestros libros ni duros trabajos

HERNANDI CARMEN

Experta et nobis, quos pellant corpore succos,
 Quae superent nostris nota, et quae cedere possint: 115
 Cetera nam sileo, Domino quae dante videbis,
 Atque emendabis, quando tua moenia lactus
 Intrare, et dabitur genio Musisque potiri,
 Curarum et vacuo dulci indulgere furori.
 Ergo qui credi par est, ut talia nutu 120
 Alterius scribi valeant, viresve referri;
 Si hoc opus hanc curam, atque examina tanta requirit?
 Nec passim invenias, humeris qui ferre labores
 Tantos sustineant propriis, subeantve libenter?
 Aut qui iudex esse queat, censorve peritus, 125
 Qui nullas usquam nascentes noverit herbas?
 Aut qui nec libros nostros, durosve labores
 Viderit? At magnos num quando invenimus ausus
 Invidiam caruisse suam, aut prurigne turpi?
 Jactave in abjectos torqueri fulmina valles? 130
 Ergo tu nostros, vir praeclarissime, libros
 Perlege, et indigni si non videantur honore,
 Conceptus veluti cari complectere fratris,
 Sicque favens, tibi me aeternos obstringito in annos.

ha visto? ¿O alguna vez encontramos que las grandes hazañas
 han carecido de su envidia, o de un torpe prurito?
 ¿O que se abatan los rayos, a valles abyectos lanzados? 130

Tú entonces, preclarísimo varón, nuestros libros
 lee del todo, y si de honor no te parecen indignos,
 abrázalos como concepciones de un hermano querido,
 y así apoyándome, estréchame a ti por años eternos.

NOTAS AL POEMA

¹ La Biblia en cuádruple lengua: Se trata de la Biblia políglota de Amberes.

² El Ártico: Arkton (griego) es La Osa, constelación contenida en el círculo del Polo, el cual por ello se llama Ártico.

³ Hesperia: Este nombre se aplica, literalmente a "la región que está hacia el atardecer" (Vesper, en latín). Con frecuencia alude a España. A veces, a Italia. Y varias veces también, a América.

⁴ Relegado: Así traduje el participio latino *Permissi*, variante de *permissi* ('abandonado'). Del verbo *permittere*.

⁵ Toscos en nítidas: Con estas palabras conservo el bello oximoron de Hernández *foedi nitidis*. Con esa hábil yuxtaposición (*callida junctura*) de adjetivos se subraya el contraste entre la transparencia de las fuentes y la fealdad de las bestias que las manchan.

⁶ Hesperia occidua: Hay pleonismo al añadir a Hesperia (Occidente, según anoté en (3), el adjetivo *occidua*.

⁷ La nueva Hesperia: Es "el nuevo Occidente", la Nueva España.

⁸ Apoderarme de tu Genio y tus Musas: Esta fusión de metáfora y metonimia indica "disfrutar de tu personalidad y de tu poesía".

EL POEMA DE FRANCISCO HERNÁNDEZ
A BENITO ARIAS MONTANO

LOS VALORES DEL POETA LATINO DE HERNÁNDEZ

¿Por qué ese destacado médico que era Francisco Hernández se tomó la fatiga de cincelar en clásicos hexámetros latinos sus confesiones de científico incomprendido?

La respuesta nos la da el hecho de que el médico toledano dirige su poema a Benito Arias Montano, el primer hebraísta bíblico del siglo XVI, quien en sus ratos de ocio trazó miles de enjundiosos hexámetros latinos, recogidos entre volúmenes, uno de los cuales parece haber inspirado el título de *La légende des siècles: Himni et saecula* ('Himnos y siglos').¹

La inspiración lírica de Hernández no es excelsa, pero su formación humanística sí es notable. El poema en cuestión es, por ello, digno de conocerse. Presento, pues, de él una traducción literal y rítmica que he realizado en hexámetros latinizantes castallanos, fluctuantes entre trece diecisiete sílabas, al igual que los originales latinos.

Nos sorprende ver en el poema que, a partir del verso 47, la simple enumeración de los obstáculos que enfrentó el primer explorador científico de México, infundió aliento épico a un texto que había comenzado como un anodino elogio a Arias Montano. Se impone allí la inmensidad del paisaje de la América primigenia. Surge allí, en sagaz captación psicológica,

el ingenio de los indios, salvaje y no pronto a enseñar ningún secreto natural, ni de franqueza provisto (v. 80-81).

Y no usa Hernández un latín de comentario escolar, ni menos un lenguaje popular. Siendo el latín la lengua universal de la cultura, todavía más en el Renacimiento que en nuestros días, un médico eminente como Hernández manejaba un latín digno de los poetas del siglo de Augusto.

Y no se detiene en la imitación de la suave musicalidad de Virgilio. Éste asoma apenas en giros tales como *adnamus ad Indos* (v. 16), *tam multis casibus actum* (v. 23), *praestanti robore monstra* (v. 33). Y rebosa jugos virgilianos el hexámetro 94:

Aut lacrymas stipitis stillantes vulnere: morbi . . .
(O las lágrimas que destilan de una herida del tronco).

Para mí tienen poca importancia esos toques virgilianos de Hernández, así como ciertos pleonasmos, patentes en los versos 33, 37, 42 y 74. Porque lo notable del caso es que el médico toledano se atreve con los bronces de Horacio. Y no a base de calcas textuales, sino de discretas alusiones. Así, cuando Hernández anota *Agmina inepta, ministros* (v. 79), alude al conocido giro horaciano *O imitatores, servum pecus* ('Oh imitadores, rebaño servil'. *Epíst. I*, 19, v. 19). Y cuando el médico escribe *Curarum et vacuo dulci indulgere furori* (v. 119), alude a *Recepto dulce mihi furere est amico* ('Dulce me es enloquecer, tras acoger a un amigo. *Oda II*, 7, v. 28). Y, cuando Hernández escribe *Invidia caruisse sua, aut pruriginis turpi?* (v. 129), alude a *Caret mortis formidine et ira?* ('¿Carece de temor a la muerte, y de ira?. *Epíst. II*, 2, v. 207).

Por último, este es el más espléndido hexámetro de Francisco Hernández:

Jactave in abjectos torqueri fulmina valles? (v. 130)

Viene de la *Oda II*, 10, versos 11 y 12: *feriuntque summos/fulgura montes*. Horacio había anotado: 'Hieren a los máxi-

mos/montes los rayos'. Y Hernández comentó: '¿O se abaten los rayos, a valles abyectos lanzados?'.

Con ese solo verso deja ver Hernández, por contraste con la insignificancia de sus detractores, la conciencia de su propia valía. De paso, también sienta constancia de su familiaridad con el clasicismo.

Tarsicio Herrera Zapién

INTRODUCCIÓN A LOS LIBROS 26 AL 37
DE LA HISTORIA NATURAL DE PLINIO
SEGÚN TRADUCCIÓN DE JERÓNIMO DE HUERTA

Efrén C. del Pozo

Germán Somolinos d'Ardois, a quien rendimos homenaje en estas líneas, al proponer incluir la traducción del Plinio en nuestro programa de publicación de las *Obras Completas* de Francisco Hernández, atendía a dos propósitos: por un lado, poner a disposición de los estudiosos, en lengua española, la suma de los conocimientos que hasta el siglo primero de nuestra era recogió Plinio el Viejo, hoy inaccesible en nuestro idioma, y por el otro destacar a través de sus comentarios (en esta edición bajo notas del "Intérprete") al gran humanista del siglo XVI que fue Hernández, sobre la fuente de autoridad que a lo largo de toda la Edad Media representó el eminente compilador romano.

Ya el mismo "hernandista" ha dejado extensas referencias sobre la suerte que corrieron los originales de la traducción del Plinio por Hernández y a su parecer no existen dudas de que había dado fin a este trabajo, pues en cartas de Hernández escritas desde México en 1576 decía haber terminado los treinta y siete libros de Plinio, "*acabados de traducir y comentar*",¹ pero no se ha logrado encontrar completa su traducción. El mismo Somolinos llamaba la atención sobre la coincidencia de que fueran precisamente los libros faltantes (26 a 37) los que aparecían en el inventario de los bienes de la Biblioteca del arquitecto del Escorial Juan de Herrera, gran amigo de Hernández y su albacea en su testamento de 1578. Pero es el caso que no existe documento alguno sobre que tales libros de Plinio estuvieran ya vertidos al español y comentados por Hernández, salvo lo que dice en sus propias cartas a Felipe II; sin embargo, sería muy posible que un "perfeccionista" como lo fue toda su vida, hubiera podido depositar con Herrera un trabajo todavía incompleto. Es de hacerse notar que ambos manuscritos encontrados, tanto en los que llamó Somolinos "primeros borradores" como en los de la "redacción definitiva", sólo correspondieran hasta el Libro 25, no obstante que las dos series aparecieran empastadas desordenadamente en la Biblioteca Nacional de Madrid, como lo señala en detalle la Dra. María del Carmen Nogués.²

Esta hipótesis que parece atrevida, no lo es tanto, cuando consideramos que el último libro traducido, es decir el 25, no contiene los comentarios del "Intérprete", salvo el correspondiente al Cap. I, lo que da idea de un trabajo interrumpido. Además recordemos que cuando el rey venía insistiendo desde 1574 en que su Protomédico le enviara los libros sobre las plantas como había quedado de hacerlo repetidas veces, seguía contestando que "*irían, sin falta, en la próxima flota*", al grado

¹ Datos de M. Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo IV. Léase allí una extensa reseña del trabajo humanístico de Montano.

que llegó a ordenar al virrey de su puño y letra se le dijera "a este doctor" que muchas veces lo había ofrecido sin cumplirlo. Es posible que siendo su principal encargo al venir a la Nueva España, estudiar las plantas, viera Hernández como una labor lateral su traducción y comentarios del Plinio, sin que al decirlo al rey implicara una mentira, pues lo había terminado en efecto, pero no estaba necesariamente listo para publicación.

Por lo demás, cuando ante las exigencias reales proseguidas por dos años se ve finalmente obligado a enviar sus manuscritos en 1576, sobre la *Historia Natural de la Nueva España* da muchas disculpas por no estar listos para imprimirse y trata de explicar al pormenor las correspondencias entre las figuras y los textos, es decir busca impedir que pasen a prensas sin su última supervisión. Una vez más el afán perfeccionista explica, sino excusa que sus originales hayan llegado a parar a otras manos. Desconocemos cual haya sido la causa determinante de que Felipe II encargara en 1580, a Nardo Antonio Reccho "de ver, concertar y poner en orden lo que trajo escrito de Nueva España el doctor Francisco Hernández" en tiempos que su autor vivía, acción de que se queja amargamente en su poema a Arias Montano (véase el vol. VI de estas *Obras Completas*) pero su más devoto biógrafo se ve obligado

a admitir que para entonces Hernández "seguía puliendo y retocando sus originales."³

Puesto que es dudoso que Hernández hubiera terminado la traducción del Plinio y en caso de haberlo hecho no contamos con sus originales, a partir del libro 26, no hemos querido dejar incompleta la versión española, para lo cual hemos optado por publicar la versión de Jerónimo de Huerta publicada en Madrid por Juan González en 1629 (en su volumen Segundo que comprendía del Libro 12 al 37) es decir, 52 años después del regreso de Hernández a España y a 40 de su muerte. De esta manera tomamos de la Edición de Huerta, los libros 26 al 37 y también reproducimos sus comentarios.⁴

Aprovechamos esta versión de Huerta que estamos publicando para subsanar una omisión la de que según declara expresamente Hernández, no tradujo el Capítulo 55 del Libro 7 porque "no quise interpretar ni poner aquí por no me parecer bien que anduviesen en nuestra lengua vulgar los desatinos que en él osa vomitar Plinio, desvergonzándose no sólo contra lo que los más excelentes filósofos tienen por muy cierto y llano, sino contra lo que nos enseña Dios y nuestra madre la Iglesia, aunque a la verdad él lo funda en razones tan flacas y desemejantes a su ingenio y erudición que fuera desto tuvo grandísima, que bien parece hombre suelto de la mano de Dios y ajeno de su luz y tales que, puesto que se escribieran y no se arrancaran como yerba pestilencial de aqueste lugar, antes fueran persuasión de nuestra verdad orthodoxa acerca de los sabios, que no escándalo a los de mediano juicio". Fue bastante medio siglo para que Jerónimo de Huerta incluyera en su versión, el capítulo que para Hernández era intraducible por sostener la no inmortalidad del alma. Jerónimo de Huerta que fue médico y familiar del Santo Oficio de la Inquisición recibió toda suerte de aprobaciones reales y eclesiásticas para su publicación, aunque no sin aclarar que sus "intérpretes tienen artes que guarden el sentido del libro y escolios y anotaciones provechosas". Subsanamos pues esta omisión de Hernández.

Nos resistimos a creer que Jerónimo de Huerta haya tenido la osadía imperdonable de plagiar la versión de Hernández de la *Historia Natural* de Plinio de que lo acusa Gómez Ortega,⁵ pues ya se han hecho notar las diferencias entre ambas traducciones. Posiblemente ni siquiera tuvo acceso a los manuscritos del Plinio de Hernández, pues hay datos para pensar que por esos tiempos tales originales andaban dispersos en bibliotecas privadas. De cualquier manera, es extraño que Huerta no hiciera referencia alguna a Hernández, siendo tan abundante en citas contemporáneas y cuando el mismo Plinio aconsejaba el deber de citar las fuentes como una cosa buena y llena de noble respeto.⁶ Sus referencias a cosas de Nueva España pudieron haberse tomado de copias del extracto de Reccho y aún es posible que de ejemplares del libro de Ximénez ya publicado en 1615, pero en ambos casos se reconocía la paternidad de Hernández. Lo que parece grave omisión y signo sospechoso de culpabilidad es que Huerta no incluyera el nombre de Hernández en la larga lista de más de 20 médicos españoles dignos de memoria que enumera en el Capítulo 3 del Libro 26, siendo que llega a nombrar hasta cinco que sirvieron a Felipe II. En referencia a esta cita es interesante contrastar el estilo llano y directo de nuestro admirado Hernández, cuando Huerta después de usar grandes ditirambos para los médicos españoles que señala, dice pomposamente que hacerlo con otros que "resplandecen en esta Corte fuera querer contar las flores de una inmensa selva" y por lo tanto remite al lector "a sus mismas plumas, buriles de su memoria, que los dejan esculpidos en los bronce de su eterna fama". Si entre estos que omite mencionar estuviera comprendido Hernández, podríamos elogiar



la visión premonitrice de Jerónimo de Huerta, aun cuando fuera no intencionada.

La obra de Jerónimo de Huerta no es tan rara como suponía Somolinos quien creyó que no había ningún ejemplar en México y sólo uno en los Estados Unidos, por lo que trabajó con una copia del de la Biblioteca de la Universidad de California. Ahora hemos contado con el que amablemente nos facilitó Edmundo O'Gorman, de México. Otro ejemplar es propiedad de José Félix Patiño de Colombia, en que aparece la firma autógrafa del autor "Hier de Huerta".⁷

Las circunstancias referidas explican que no formando parte, propiamente, de las *Obras Completas* de Francisco Hernández aparezca solamente como apéndice la parte traducida por Jerónimo de Huerta, Volumen Va, que se imprime en tipo menor y otra clase de papel en esta edición.

Finalmente deseamos hacer resaltar el interés permanente de los estudios plinianos con la mención de que en la actualidad se está publicando una nueva versión francesa de su *Historia Natural* a cargo de la Asociación Guillaume Budé en la llamada "Collection des Universités de France". Se trata de una edición con gran aparato crítico en 38 volúmenes, conteniendo sus 37 Libros con páginas paralelas en latín y francés.



Los comentarios son de dos órdenes; por una parte buscan precisar el texto latino, según los diversos manuscritos y fragmentos que han llegado hasta nosotros, es decir una verdadera genealogía del original, y por el otro un estudio profundo de la cosmología, geografía, historia natural y la suma total del conocimiento de la antigüedad grecorromana que nos legó Plinio. La serie se inició en 1947 con el Libro 11 "De los Insectos y De las partes del cuerpo", y se ha continuado con diversos volúmenes, sin el orden habitual de secuencia y han sido encargados a diversos especialistas en las materias correspondientes a cada libro. Hasta la fecha han aparecido 27 volúmenes y quedan todavía por publicarse otros 11.

El último en editarse fue el Libro 25 en 1974. La serie aparece bajo la supervisión de diversos autores, entre los cuales se destacan Ernout, Beáujeu y André, que son al mismo tiempo responsables de algunos volúmenes.⁸

Esto es lo que debemos decir sobre la importancia de volver a publicar en español un Plinio completo, y su interés permanente en la historia de la ciencia, pero la importancia fundamental de nuestra tarea está encaminada a exaltar la figura de Francisco Hernández, quien a través de sus comentarios a Plinio reveló sus altas cualidades como eminente humanista en pleno Renacimiento. Su fracaso editorial no pudo ser reparado hasta 400 años más tarde y es debido a la Comisión Editora de las *Obras Completas* de Francisco Hernández, y al respaldo constante de la Universidad Nacional Autónoma de México, que se lleva a cabo esta magna obra; reconocimiento tardío pero indudablemente justo a sus merecimientos y desvelos.

¹ Somolinos d'Ardois, Germán, *Vida y Obra de Francisco Hernández*, en Francisco Hernández, *Obras Completas*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1960, vol. I, p. 422, n. 54.

² Nogués, María del Carmen, "Introducción" a la *Historia Natural* de Cayo Plinio Segundo, en Francisco Hernández, *Obras Completas*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1966, vol. IV.

³ Somolinos d'Ardois, Germán, *op. cit.*, p. 178.

⁴ Huerta, Jerónimo de, *Historia Natural* de Cayo Plinio Segundo, Madrid, Juan González, vol. II, 1629.

Su volumen I también fue impreso en Madrid, por Luis Sánchez, impresor del rey Felipe IV, en 1624, e incluía los libros 1 al 11.

⁵ Gómez Ortega, Casimiro, "Prefacio" a Francisco Hernández, *Historia Natural de Nueva España*, Madrid, 1790.

⁶ Cayo Plinio Segundo, "Prólogo" a su *Historia Natural*, en Francisco Hernández, *Obras Completas*, vol. IV.

⁷ Patiño, José Félix, "La *Historia Natural* de Cayo Plinio Segundo", en *Medicina y Desarrollo*, 1968, vol. I, núm. 3, pp. 17-23.

⁸ Pline l'Ancien, *Histoire naturelle*, "Collection des Universités de France", d'Éditions "Les Belles Lettres": Livre I, 1950; II, 1950; VIII, 1952; IX, 1955; X, 1961; XI, 1947; XII, 1949; XIII, 1956; XIV, 1958; XV, 1960; XVI, 1962; XVII, 1964; XVIII, 1972; XIX, 1964; VV, XV, 1960; XVI, 1962; XVII, 1964; XVIII, 1972; VVI, 1964; XX, 1965; XXI, 1969; XXII, 1970; XXIII, 1971; XXIV, 1972; XXV, 1974; XXVI, 1957; XXVII, 1959; XXVIII, 1962; XXIX, 1962; XXX, 1963; XXXI, 1972; XXXIV, 1953.

Parecería difícil de explicar la demora de 10 años transcurridos entre la aparición del primer volumen del Plinio en la traducción de Hernández (1966) y la segunda parte que aparece hasta hora. La demora se debió en primer lugar a la carencia de los originales paleografiados que estuvieron en manos de la Dra. Nogués que seguía trabajando en ellos durante su estancia en Roma y después en Madrid. La segunda causa fue la sentida muerte de Germán Somolinos (1973) nuestro activo y eminente Secretario de la Comisión Editora de las *Obras Completas* de Francisco Hernández y principal promotor de estas ediciones.

El desvío

por Armonía Somers

Se trata de una historia vulgar. Pero yo la narro a toda esta gente que está tirada conmigo sobre la hierba donde se produjo el desvío y nos dejaron abandonados. En realidad, no parecen oír ni desear nada. Yo insisto, sin embargo, porque no puedo concebir que alguien no se levante y grite lo que yo al caer. A pesar de lo que me preguntaron en lugar de responderme. Algo tan brutalmente definitivo como este aterrizaje sin tiempo.

Lo conocí una mañana cualquiera en una estación de ferrocarriles, mientras la muchedumbre se agolpaba como siempre para confirmar su ego. Recuerdo que había un niño de pocos años en el andén, con un montón de globos sostenidos por hilos. Algunos que le habían visto llorar por la falta de viento, soplaban al paso desde abajo a fin de fabricárselo. El que viajó luego en mi cabina y yo nos habíamos sumado a aquel asunto cuando al levantar ambos la cabeza nos vimos entre los globos y la risa del chico.

Yo no sé si a causa de las circunstancias, mirarse a través de tantos colores elevados a fuerza de ilusión, que me pareció tan hermoso, y que quizás él tuviera respecto a mí una sensación más o menos pareja. Lo cierto fue que hasta hace unos segundos no cesamos de mirarnos, y eso es mucho.



El desconocido tomó mi maleta del suelo, se puso al hombro un morral en el que se notaban las formas turgentes de las frutas y me colocó en el asiento, tratando de colmar todos los deseos que uno expresa pateando a cierta edad y luego defiendo con mejor educación al llegar a grande: la ventanilla y el lugar que avanza en el sentido de la máquina.

Había, recuerdo, otra plaza frente a la nuestra, y la ocuparon dos individuos con grandes canastos, tapando con sus cabezotas de palurdos el espejo en que hubiéramos podido mirarnos, Aunque, para decir la verdad, poco tardamos en descubrir las ventajas del método directo.

De pronto, mi compañero, tan joven como yo pero mucho más iniciado en ciertas técnicas, tomó mi mano y la retuvo entre las suyas. Su contacto cálido y seco me había sumido de golpe en un vértigo comparativo en el que iban desfilando todas las blandas, húmedas o demasiado asépticas que uno debe soportar con asco o sin ganas, cuando él aprovechó aquella especie de otorgamiento para levantar mis dedos hasta sus labios y besarlos uno por uno, en forma prolija y entregada, sin tomar en cuenta en lo más mínimo a los testigos miopes de enfrente.

A todo esto, el tren había empezado a andar con su famoso chuku-chuku que hace las delicias de todo el mundo. Yo estiré las piernas hasta los cestos de los vecinos, y entorné los ojos en medio de la felicidad máxima. Entonces el hombre joven me preguntó en un tono tierno y cómplice:

— De modo que te gusta a tí también ese ruido ¿no es cierto?

— Que si me gusta —dije yo al borde del éxtasis— sería capaz de cualquier locura cuando empieza a escucharse.

— ¿Hasta de quererme?

Qué pregunta, pensé sin responder. Si le había dejado progresar en tal forma, desde la búsqueda de mi cara por detrás de los globos hasta aquellos besos disparados tan directamente hacia la sangre, era que algún mecanismo frenador se me había descontrolado repentinamente, y entonces sobraban las explicaciones.

El tren iba cobrando velocidad, entrando en el lugar común de los silbidos. Se nos entreveraban ya las cosas a través del vidrio pájaro con árbol, casa con jardín y gente, cielo con humo y nada. Tuve por breves instantes la impresión de un raptó fuera de lo natural, casi de desprendimiento. El pareció sorprender mis ideas al trasluz, y como quien saca un caramelo del bolsillo ofreció una sonrisa también especial, de la marca que usaba para todo. Yo traté de retribuirla.

— Me gustan mucho tus dientes —me dijo— son del tipo que yo andaba buscando, esos que brillan cuando chocan con la luz y parecen romperla... Qué difícil es todo, y al mismo tiempo qué sencillo cuando sucede...



Y comenzó a besarme con una impetuosidad como de despedida, pero de esa que suele ponerse, asimismo, cuando uno se convence de que todo el ejercicio anterior del besar ha sido pura chatarra, o un simple desperdicio de calorías.

— ¿Qué lleva en ese bolso? — pregunté al fin del aliento que me quedaba por desviar aquella intimidad demasiado vertiginosa.

— Alguna ropa y los implementos de afeitar — dijo—. Bueno — añadió después con cierta malicia — y manzanas. ¿Comerías?

— ¡Manzanas! — exclamé, entrando en su sistema — mi segundo capricho después del ruido del tren. Sólo que en este caso me gustaría compartir una a mordisco limpio. Más que nada por demostrar que son naturales — agregué exhibiendo mis dos hileras de dientes.

Luego del episodio un tanto brumoso de aquella primera comida, de la que nunca recordaré si habrá sido almuerzo o cena, vi con cierta decepción que él empezaba a mirar su reloj pulsera.

— Rayos — dijo de pronto — siete días ya, qué infalible matemática en todo esto.

— ¿Cómo, qué es eso de siete días, si acabamos de subir a este desbocado tren expreso?

Fue en ese momento cuando debí empezar a salir de mi penumbra mental, a causa de sus palabras.

— Mira — aclaró — los tipos del canasto cambiaron de vagón el primer día. Ellos y muchos más, parece que a causa de divergencias con nosotros. Y vino en varias oportunidades el hombre de los billetes, que yo iba renovando cada mañana.

— ¿Aquel individuo sin cara, vestido de gris, que creo haber visto no sé si sobre el piso o prendido del techo a lo mosca?

Mi compañero inauguró algo que no le conocía, una carcajada que hizo girar todos los cuellos hacia nosotros.

— Sí — contestó al fin — alguien que casi no acusaría más relieve que el de los botones de su chaqueta. Pero que miró nuestras manos con tan feroz insistencia de campesino casamentero, que tuve que ponerte ese anillo mientras dormías.

— Voy a echarme esta vez bastante agua sobre la cabeza — dije al cabo de su última palabra — porque

Es cierto que para escribir exactamente lo que desea escribir, una mujer tiene que vencer muchas dificultades. Para empezar está la dificultad técnica — tan simple en apariencia; tan desconcertante en realidad — de que la misma forma de la frase no le queda. Es una frase hecha por hombres; es demasiado suelta, demasiado pesada, demasiado pomposa para que la use una mujer.

eso de dormir yo así como así ya no cuela. Parecería un relato con el personaje equivocado — añadí incorporándome.

— Digamos que primero fue lo de la manzana entre dos, y que luego te dormiste a mi lado — explicó él como quitándole importancia a los hechos—. Es lo que sucede normalmente cuando ya ha transcurrido cierto tiempo. Y que luego deberá repetirse hasta tocar fondo — agregó aún, mirando hacia su misteriosa provisión de manzanas.

Todo aquello me estaba pareciendo algo demasiado fuera de lo habitual, como un desafío por el enigma. Pero andaban mezclados al delirio elementos objetivos de tal validez que eran capaces de obligar a creer en el conjunto, contra cualquier protesta.

Nos hallábamos, entretanto, asimilando de lleno el ritmo del tren. Y hasta la medida de la velocidad, que en un principio se nos mostraba por las cosas externas huyendo a contramano, se había hecho moneda corriente. Yo iba individualizando ya los días de las noches, los pasajeros molestos del otro asiento y los que eran capaces de cerrar los ojos aun sin sueño.

Un día mi hombre sacó un pantalón de invierno de su bolso. Aquello fue como el fin de mi dulce tránsito en la idiotez, una especie de golpe de gracia que no provenía de toparse con el nuevo viento frío colado por las rendijas.

— ¿Lo has visto? — me dijo en tono de reproche tratando de estirar la prenda — estaba bien doblado por mi madre y tú has hecho este lío.

Yo lo miré con cierto aire bobalicon que se quedó colgado en el espejo de enfrente.

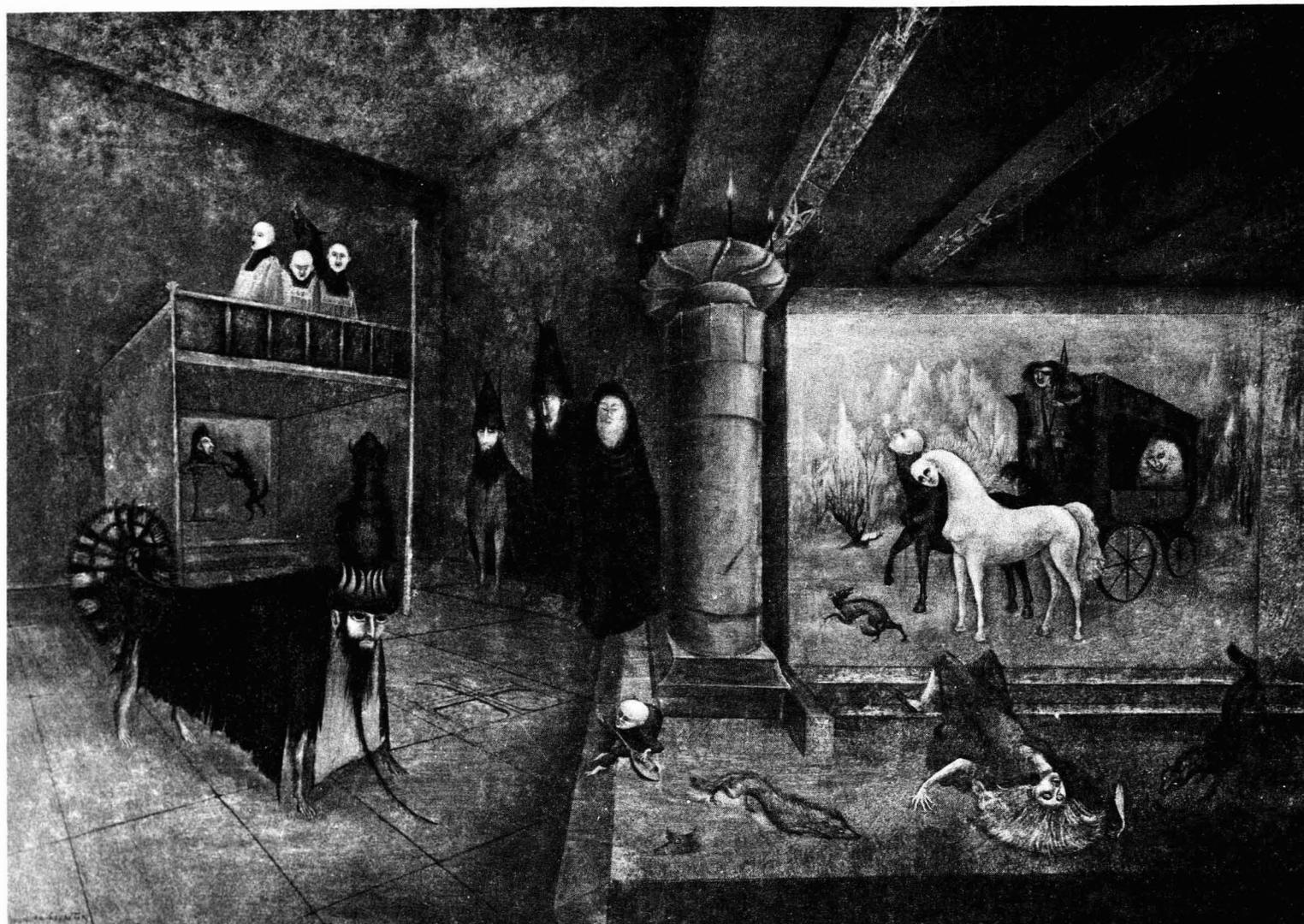
— Es que nunca doblé los pantalones de nadie — gemí — pero eso debería ser cualquier cosa menos un motivo para el agravio.

Ya iba a poner en juego el recurso casi olvidado de llorar cuando él, atajándome las lágrimas con la mano, trató de arreglar la cosa.

— Observa — me explicó — un desgraciado pantalón se maneja así, tomándolo por los bajos y haciendo coincidir las rayas de las piernas. Luego ya podrá doblarse en dos, o en cuantas partes se quiera.

Cielos, qué descubrimiento. Pero yo seguía con la humedad en la nariz, esa pequeña gota que viene de la ofensa, por detrás de la línea de los resfríos comunes. El incidente se evaporó saliendo a caminar de la mano por los pasillos, a cenar fuera del camarote mirando la noche estrellada que corría a la inversa del tiempo. (Confieso ahora aquella sensación de ir en sentido contrario de algo que se nos llevaba pedazos entre los dientes, pero cuyo dolor no era lo que debía ser de acuerdo con la importancia del despojo).

— ¿Preferirías fumar aquí o comer de nuestras manzanas en el compartimiento? — me dijo él de pronto con una voz madura que se le iba asordinando en forma progresiva.



Los dejamos a todos boquiabiertos, agarrados al nombre real de las cosas con la cohesión de un banco de ostras. Comer manzanas era para nosotros la significación total del amor, y nos capitalizábamos en su desgaste como si hubiésemos descubierto las trojes del verano.

Hasta que un día ocurrió, sencillamente como voy a contarlo y tal le habrá sucedido a tantos. Nadie anota el momento, es claro. Luego todo cae de golpe, y los escombros se enseñorean del último rastro.

— Es que voy a decírtelo de una vez por todas — declaró él cierta noche al regreso de una comentada exhibición de cine— a mi sólo me entusiasman los documentales, esos en que la gente y las cosas de verdad envían un mensaje directo. Y las novelas de aventuras, porque en tal caso soy yo quien lo vive todo.

Bostezó, tiró los zapatos lejos, apagó la luz y quedó aletargado.

Pero la verdad es que uno no va a asistir despierto al sueño de nadie, por más a oscuras que lo dejen. Era, pues, la de aprovechar la lumbre que resta encendida dentro para empezar a revisar las pequeñas diferencias, hacer el inventario con tiempo por si apuraban el balance. Los hombres sucios del asiento de enfrente, recordé, que él elige para

conversar porque, según sus paradojas, conservan las manos limpias. Aquello que opinó sobre mi asco a las moscas o a los estornudos de la gente en las panaderías: siempre pequeñas cosas entrando en el juego inicial como saltamontes por la ventana abierta. Pero que al fin desembocaban en planteamientos por colisión, en guerra de principios. Fidelidad eterna de las moscas contra mi repugnancia. Humanidad que se comunica al pan, versus las cargas microbianas del estornudo. Y todos los etcéteras que puede conjugar un etcétera solitario no bien se le deje suelto. “Has dicho se acabó la guerra como si pasaras en limpio una carta de adiós escrita por otro con las entrañas”, me reprochó cierta vez en tal temperatura emocional que me valdría para no volver a repetir jamás aquellas cuatro palabras. Sí, pero lo de dormir sobre mi hombro con un leve ronquido y cierto hilillo de baba desentendida, mientras una película con varios premios había congregado al pasaje, eso era algo más que definitivamente.

Cuando el tipo sin rostro vino al día siguiente por la renovación del billete, yo le hablé sin mirarle:

— Espera a que éste despierte. Después veremos quién sigue en el tren o quién se baja. No será cuestión de continuar aquí toda la vida.

Al pronunciar aquella última palabra sentí algo



sospechoso en el plexo solar, pero la seguí repitiendo sordamente —vida, vida— en cierto plan de sospechas sobre la especie de trampa en que pudiera haber caído. Y eso ya sin control, pues el estrafalario reloj me había embrollado las cuentas con el tiempo.

Comenzó así otro día sin marca conocida, con afeitada matinal y cepillo de dientes. Entonces yo quise anunciar mi decisión quitándome el anillo en forma provocativa. Pero no me salía del dedo. El dejó de rasurarse y empezó a reír como el niño de los globos cuando lo viera subir de nuevo en la lejana estación inicial donde nos habíamos conocido.

— Es que has engordado —dijo al fin— eso que no le pasa a mis moscas, por ejemplo, que viven en el aire prestado y andan siempre en un eterno alerta, hasta para sus festines más inocentes.

— Y que hay también fillos verbales mejores que el de esa navaja —mascullé apretando las mandíbulas. Pero llega el momento en que uno puede estallar, querer largarse a pensar de por sí, a discutir con su propio cerebro. Sí, ese cerebro que alguna vez habrá funcionado.

— Dramas —comentó él retornando a su menester— nadie vería tanto pecado en que hasta las más caras neurosis gusten también del exquisito café con crema...

— A ver —continué aún, cuerpeando las estocadas— a ver ese reloj infernal. ¿Cuánto tiempo hará que viajamos en este maldito tren, que debe ir por lo menos a Marte, a la Luna, según tus novelas de cabecera?

El limpió la navaja, la guardó con una paciencia sin límites. Luego consultó el reloj, me miró en los ojos hasta calmarme y volvió con la antigua fórmula:

— Siete años ya. El tiempo justo para lo que está ocurriendo. Qué infalible y medida precisión, Dios y sus encantadores acertijos...

Me irritó esta vez su petulancia respecto a los plazos. Tenía ganas de deshacerlo con algo contundente, un juicio ilevantable que nos dejase mano a mano como en un empate a golpes bajos.

— Y bien —le espeté sordamente— no creas que no lo he visto, que me es ajeno. Nuestras manzanas, aquellas que parecían ser sólo para nosotros dos cuando lamías el jugo de mis comisuras, yo te he sorprendido dándolas a mis espaldas tras algunas puertas mal cerradas del convoy. Y hasta te he escuchado comentar después en sueños la escapatoria, decir nombres que no eran el mío. Y muchas cosas más que no quiero traer a cuento para que el mundo no comience a husmear en nuestras miserias.



De modo que yo arreglo mi maleta y me voy a otro vagón. Eso es lo limpio, creo, ese es el juego honesto, hayan pasado o no los famosos años clave.

El me dejó hacer. ¿Oyen o no?, eh, ustedes, los desparramados por la hierba. Pero ocurrió que al llegar la noche el ruido del ferrocarril, principalmente ese de la suprema soledad con que salta los puentes, me impidió dormir. Además, empecé a sentir sed y no encontraba el vaso de agua, a tener frío y no hallar ni las mantas ni la llave de la luz. Porque todo había cambiado de disposición a mi alrededor, como en la primera noche en tierra extraña de un inmigrante. Cuando lo sentí golpear suavemente en la puerta me incorporé dando gracias al cielo, que pasaba como un cepillo negro tras el vidrio. Y que después dejó de existir. Aunque quizás lo habrá seguido haciendo para otros que tendrán sólo eso, un pobre y vago cielo para la tan grande esperanza.

—¿Has visto? —me dijo finalmente, ayudando a reemprender la mudanza—. Así uno despilfarre un poco tras una puerta a medio cerrar, las cosas se hallan tan bien dispuestas como para que las frutas del morral alcancen para todo.

Yo aprendí desde entonces a burlarme de mí misma. Además, durante aquellos tiempos de frenesí, inventamos el juego de tirar objetos por la ventana. Habíamos espionado a la gente sobrecargada de cosas. Tenían que dormir arrollando las piernas. Y otros hasta dejaron de abrazarse por falta de sitio. Esa nueva concepción del espacio terminó por recomodar el caos. Y yo supongo ahora que un día memorable él olvidó también de dar cuerda al relojito a causa de mis aprensiones. “Si vive, su tiempo está en nosotros” —me dijo cierta vez en que insinué la idea, calcular cuántos años de hombre tendría ya el chiquillo a través de cuyos globos nos habíamos conocido. Luego del frío que me recorrió la espalda a causa de sus palabras, nunca más se buscaron señales metafísicas al pasar por esquinas peligrosas.

En toda novela meritoria hay varios elementos —humano, divino, natural— sujetos en su sitio por la fuerza de la visión del autor. Pero tienen otro orden, al mismo tiempo, que es un orden impuesto sobre ellas por la convención. Y como son los hombres los árbitros de esa convención, como son ellos los que han establecido un orden de valores sobre la vida, así también —dado que la literatura imaginativa se basa, en buena parte, en la vida— esos valores prevalecen en ella en buena medida.

Hasta que llegó esta noche. Qué extraño, jamás había dado en pensarlo, la gran familia de desconocidos entre sí que se descerrajan en el mismo minuto, sea cualquiera el origen del acontecimiento. Yo tenía los pies helados. Me pareció, además, que el tren había empezado a marchar a menor velocidad. Aunque nada de eso pude expresar con una lengua medio rígida. El me puso una manta sobre las piernas, me tomó la mano, me besó dedo por dedo como la primera vez y quedó dormido.

Entonces fue cuando sucedió. El hombre sin cara se plantó en el asiento contrario, en medio de la oscuridad absoluta a que nos obligaban a esa hora. Percibí, sin embargo, que le iban surgiendo al fin los rasgos desconocidos, o que yo nunca había tenido tiempo de descubrirle. Algunos fogonazos de la máquina me permitían verlo en forma intermitente, como a una casa de campo bajo los relámpagos.

—Usted —le dije al fin dando diente contra diente— tanto tiempo alcanzándonos cosas. Gracias por todo. ¿Pero qué quiere?

El individuo me miró con una lástima y una crueldad tan entreveradas que hubiera sido imposible deshacer la mezcla. Parecía tener algo inmenso que comunicarme. Pero sin oportunidad ya, al igual de alguien que recuerda el nombre olvidado de una calle justamente cuando ve, al pasar, que han demolido la casa que venía buscando.

Mantuve todo lo posible ese pensamiento en el cerebro, tratando de que su embarazo poemático y triste me separara del hombre. (El que vivía en la casa habrá llamado alguna vez al otro vaya a saberse con qué secreta urgencia. Su amigo no acudió por tener olvidados la calle, el número). El hombre, entretanto, no había soltado palabra, tironeando quizás de los detalles de un quehacer que parecía inminente. (Entonces —pensé aún— un día, de súbito, lo recuerda todo, número, nombre. Pero sólo cuando pasa por allí y ve que han quitado la casa). —Bueno —dijo al fin, tal si hubiera asistido al desenlace de la anécdota— nos acercamos al desvío. Y creo que es a usted, no a él aún a quien debo empujar por esa puerta. Trate de no despertarlo, sería un gesto estúpido, una escena vulgar indigna de su parte.

—Pero es que yo no puedo cancelar esto sin aviso, y así, en la noche. Usted ha visto bien lo nuestro, lo conocí desde un principio. . .

No me dejó ni agonizar. Percibí claramente el ruido de cerrojo de la aguja al hacerse el desvío, transmitido de los rieles a mi corazón como un latido distinto. Y luego mi caída violenta sobre la maleza, al empuje del hombre sin cara.

—¿Eh, dónde está la estación, dónde venden los pasajes de regreso! ¡El número, sí, aquí está en mi memoria, el número de aquella casa demolida!

Entonces fue cuando lo oí, a la grupa del convoy que se alejaba sin mí y sin estos otros:

—¿Qué estación, qué regreso, qué casa. . .?

Los doce poemas de Emily Dickinson



Emily Dickinson

1

Es—la Madre Más Gentil—Naturaleza.
Ningún Hijo la irrita—
La más débil o la más voluntariosa—
Su Advertencia suave—

Oye el viajero—en el Bosque—
En la Colina—
Ave locuaz o Rampante Ardilla—
Contenida—

En una Tarde de Verano—
En Su Casa—cuando declina el Sol—
Grata es Su Charla—
Su Compañía—

Su Voz en el Pasillo enciende
La oración de la Flor—
Tímida—la plegaria
Del Grillo diminuto—

Cuando todos los Hijos duermen—
Ella sólo se aleja
Para encender Sus Lámparas—
Suspendidas en el Cielo—

Con Amor—
Y Cuidado infinitos—
Su dedo Dorado sobre su labio—
Ordena—En todas partes—el Silencio

2

Vino un Viento como un Clarín—
Entre la Hierba se estremecía
Y un Verde Escalofrío sobre el Ardor
se abatió tan ominoso
Que cerramos Ventanas y Puertas
A una especie de Fantasma Esmeralda—
El eléctrico Mocasín del Hado
Pasó en ese preciso instante—
En un extraño Atropello de Arboles jadeantes
Los Vallados huían
Y corrían las Casas en los Ríos
Eso vieron los que vivieron—ese Día—
Loca en la torre la Campana
Las aladas noticias decía—
¡Cuánto puede ir
Y venir
Y—sin embargo—el Mundo permanece!

3

¿Por qué—Me dejan fuera del Cielo?
¿Canté—demasiado alto?
Pero— ¡Si Yo puedo dar un “Menor”
Tímido como un Ave!
¿No querrán los Angeles probarme—
Sólo—una—vez—más?
De veras—no quise molestarlos—
¡No cierran—la puerta!

Oh, si Yo—fuese el Caballero
De la “Túnica Blanca”—
Y ellos—la Manecita—
que toca—
¿Lo—prohibiría?

4

El Mundo se siente—como Polvo
Cuando nos detenemos a Morir—
Anhelamos—entonces—el Rocío
Reseco el sabor— de los Honores

Vegan las Banderas—el rostro Agonizante
Pero el más pequeño Abanico
Que mueve la Mano de un amigo—
Refresca—como la Lluvia—
Sea mío el Ministerio
Cuando venga tu Sed—
En el Rocío de Tesalia—
El Bálsamo obtener—

5

¡Corazón! ¡Lo olvidaremos!
Tú y yo— ¡Esta noche!
Tú puedes olvidar el calor que él nos daba—
¡Yo olvidaré la luz!

Avísame cuando lo hayas olvidado,
Para que entonces lo olvide yo—
¡De prisa! ¿No ves que tu retraso
me hace recordarlo?





6

Querido Marzo—Entra—
¡Qué feliz estoy! —
Desde antes te esperaba—
Quítate el Sombrero—
Debes haber caminado—
Estás sin aliento—
Querido Marzo, ¿cómo estás? ¿Y los
Demás? —
¿Naturaleza está bien? —
Oh, Marzo, Sube conmigo la escalera—
¡Tengo tanto que decirte! —

Recibí tu Carta, y las Aves—
Nunca supieron los Arces que
venías—hasta que los visité
Lo declaro— ¡Cómo Enrojecieron sus
Rostros! —
Pero, Marzo, perdóname—y
Todas esas Colinas que me dejaste para
Colorear—
Faltaba el Púrpura adecuado—
Te lo llevaste todo contigo—

¿Quién toca? Ese Abril
Cierra la Puerta—
No seré perseguida—
Se ha ido todo un Año y llega
Cuando estoy ocupada—
Más todo esto se ha vuelto tan trivial
En cuanto llegaste

Que igual valen la Culpa y el Elogio
Y el Elogio es Culpa nada más—

7

Las almas cuerdas suponen
Que el sueño es el acto
De cerrar los ojos.

El sueño es el gran estado
En el que, en cualquier mano,
Están las hostias del testimonio.

Gentes de rango suponen
Que la mañana
Es el romper del Día.

¡La Mañana no ha ocurrido!

Que si es Aurora—
Eterno Oriente—
La del gayo pendón—
La del rojo atavío—
¡Eso es el romper del Día!

8

Cuando renacen—si los Brotes renacen—
Abrigo siempre una duda
Si los Brotes pueden renacer
Una vez que el Arte esté en desuso—

Cuando comienzan—si los Petirrojos
comienzan—
Abrigo siempre un temor
que no dije, fue su último Experimento
El Año Pasado.

Cuando sea Mayo, si Mayo regresa,
Nadie tendrá una pena
A menos que en un Rostro tan hermoso
No pueda volverse a ver

Si estoy ahí—Uno no sabe
En que Parte—Puede estar
Mañana, pero si estoy ahí
Retiro todo lo que digo—

9

Sentí un funeral, en mi Cerebro,
Y de un lado para otro los Dolientes
Caminaban—caminaban—hasta que parecía
Que el Sentido hacía su aparición—

Y cuando todos sentados estuvieron,
Un Servicio, como un Tambor—
Redoblaba—redoblaba—hasta que creí
Que mi Mente se aturdía—

Y luego oí que levantaban una Caja
Y crujían cruzando mi Alma
Con esas mismas Botas de Plomo, otra vez,
Luego el Espacio—comenzó a tañer,

Como si una Campana fueran todos los Cielos,
Y el Ser, sólo un Oído,
Y Yo, y el Silencio, alguna extraña Raza
En ruinas, solitaria, aquí—

Y entonces se rompió un Pilar en la Razón,
Y yo caí, caí—
Chocando contra un Mundo en cada abismo,
Y entonces acabé—de saber—

10

Algunas veces he escuchado un Organo
En la Nave de una Catedral,
Ni una palabra entendí de lo que dijo—
Pero contuve mi aliento—todo el rato—

Y me levanté—y me fui,
Con más aires de Hija de María—
Sin embargo—no sé qué me pasó
En la Nave de esa vieja Capilla.

11

¡Ir al Cielo!
No sé cuando—
¡No me preguntes cómo!
¡Ciertamente estoy demasiado asombrada
Para pensar en contestarte!
¡Ir al Cielo!
¡Qué raro suena!
¡Y sin embargo habrá que ir
Como los rebaños van de noche a casa
A los brazos del Pastor!

¡Acaso tú irás también!
¿Quién lo sabe?
Si llegas tú primero
Reserva un poco de espacio para mí
Cerca de los dos que perdí—
La “Túnica” más pequeña me irá bien
Y sólo un poco de “Corona”—
Pues sabes que no nos importa nuestro traje
Cuando vamos a casa—
Me alegra no creerlo
Pues ello detendría mi aliento—
¡Y me gustaría mirar un poco más
Esta Tierra tan curiosa!
Me alegra que ellos creyeran
Los que nunca he vuelto a ver
Desde la tarde de Otoño
En que los dejé en la tierra.

12

LA CARROZA

Puesto que no podía detenerme para la
Muerte—
El se detuvo para mí—
En la Carroza sólo íbamos Nosotros—
Y la Inmortalidad.

Lentamente avanzamos—El desconocía la
prisa
Y yo había hecho a un lado
Mi labor y también mi ocio,
Por su Urbanidad—

Pasamos la Escuela, donde los Niños
luchaban
A la Hora del Recreo—en la Arena—
Pasamos los Campos del Grano Absorto—
Pasamos el Sol Poniente—

O mejor—El nos pasó—
La Brisa daba escalofrío
Pues mi Vestido era—sólo Gasa—
Y mi Manto—sólo Tul—

Hicimos una pausa ante una Casa que
parecía
Una Hinchazón de la Tierra—
El Techo era apenas visible—
La Cornisa estaba—en la Tierra—

Desde entonces—hace Siglos—y sin embargo
Me parece menos tiempo que desde el Día
En que por primera vez comprendí que las
Cabezas de los Caballos
Apuntaban hacia la Eternidad—



Miopía

por María Luisa Puga

"It's not catastrophes, murders, deaths, diseases, that age and kill us; it's the way people look and laugh, and run up the steps of omnibuses".
Virginia Woolf: 'Jacob's room'

La puerta se cierra con un golpe seco y Federico Dávalos la vuelve a abrir. ¡Perdona amor, fue el viento! Y sin esperar respuesta, la cierra otra vez, con cuidado, y sale a la calle.

Mira el cielo y respira profundamente. Comienza a caminar. Pasos largos pero metódicos y pausados, las manos asidas por detrás. La cabeza erguida, a veces como queriendo beber el sol. Alto, comienza a echar carnes, se balancea un tanto espasmódicamente, pero Dávalos siente el placer de cada sábado por esa pequeña aventura que se concede y para la cual se prepara desde el viernes por la noche. Escoge, primero, una ropa holgada, cómoda, anticipando toda clase de situaciones que podrían retenerlo lejos de casa. Después un libro. Indispensable. Algo que se puede leer por trozos, como al azar y que proporcione material que rumiar mientras camina. Montaigne, por ejemplo. Algo clásico, completo. Cualquier página. Siempre tiene algo que ofrecer, para cualquier estado de ánimo, ha explicado Dávalos alguna vez. La misma idea uno la desarrolla desde ángulos distintos cada vez. Y, ya para terminar, algo de dinero —lo suficiente para cualquier contingencia, pero no lo bastante para que tienten las tiendas. A Dávalos lo humilla tremendamente tener que volver con paquetes de sus



caminatas. Ir de compras es otra cosa. Y en fin, eso es todo. El hombre ante el mundo. Por lo menos una vez a la semana hay que hacerlo. No hay sino que abrir la puerta y la vida entra por toneladas. Hay que saber buscar, eso sí. Hay que tener la curiosidad. Y él la tiene. Ve todo. Lo ve durante un buen rato. Y cada sábado sale muy temprano de su casa y a veces vuelve hasta muy entrada la noche. Su mujer comprende.

Su mujer y él son amigos, colegas, amantes, compañeros, (cada sábado se hunde en la misma satisfacción). Muchas veces, antes de conocerla, había sentido curiosidad por saber qué podían pensar las mujeres. No, más que eso, cómo pensaban las mujeres. Porque aunque uno las vea trabajar en todo tipo de cosas, o lea sobre ellas, o todo el día se tope con ellas, no es fácil saber qué es lo que tienen dentro. En su tienda, por ejemplo, todas son vendedoras, o las que limpian. Unas cuantas secretarias también. Pero bueno, el solo hecho de que sean sus empleadas ya hace difícil hablar con ellas en otro plan que no sea el de una amabilidad discreta un poco distante por la situación misma. Amigas, con la excepción de la que hoy es su esposa, no ha tenido nunca. Nunca supo qué decirle a una mujer. No tanto por timidez, Dávalos no se cree tímido. Otra cosa es ser correcto. Sino porque para él era como verse ante personas de otro país que no hablaban su mismo idioma. Llegó al matrimonio virgen —muy joven además, pero con las ideas bien asentadas, concluía sin especial emoción. Yo sabía lo que quería y ella también, y ahora, gracias a estos años de matrimonio —diez ya— ha podido ir comprendiendo la maravillosa maquinaria que es la mente femenina. La incomparable capacidad de estrategia con la que planean el día, con la que ajustan un tiempo estrechísimo a una infinidad de pequeñas y absorbentes ocupaciones. ¿O sería sólo su mujer? Esto lo ha meditado largamente. Sí y no. En su mujer hay, claro, características personales muy suyas, pero es ante todo una mujer. Una mujer que sabe posponer su dolor de muelas, su curiosidad por un libro, su inquietud ante una idea, para mantener al día los pequeños deberes que constituyen el fluir de la vida doméstica. Son los ingenieros de la normalidad, se dijo satisfecho, pensando en su madre que había sido una santa. Y con todo, le queda tiempo para hacer sus cursos de psicología infantil por correspondencia, concluye al cruzar la calle.

Es temprano, apenas unas cuantas camionetas distribuidoras de las que se sacan cajas para meterlas apresuradamente en las tiendas. Agua que corre, mesas apiladas en un rincón para poder barrer, conversaciones mañaneras. Los perros ladran indecisos.

¿Por qué tanta queja, tanto descontento, tanto decir que si las guerras, que si el hambre, la injusticia? Por qué la gente no es capaz de ver la belleza de una ciudad que despierta, se pregunta Dávalos conmovido mirando cómo el hombre grueso que barre, se esfuerza por mover dos sillas con una sola mano. Dávalos se adelanta para ayudarlo procurando no mostrarse demasiado ansioso, no romper esa intensa armonía que siente en su interior. El hombre le hace un gesto de agradecimiento y entra al café, dejándolo medio confuso. Lástima. Le hubiera gustado charlar un poco, aunque claro, la gente tiene razón en mostrarse fría y desconfiada. Con los millones de personas que recorren las calles hechos un manojo de nervios, al borde del estallido, irritables y agresivos. Y por qué, si es tan fácil vivir, en realidad, aunque la vida sea dura. Todos tenemos problemas, problemitas, se sonrió condescendiente. ¿Quién no? Hay además días en que estamos —no mal, no, pero sí como deprimidos, tristes, en fin, no



sabemos ni cómo. Yo, para no ir más lejos. La gente cree que uno no siente o no se da cuenta, pero es porque no se toman el trabajo de averiguar. Ahí está, por ejemplo, la larga sucesión de personal que ha visto mi tienda. Las desilusiones, los engaños, las trampas. Tal vez a mí me afecte más porque yo tiendo a confiar en la gente. Mi mujer dice que no aprendo y ya está viendo que no voy a aprender nunca, se llenó de ternura. También mi madre decía eso. No seas tan bueno, Fico, van a acabar comiéndote. Pero yo es que la verdad no encuentro jamás motivos para no confiar. Es cierto que todos me ven la cara, hasta las personas que yo creía mis amigos, por quien yo hubiera puesto la mano en el fuego. Pero bueno, es que para mí la amistad es lo más importante que hay; es lo más sagrado, más sagrado incluso que el amor, sí, porque en el amor si uno se fija bien hay siempre un interés un poco egoísta; uno da porque recibe y siempre está espionando al otro inconscientemente. Esos primeros años con mi mujer yo por poco... y luego nos hicimos amigos. Y es que no hay que esforzarse. Ahí está el secreto. Sucede o no sucede y no es culpa de nadie si no sucede. En el amor digo. En la amistad es otra cosa. Ahí todo depende de uno; hay que ser hábil y perpicaz y hay que ser tenaz. Muy muy tenaz. Dar antes que recibir y seguir dando dando dando (para dar énfasis, Dávalos tiene la costumbre de repetir indefinidamente, como si buscara quitarle sentido a la palabra) aunque no se reciba nunca. Yo en el fondo perdono siempre. Se me olvida lo que me hacen, sólo que si se trata del trabajo, ahí sí soy inflexible. Eso sí que no lo puedo pasar por alto. En el trabajo no perdono porque el error es siempre por pereza. Recibir un sueldo y no esforzarse por merecerlo es robar. Sí señor. Robar (y al alterarse se echa el pelo para atrás). Y en una tienda sobre todo. Se fingen enfermos para no venir a trabajar; pierden clientela por indolencia; aceptan cualquier mercancía con tal de surtir la sección y terminar pronto. El nombre, la reputación de la tienda que les da de comer no les importa nada. A mí me mata la falta de interés. El cliente mal que bien depende del vendedor. Es un ser vulnerable, débil, inexperto. Llega a la tienda con dinero que quiere cambiar por una mercancía. Tiene miles de posibilidades miles miles y es el vendedor quien debe ofrecerle un apoyo, un aliciente, algo tremendamente sutil que le permita llevar al cliente de la mano hasta la convicción absoluta de que lo que se lleva de la tienda es lo que verdaderamente quiere. Tiene que haber un cierto orgullo en el vendedor que responda a la satisfacción del cliente y ¡mentira que es porque uno es un empleado y no el dueño! Me acuerdo de uno que despedí cuando me dijo eso. Yo no he sido nunca dueño sino de mi trabajo y eso es más que suficiente. Ah, pero usted gana mucho más. Gano lo que merezco. La pereza tiene mil justificaciones. Ahí

A principios del siglo pasado, la literatura femenina era, en su mayor parte, autobiográfica. Uno de los motivos que las llevaba a escribir era el deseo de exponer su sufrimiento y abogar por su causa. Ahora que ese deseo ya no es tan urgente, las mujeres empiezan a explorar su propio sexo, a escribir sobre mujeres como nunca antes se había escrito de ellas pues, por supuesto, hasta hace poco tiempo, las mujeres en la literatura siempre eran las creaciones de los hombres.

sí que no tengo pizca de piedad yo. Otra cosa es el comercio burdo, claro, en donde se trata de engatuzar al que se ponga enfrente. Es otro mundo, otra gente, se vive en el engaño y para el engaño. Se regatea, se dice Dávalos con un gesto despectivo. Desgraciadamente (y al levantar los hombros, la cabeza se le sume de una manera asombrosa) hay de todo en este mundo.

Al llegar a la esquina torcerá a la izquierda. Hay que decidirlo así para no continuar indefinidamente por la misma calle. Podría aburrirse y el día es largo. El cine. Ha visto lo que hay que ver y lo demás no le interesa. Y quedarse en la casa leyendo no lo soportaría. Hay días en que es imposible permanecer en la casa. Tal vez un parque. Abundancia de niños y mamás enternecidas y jóvenes parejas y viejos vegetales. No. Imposible. Tratando de no ver, no oír, de no seguirse enfureciendo. Pero no es fácil cerrar los ojos al cretinismo que flota en la ciudad. Los jóvenes limpiando sus coches con inundo regocijo, las mujeres concentradas en los escaparates, en sus rapidísimos cálculos y para qué, mujer que entra en tienda, mujer que sale con algún paquete. Y Julia se desalienta. Sabe que su generalización no es cierta. Y el imbécil ése de la cara fofa con las manos por detrás. Cómo se siente complacido consigo mismo. Qué satisfacción. Cómo es feliz. Imbécil. Apuesto a que salió a caminar. A ver la ciudad. Apuesto a que es de los que dicen fue una agradable caminata. Odio la palabra caminata.

Busca su reflejo en el escaparate. Nunca ha podido resistir la tentación y siempre termina apartando la mirada con rubor porque siente que los demás se dan cuenta. Una oleada de irritación la invade. Por qué esa incomodidad, por qué la paz es imposible. Siempre la irritación, la rabia sorda que con todo aumenta, esa expresión estupefanzada del muchacho flaco que se acerca a grandes pasos. Grotesco. Los ojos vacuos de la gorda que parece se colgara de su hijo, un niño diminuto y abotagado de afecto, pobre. Los empujones que de pronto parecen a propósito. No, calma, calma. Nadie tiene la culpa. Esto no es odio. Es un poco de calor, de aburrimiento.

Entra en un café. Perdió la virtud de la ociosidad, se dice aplastando el cigarrillo ya apagado. El tiempo vacío me pesa. No es cierto que haya momentos para todo, no es cierto. Hay momentos y hay que aprovecharlos (y siente que las palabras se le agolpan mientras se aleja, mustia, la coherencia). He pasado sonriendo demasiado tiempo, se admite vencida. La tolerancia, la tolerancia, la prórroga. El aplazamiento. Un café negro, pide sobresaltada. He dejado pasar mi vida. Jamás creí que llegara a decirlo (y al decirlo siente un gran alivio sobre todo porque además acepta que todavía hay tiempo a los veinticinco años). Pero la desesperación la empapa y ella la recibe resignada y bueno, mira a su alrededor con ojos húmedos de tedio.

El gesto unánime y la gente mira indignada al grupo que ríe tan ruidosamente. Aprovecha para revisarse unos a otros con curiosidad un tanto asqueada y luego vuelven a sus compañeros de mesa reacomodándose. Los que están solos miran con insistencia al frente. Dávalos bebe su café a sorbitos, dejando cada vez la taza.



Iba a comprar un periódico, pero al final ha preferido mirar. El primer café, piensa gozoso. Cuántos más, en qué circunstancias, en qué parte de la ciudad. Porque en estas caminatas venturosas, Dávalos se sube a veces en un autobús, o toma el metro o —cuando le da la corazonada, ha explicado a su mujer sonriente— toma un taxi para no perder de vista el objeto de su curiosidad. Y el día en que a su mujer se le ocurrió burlarse, cariñosamente, del objeto de su curiosidad que ¿no sería por casualidad una mujer bonita? Dávalos se había mostrado dolido. Como si no lo conociera, como si no supiera qué.

Aunque a decir verdad, tomar un taxi para seguir a alguien lo ha hecho una sola vez y con el temor horrible de que el taxista desconfiara de él, o peor aún, llegara a descubrir que no era sino un juego. ¡Siga ese coche! para que se detuvieran todos cuatro calles más adelante y el taxista lo mirara interrogadoramente. Dávalos había pagado con meticulosa indiferencia. El taxista se había marchado. Dávalos apoyado contra la pared —el talón también, las manos en los bolsillos. El auto de su curiosidad estacionado enfrente, como piedra. Por un momento la sombra de la duda. La temible palabra infantil flotando en el aire. Pero no, había explicado más tarde a su mujer, había algo en la cara del anciano que conducía el coche, algo que me gustaba (se había imaginado hablando con él tal vez, descubriendo en él un ser excepcional, confirmando sobre todo su propia intuición maravillosa). Su mujer de todas formas lo había mirado con simpatía y

Dávalos había visto reflejada en sus ojos su imagen soñadora y solitaria. Deveras se comprendían.

Eran cosas así las que le hacían sentir que todo era posible, que uno es capaz de moverse libremente si se sacude un poco. Por eso se sorprendía, se indignaba, para ser francos, al ver esa impotencia que agobiaba a ciertas personas, sobre todo esos que se la pasan leyendo, que jamás levantan los ojos del libro. Si se decidieran de una vez por todas a mirar alrededor, verían a la gente como realmente es. Pero lo que hacen es hablar de la sociedad, de la tiranía de la sociedad, de la estupidez de la sociedad. Pero cuál sociedad, vamos a ver, si jamás han visto la cara de un tendero, jamás han sentido su sonrisa por la mañana. Y es que, digan lo que digan, la gente es feliz. Son los que creen que comprenden que no lo son. Aquella chica de ahí, por ejemplo, se sale a la calle con un montón de libros, no mira a nadie y ni siquiera lee sino que se queda como hipnotizada viéndose las manos. No, no, a mí me dirán lo que sea, que si los artistas, que si sufren más o sienten más o que si viven por encima de las cosas materiales. Si el resultado es una cara larga como esa ¿cuál es el objeto? Esos artículos destructivos que ve uno todos los días en los periódicos, esa burla que ve uno en todas las películas, en los jóvenes, por qué. ¿De dónde ha salido todo eso? Dijera uno que la vida se va haciendo más aburrida. Pero es todo lo contrario. La prosperidad aumenta a cada día. Si no fuera así cómo podrían todos estos jóvenes sentarse tan tranquilos a desaprobando. Sí, mucha crítica a



los que trabajamos, pero es a nosotros a quien piden dinero por la calle, somos nosotros los que pagamos impuestos para que exista un Seguro Social, para que la ciudad esté protegida y limpia. Es gracias a nosotros que ellos pueden jugar a no aceptar la sociedad...

La risa resuena otra vez, escandalosamente y Dávalos, Julia, toda la gente mira hacia el grupo con disgusto. Imbéciles, siente Julia. Qué transparentes son, se dice Dávalos con tristeza. Y en el grupo de muchachos y muchachas que llegan apenas a los veinte la conversación se reanima. Al final todos aquí, no se olviden. ¡Sí! ¡Sí! Risa y más voces. El grupo, la felicidad del grupo, piensa Julia dándoles ostensiblemente la espalda. Les encanta el plural. La importancia que sienten porque son muchos. Así sí son valientes y listos.

Con ambas manos el niño se aferra al borde de la mesa. Hace varios minutos que el camarero ha tomado la orden, y el niño sigue mirando fijamente a la puerta por donde ha desaparecido. A la madre todo esto la tiene sin cuidado. Habla incansable con su amiga y sólo se interrumpe sorprendida con las risotas del grupo. De ahí voltea hacia su hijo y y luego vuelve a posar los ojos en la cara de la amiga y continúa hablando sin pausas.

El niño balancea las piernas. Hace un débil intento por bajarse de la silla, pero en se momento la puerta se abre y el camarero se acerca con la coca cola y los cafés. La conversación se interrumpe. A ver. Le da la botella al niño y lo hace sostener las pajillas con una mano. Siéntate más atrás. Las piernas ya no le cuelgan sino que quedan horizontales; las puntas de los zapatos hacia adentro. Ahora sostiene la botella con ambas manos y sorbe con expresión ausente. La mano de la madre flota un instante indecisa y después aterriza suavemente en la mesa. La conversación se reanuda. Las envolturas de azúcar caen en el cenicero. Las cucharitas revuelven el café interminablemente. El niño gira los ojos sorbiendo con estrépito. Aparta la botella y respira. Las pajillas tienen un aire derrotado. Trata de pescarlas otra vez con la boca desmesuradamente abierta y se escucha un gorgoteo hueco. La mano, siempre vigilante, sabia, toma la botella con suavidad y la coloca en la mesa. El niño eructa y se sienta en el borde de la silla. Balancea las piernas.

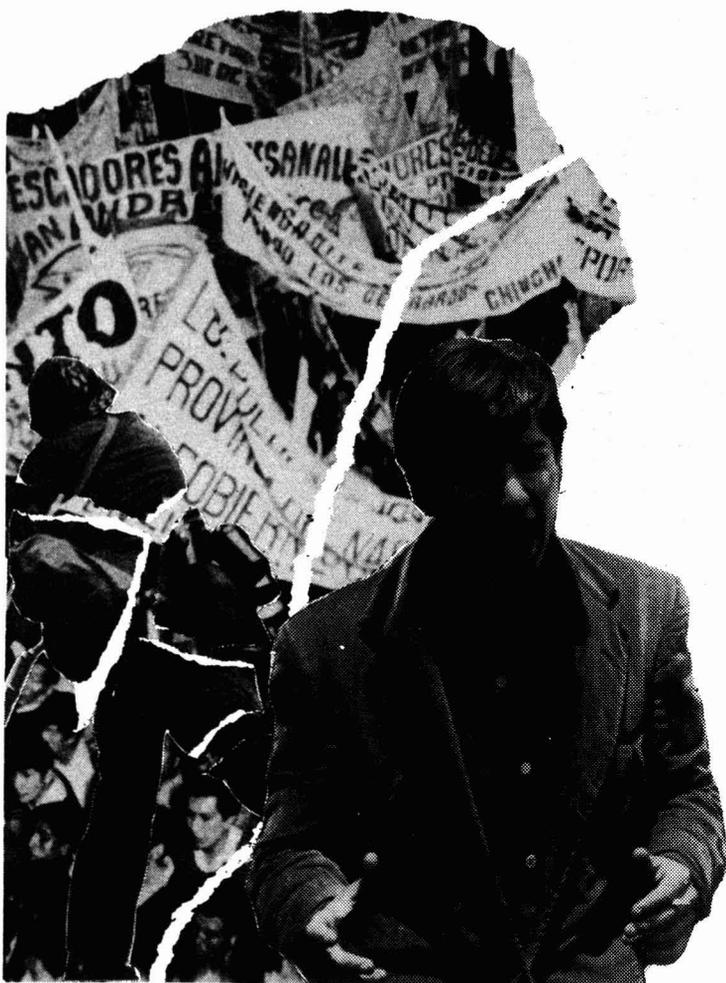
¿Por qué se tendrán que volver tan insoportables? Pierden esa naturalidad tan bella, ese inocente olvido de sí mismos, se dice Dávalos mirando al niño y mirando luego al grupo de jóvenes. Otros más han ido entrando, saludando a gritos. ¡Acá! ¿Dónde se metieron? ¡Casi no llegan! Las miradas se dividen. Simpatizan o condenan, finalmente ignoran. Julia estudia al niño abiertamente. Echado a perder ya. Ahora seguro corre por todo el café dando de gritos, consciente de que todos lo miramos. Lástima. Pero el niño lo que hace es examinar atentamente la pata de su silla. En la juntura con el asiento hay un chicle pegado y el niño trata de arrancarlo con nerviosa aplicación. La mano lo busca inútilmente. De pronto todas las caras se alzan para mirar el tropel de jóvenes que salen.

Los jóvenes, acepta Dávalos cerrando su volumen de Montaigne. Siempre se aprende más viviendo que leyendo. Y sale apresuradamente sintiendo compasión por la muchacha que sigue estudiándose las manos. Son tantos jóvenes que es difícil que se den cuenta de que los está siguiendo. Se pega a ellos; casi lo podrían tomar por uno más se dice complacido. Si me viera mi mujer. Seguramente hay un concierto o un partido de algo —ojalá no se separen porque a cuáles sigo. Sería difícil escoger. Cuáles son los más interesantes. Son idénticos, y todos se sienten mejores por lo menos que los que no son jóvenes. Apuesto a que ninguno de ellos se fijó en el niño del café. Y en cuanto a los demás que estaban ahí, si acaso para burlarse. Qué pensarán de mí por ejemplo. Un tipo de mi edad —y no ha de ser fácil adivinar mi profesión, mi posición.

Las relaciones de una mujer con el mundo, ahora, distan de ser solamente emocionales: ahora son intelectuales y son políticas. El antiguo sistema que la condenaba a participar de las cosas por medio del marido o del hermano, ha cedido y ha dado lugar a un mundo en el que una se vale por sí misma. De ahí que su atención se separe de la visión personal que antes la ocupaba en lo impersonal, y que sus novelas y cuentos se hagan naturalmente más críticos de la sociedad y menos analíticos de las vidas individuales.

Debo ser como transparente para ellos. No vendido al sistema, como dicen ellos, porque así, sin saco ni corbata, podría ser cualquier cosa, un escultor, un escritor por ejemplo. Tal vez mi pelo esté muy corto. Adónde irán.

El grupo avanza desordenadamente, metiéndose entre los coches, concentrándose en una gruesa columna que va ocupando toda la acera, rompiéndose en multitud mezclada con transeúntes. Todos hablan animadamente ¡los rezagados se adelantan con una carrerita o a saltos, otros parecen derramarse continuamente por los lados, pero avanzan, avanzan implacablemente, con seguridad orgullosa, con un ritmo destructor y Dávalos se ve precisado a apurar el paso, esquivar gente que mira tiendas o camina con desgano (paseando). El sol se deja sentir con fuerza y quisiera sacarse el suéter (ya hace rato que lucha contra la tentación de amarrárselo al cuello, pero se contiene. Uno de los mayores temores de Dávalos es que la gente pueda creer que está tratando de parecer joven). Todo en su momento, se dice mesurado. Uno puede permanecer joven pero no tratar de aparentarlo. Ya va corriendo casi, pero la gente se fija en los jóvenes y no en él. ¿Adónde van? De súbito el grupo da vuelta en una calle y Dávalos teme que se hayan dado cuenta de que los sigue, pero al llegar a la esquina ve que al final de la calle hay otro grupo, cientos y cientos de jóvenes, carteles, banderas, jóvenes, jóvenes, "NO LUCHAMOS POR LA VICTORIA, LUCH..." no alcanza a ver bien, la multitud ha surgido de pronto, los apretujones, el alboroto parecen haber



estallado a una señal misteriosa. "...ESTUD... DE FA..." la multitud se organiza, se adelanta y alinea, se mece. De los carteles ve sólo la parte de atrás, manos asidas, gritos, bocinas de autos. ¡Orden! ¡Orden!

Con la cabeza baja, Julia camina. Veinticinco años todavía, pero veinticinco años ya. El objetivo de tu vida. Tus experiencias, hay que poner en práctica las experiencias. Cuándo comienzas. Las frases se acercan flotando de una manera inocente y apenas la rozan. Habría tanto que explicar que parecería justificación y por qué. La gente decía frases así, mecánicamente, sin verdadera curiosidad. Se sentían perplejos, decían, familiares, amigos. Cada vez más. Julia sentía que había roto el ritmo eterno. Final de estudios, primer trabajo y ahí. Segundo, tercero, cuarto trabajos. Ya no se entendía nada. La simpatía enternecida de todos. A veces llegaba a la admiración. Podían permitirse cosas así. Pero a veces, de cuando en cuando titubeaban. Bueno ¿y? Y Julia sentía un secreto orgullo. Le encantaba esa sonrisa complaciente y maravillada que se iba congelando. ¿Y la familia cuándo? Cuándo el principio del final. Hay que comenzar a terminar alguna vez ¿no? Eso de no poder renovar frases y esperanzas porque iba siendo mucho muchas veces repetido. Ya estuvo bien, pequeña ancla en todas las ansias de ellos por ver la vida continuar en la manera en que la entendían. Había por un lado ese propósito. Estar del lado opuesto de los normales, de los que iban cambiando casas y aumentando el número de hijos, pero era cierto, por otra parte, que el tiempo se le escurría, transcurría y ¿no se me están escapando cosas? ¿No me perdí en algún lado? Ah, maravilla la rebeldía, inagotable fuente de regocijos. Pero y la angustia de esas mañanas nuevas, y el sobresalto constante porque se han ido quedando atrás los viejos testigos con sus miradas furtivas y preocupadas y sus silencios repletos de desconcierto pero también la omnipotencia ha comenzado a saber a viejo (cosa que no confesaba a nadie, como era natural. Ante ellos, los que saben y esperan algo de uno hay que esgrimir argumentos firmes y preferentemente contrarios a lo que sea que sostienen).

Con todo, después del café se sentía mucho más optimista, más dispuesta a tratar de ver qué podía hacer con su vida que salvara su honor de alguna manera. Una organización internacional, un movimiento, una lucha. Algo que les permita explicarme en unas cuantas frases. Le gusta viajar, podrían decir satisfechos. El autobús se detuvo con un sonido ronco y Julia tomó asiento junto a la ventana. Nunca consideró una actividad el haber encontrado un hombre, y el haberlo perdido no fue tampoco nunca una gran tragedia. Como el tener un hijo no sería la solución ni el no tenerlo una muestra de sensatez. Lo grave, lo urgente, lo que tenía que tener solución era ese monólogo incomprendido que venía sosteniendo desde el principio. Un tibio coqueteo con la locura, sentía a veces y no, no lo iba a dejar antes de haber obtenido la aceptación del mundo, del mundo se rió intimidada, no exagerar, de que no era cierto que fuera incomprensible. Era si acaso incómodo, pero no incomprensible. También yo tengo miedo, no digo que no, pero... conmoción del tráfico. ¿Qué pasa? Los cuellos se estiran anhelantes. ¿Qué pasa? Una manifestación. Ah bueno. Y luego, como inspirada del cielo, Julia desciende precipitadamente. El espectáculo es impresionante. Toda la ancha avenida ocupada por una columna interminable de gente que avanza con



ritmo compacto. Es cosa de escoger la corriente, se dice confusa, y dejarse ir a lo mejor. La valla de espectadores la oprime con su presencia inmóvil. Un cántico monótono se esparce como polvareda. Vic-to-ria. Vic-to-ria. Vic-to-ria. Las voces se elevan histéricas, felices, risas, gritos. ¡Unánse! ¡U-nán-se! gritan a los espectadores. Estos deslizan la mirada, temerosos de quedar atrapados en alguna cara. Los carteles se bambolean indolentemente sobre las cabezas. El aire parece haberse detenido en alguna parte. Julia camina nerviosa entre la muchedumbre. Con la presión de la duda. La urgencia. La falta de tiempo. Pero paz, paz, un tiempo largo en donde meterse a aclarar todo. Las cosas suceden demasiado rápidamente. Los jóvenes sonrían alegres, confiados. Los que más sudan parecen particularmente orgullosos. Los que llevan los carteles lucen un aire importante, más decidido aún que los otros. Los que van en medio, miran fijamente al frente. El ruido es descomunal, ensordecedor y el alborozo crece convenciendo a Julia de que tiene que haber un límite, un momento en que todo estalle o se desinfla.

Los niños alzados por los padres aplauden con regocijo. ¿Dónde vienen los tambores? pregunta uno. Si no es desfile m'ijo, y Dávalos pierde casi el equilibrio con los empujones pero sigue avanzando. El, que estaba en la cola, pero es que es una meta que inconscientemente se ha fijado. Más de cinco mil, cuenta ya a su mujer, todos tomados de la mano. Estudiantes. Se apresura pasando de la irritación a la solidaridad según las frases que pesca en el aire. Y está agotado ya pero no quiere detenerse. Estuve desde las nueve y media. Ocupaban más de cinco calles. Jamás había visto algo así. ¡Vagos mechudos! ¡A estudiar! ¡Estudien primero, sus padres se matan trabajando! ¡U-nañ-se! ¡U-nán-se! Dávalos capta gestos obscenos que le sacan la ilusión. Las multitudes son siempre lo mismo. Y avanza, avanza, perdón, compermiso, perdón por favor. Ya no ve la columna de manifestantes, sólo a la gente que se multiplica ante él, escurriéndose, planeando instintivamente cómo evitar hombros y espaldas. Se siente poseído de un ritmo vertiginoso, la garganta reseca, es absurdo, pero no se detiene, nervioso, irritado, los gritos le retumban como ofensa personal, parece que la gente se pone de acuerdo para no dejarlo pasar. Alguien que se erija como juez y declare de una vez por todas quiénes son los buenos y quiénes son los malos, se dice Julia empapada de antipatía. Mientras sean masa, piensa odiando la pegajosa solidaridad de los estudiantes y las sonrisas cómplices de los espectadores que levantan las cejas y se hacen comentarios olvidando que no se conocen. Cómo les gusta a todos formar parte de un bando; no hay uno que se atreva a dudar, a apartarse un poco, se dice sintiéndose intensamente sola. Es fácil jugar a la manifestación y hacer a un lado un rato la conciencia propia. Obedecer órdenes y utilizar las energías para repartir volantes o cargar carteles kilómetros y kilómetros. Y también quedarse como espectador diciéndose que el granito de arena se pone de otro modo. Con el trabajo honesto, la conciencia tranquila, el cumplimiento del deber. Qué ofrecen a cambio estos jóvenes si no han aprendido eso que es lo más básico, se pregunta Dávalos airado. Lanzarse a las calles en protesta si no han obtenido siquiera el derecho a protestar, si no han aprendido a encontrarle el juego a una vida que no han hecho y ya se dan el lujo de criticar. Unos por imbéciles entusiastas, los otros por cretinos conformistas, ninguno se da cuenta que no hacen sino prolongar, preservar el estado de cosas, descubre Julia admirada por la simplicidad con que de golpe todo se entiende. Pero si uno se suma a una multitud

así no es posible. Entonces es la idea, son los gritos, es la euforia y no hay uno que sea persona. Son una fuerza, un pilón con el que se derrumba algo pero después qué. Que consigan lo que quieran y entonces serán los otros los que van a protestar, y luego los otros porque a eso es a lo único que nos atrevemos, a protestar en masa los sábados por la mañana, porque trabajar nadie quiere, organizar una tienda, hacer que funcione, solucionar responsablemente problemas diarios, eso sí que es difícil y no esta marcha ruidosa que más parece un carnaval. Esto no es correr el riesgo, el riesgo verdadero si de veras quiere uno vivir, el que lo tiene a uno suspendido en una especie de vacío en donde es imposible hacer o hacerse concesiones porque lo único que puede apaciguar, calmar, contentar es el centro mismo de las cosas, la verdad detrás de las explicaciones, y el corazón de Julia palpita apresuradamente en parte porque ha comenzado a correr detrás de los manifestantes y en parte por la fuerte convicción de estar en el camino a la verdad.

El sonido es seco, casi risible, sorprendentemente apartado de los que lo siguen que irrumpen con estruendo en la comprensión de la gente que ya grita, corre y se fragmenta en una colorida explosión que se esparce por las calles vecinas, que se incrusta en quicios de puertas, bajo carretas de verduras, puestos de periódicos y automóviles. Que cae al suelo con espasmos incontrolables, mezclándose con objetos antes tan poseídos y ahora estorbos que las manos instintivamente sueltan porque buscan ávidas la vida, asirse de la vida, asir la vida e histéricamente aprietan, se extienden a lo alto o se cierran en puños palidecidos que exprimen fuerza, rabia, un miedo enorme mientras al suelo cae todo y la gente corre aterrada.

Detrás de un auto, agazapada, Julia no grita. Está petrificada sintiendo a los que corren a su espalda; llantos, gritos, nombres chillados al aire, todo en torno a ella sepultándola. Se pega más contra el coche y una pregunta inútil, muy amarga y torpe, qué hago aquí, por qué estoy aquí, mientras la llanta del coche va creciendo ante sus ojos negra, sucia, es todo lo que tengo. Los ruidos de sirenas rondan a la multitud, a los interminables gritos en un círculo eterno, en una esfera que parece haber sido arrancada del mundo y flota ahora en el espacio con una voluntad fofa y vencida. La indiferencia tibia adormece, inyecta a Julia una dulce pesadez que la hace sentarse por completo con un alivio cálido. En fin. ¡No se asusten! ¡No corran! ¡No disparen! brinca Dávalos descompuesto, y disparan, disparan, se matan, corre Dávalos de un lado a otro queriendo elevarse sobre la multitud, queriendo dominarla y pacificarla, sumirla en silencio, aquietarla, llevarla de la mano a la belleza de esta tarde del orden y armonía que son tan fáciles, tan cosa de un poco de buena voluntad de cada uno y ya verán cómo, solloza, se estan matando, por qué no se detienen y me escuchan, dios mío, se están matando, chilla y la gente a su lado corre despavorida y ciega, sin verlo, empujándolo y golpeándolo, no, no, que acabe esto, que todo se suspenda, que sea este el fin, enmedio de este caos tan parecido a la verdad, solloza quedamente Julia pegada al auto dejando que los gritos se le claven y las patadas y la sangre que chorrea del labio roto de Dávalos atónito, atónito, a mí, siente un rugido, a mí por qué, y el culatazo se repite y la rabia ciega lo impulsa sobre esa cara de odio, violencia, como buscando el golpe definitivo pero hay que descargar la furia, rasgar también la carne aunque el dolor ya sea insoportable y comience suavemente a oscurecer.

Conrad Aiken

Katherine Mansfield: una sensibilidad aguda*

Clásicos
de la crítica

Crítica
de los clásicos

I

Existen, supongo, tantos puntos de vista acerca de la manera correcta de escribir cuentos cortos, como reseñistas existen —comentario fatuo que servirá, no poco, para recordarnos que ultimadamente, en el caso del escritor extremadamente brillante como en el del extremadamente malo, no serán sus métodos los que nos atraigan o rechacen, nos alimenten o nos fatiguen, sino su sensibilidad. Podemos, y debemos, en segundo término, dar mayor amplitud al método para llevar a cabo una inspección más apacible; pero sin esa clase de sensibilidad —y por sensibilidad queremos decir prácticamente casi todo! — que desde el mismo comienzo nos “alimenta”, el desafortunado autor nunca nos persuadiría de pasar a ese segundo término. Por supuesto, es posible que entonces nos encontremos a nosotros mismos engañados de alguna manera —podemos creer habernos alimentado más satisfactoriamente que lo que, de hecho, nos hemos alimentado; tan deslumbrante es el adorno de los platillos, tan brillante la plata, tan aromático el aire; nuestra inspección del método, una mirada más serena, nos descubriría que nuestra comida ha sido más un truco de condimentos que un platillo sustancial.

Quizá todo esto no es justo como preludeo a un examen de los cuentos cortos de Katherine Mansfield. La señorita Mansfield es brillante —y tiene, más conspicuamente que cualquier escritor contemporáneo de ficción que uno pueda recordar, una fina, infinitamente inquisitiva sensibilidad; una juvenil e infatigable sensibilidad que se encuentra al servicio de una mente con frecuencia cínica, a veces cruel, y siempre sofisticada. No bien se ha leído una página del libro de la señorita Mansfield, inevitablemente se pronuncia un nombre: “Chejov”; pero apenas se han leído dos páginas más, Chejov está olvidado. Lo que provoca a uno decir “Chejov”, es el hecho de que, casi solitaria entre los escritores de ficción de Inglaterra y América, la Mansfield ha seguido a Chejov en su elección de tomar —¿o en estar obligada a tomar? — la “forma” del cuento corto no como el medio de narrar una historia, y no siempre o totalmente como el medio para “iluminar” un personaje específico, sino más bien como el medio para representar una “quintaesencia”, la suma de una vida humana o de un grupo de vidas en una sola y significativa “escena” o situación o episodio; y, por implicación, la iluminación, entonces, contra el fondo sombrío (ese ensombrecimiento dado por la ausencia de valores en el mundo objetivo, ausencia de expresión en lo que respecta al autor) de la vida misma. Y éste, como puede observarse, es el método de la poesía que en manos de Chejov se convierte, de acuerdo a su tema, ya sea en épica o en lírica.

El alcance de la señorita Mansfield es más restringido. Ella toma un octavo atiplado de las notas que brotan del piano de Chejov, y encuentra en él la más exquisita de las melodías. Cuentos tales como “Escape”, “Sol y Luna”, “Preludio”, “El hombre sin temperamento”, son, en su género, perfectos. No son chejovianos —lo que ha sucedido simplemente es que Chejov ha revelado a la señorita Mansfield su genio para una clase de breve poema narrativo en prosa, una lírica narrativa. Uno debe enfatizar ese parentesco con la poesía, porque está claro que en la prosa de la señorita Mansfield, en sus mejores momentos, hay más compulsiones subconscientes en función, trazando, eligiendo y coloreando, que las que podemos esperar encontrar en el fondo de una prosa “ordinaria”, y las cuales le prestan un resplandor e iridiscencia, una vivacidad cromática (la vivacidad de un sueño más que la vivacidad de la vida) que nos informa que estamos en presencia de una obra no tan “calculada” como felizmente, y con la mayor profundidad, “improvisada”. La señorita Mansfield ha aprendido de Chejov la clase de efecto a lograr; y con esto, y su tema en mente, no tiene más que cerrar los ojos y escuchar la canción de la sensibilidad, una sensibilidad intensa que llega a lo febril, extáticamente consciente de la textura y el color, magníficamente acorde, sobre todo, al *sonido* de la vida, a los ritmos, lentos o rápidos, de





Katherine Mansfield

los sonidos de la calle y de las casas, a los ritmos del auditorio, otra vez, que constituyen un ejemplo y una alucinante vivacidad en ciertos estados mentales, y, por último, a esas pequeñas inflexiones de la voz humana que se revelan a sí mismas como los inconscientes sobretonos de la emoción.

Pero el método "compulsivo" es limitado. ¿Puede emplearse siempre correctamente una "vivacidad alucinante" de estilo? Esta es exquisitamente apropiada en una descripción de la conciencia ensoñadora de un niño; en "Sol y Luna", y en partes de "Preludio", nos da una aguda belleza que sólo podemos comparar con "Las flores aplastadas". Es apropiado, otra vez, en una descripción de la febril hiperestesia de una joven neurótica —como hay muchas en el libro de la señorita Mansfield. Su subconsciente responde perfectamente a estas necesidades. En cualquier otra parte, donde responde con menor amplitud, la señorita Mansfield acude a la inteligencia, a un humor lacerante, e incluso, como en el final de "Buenaventura", al truco de la sorpresa: el cuento deberá haber terminado indecisamente.

Aquí, sentimos, la poesía ha escapado, como también en "Página de álbum" y en la comparativa



trivialidad de "Psicología", o "Pepinillos". Estos cuentos son muy divertidos e inteligentes, pero es gracias a ese milagroso y apocalíptico árbol de "Escape" que volvemos, como a la belleza misma, y a la inmóvil resina, o a las mágicas botellas de medicina de "Preludio". Aquí tenemos poesía —una mágica evocación del ánimo y, a través del ánimo, del carácter. Este es el máspreciado don de la señorita Mansfield, y sobre el cual, en el futuro, nos gustaría mucho verla levantarse conscientemente. (1921).

II

"Buenaventura" de Katherine Mansfield, un volumen de cuentos cortos publicado hace un año más o menos, atrajo, y mereció, mucha atención. Se reconoció de una vez por todas que la señorita Mansfield era una cuentista de sensibilidad única —sensibilidad en el sentido moderno, no en el pre-victoriano— y exquisita habilidad.

Si sus historias sugerían la influencia de Chejov, notablemente en su repetido uso de lo que podríamos llamar la perfección y el encanto de lo incompleto; tal sugerencia era transitoria y poco importante: el método no es, después de todo, un asunto de derechos de reproducción, y todo lo que tenemos derecho a pedir a quien utiliza un método, es que no permita que éste opaque su personalidad o la suplante. En el caso de la señorita Mansfield no es necesaria una petición semejante. Si algo es atractivo en su trabajo, es la evidencia, luminosa, colorida y resonante por doquier, de un tacto extraordinariamente sutil e individual. Uno se inclinaba a preguntarse si este perpetuo resplandor, esta sorprendente sensibilidad a los ritmos y sonidos, y esa casi estremecedora conciencia de la textura, no era sintomática de una clase de febrilidad que, tarde o temprano, impondría en el trabajo de la señorita Mansfield sus limitaciones definitivas. Limitaciones ya claramente implícitas. "Exquisita, sí, esta canción de sensibilidad." Uno podría haber comentado entonces, "esta poesía de los ojos, de los oídos y las manos es un poco febril; pero, ultimadamente, ¿es suficiente?"

Ello depende, por supuesto, de lo que uno entienda por suficiente. Evidentemente, esta clase de febrilidad, clarividencia y clariaudiencia, es suficiente, si se quiere, en la ficción, siempre y solamente una consciencia extática. Qué admirable es que este tono se adopte en sí, al caso de, digamos, una joven neurótica. La señorita Mansfield ha demostrado exitosamente muchas veces esto —notablemente en "El hombre sin temperamento". Se presta también sobriamente a la descripción del adolescente —¿qué puede ser mejor, más brillante, que el retrato de "La joven", de la nueva colección de cuentos de la señorita Mansfield? — e igualmente aplicable es, nue-





Anton Chejov

vamente, a la descripción de los niños, cuyas mentes, puede decirse, existen totalmente en sus cinco sentidos —ningún escritor contemporáneo ha dado muestras de la brillante, desintegrada y periférica conciencia de un niño, con tan exquisita verdad como lo ha hecho la señorita Mansfield en “El Sol y la Luna” o en parte de “Preludio”. Pero es precisamente aquí que uno llega a sospechar que si la señorita Mansfield hace estas cosas tan hermosamente es porque en estas cosas es totalmente libre de hablar su propio lenguaje; que su elección por estas cosas es una elección dictada, y que su falla al salirse de este pequeño círculo encantado, y su relativo fracaso cuando lo ha hecho, son errores que cabe esperar.

A lo que llegamos es al hecho de que la señorita Mansfield va al cuento corto como el poeta lírico va a la poesía —el cuento corto de la señorita Mansfield es, en esencia, algo esencialmente “subjetivo”, mucho más subjetivo que lo que uno está acostumbrado a esperar en un cuento corto. Por supuesto, la distinción entre subjetivo y objetivo es relativa. Uno puede argumentar razonablemente que los cuentos de Chejov son subjetivos también, que presentan en el caso de Chejov una compulsión psíquica tan

inexplicable como incontrolable, como aquella manifestada por Mansfield en “Fiesta de jardín”. Esto es perfectamente cierto, y nos obliga a observar que la diferencia entre el así llamado método subjetivo en el arte y el así llamado método objetivo, en el fondo no es nada sino una diferencia de alcances. Los alcances de Chejov eran enormes. Estaba tremendamente “enraizado” en la vida, quizá tanto como Shakespeare. Su sensibilidad, y por lo tanto, su curiosidad, no era solamente de una clase, sino que lo conducía a todas partes, le proporcionaba alegría, dolor, comprensión en todas partes, tanto sensitiva como racional. El mundo de la conciencia (y del subconsciente) con los que gradualmente fue endeudándose, y el lenguaje de asociaciones que él hablaba, no eran sólo intensamente individuales (independientes de la literatura) sino, por comparación con el lenguaje de asociaciones de el escritor promedio, infinitamente variado. Esto es lo que nos conduce a pensar en Chejov como en un artista superlativamente “objetivo”, y es justamente el reverso de esto lo que nos lleva a pensar en la señorita Mansfield como —¿también superlativamente?— una artista “subjetiva”, pues la sensibilidad de la señorita Mansfield, si bien claramente individual, es marcadamente limitada, y el lenguaje de asociaciones que ella habla es, si bien brillante, extremadamente reducido. La conciencia, la personalidad del gran artista es infinitamente más divisible, y por lo tanto infinitamente menos reconocible, mientras que la personalidad del artista menor es reconocible donde quiera.

Así, en los cuentos cortos de la señorita Mansfield, como en los poemas de un poeta lírico, es siempre su voz la que escuchamos, y es siempre a ella a quien vemos. Cómo es que limitaciones de esta clase se imponen a sí mismas sobre el artista, en la niñez o en la infancia, es un pregunta que dejamos a la psicología. Pero, ¿porqué una sensibilidad tan extraordinaria como la de la señorita Mansfield encuentra tan poco de que alimentarse?, esa es la pregunta que debemos formular, la constestemos o no. ¿Carece acaso de la indispensable “malicia”? En todos los cuentos, su conciencia es una muy especial y limitada clase de conciencia; el círculo de esta es pequeño y brillante, y nos damos cuenta pronto cuando rebasa sus límites. El nuevo libro de la señorita Mansfield confirma nuestras especulaciones en este respecto. Si uno, con las reservas del caso, admite que “Preludio”, del primer libro, es lo mejor que ha escrito, entonces uno puede decir que el segundo volumen es tan bueno como el primero. Pero las limitaciones están presentes nuevamente, y ahora parecen más impresionantes. No somos tan fácilmente engañados por segunda vez, y percibimos demasiado claramente que todo es una hermosa, una exquisita, una diabólica e inteligente mascarada, con la protagonista Mansfield interpretando ahora el papel de Beryl, ahora la parte de “La joven”, ya ambas partes en “Las hijas del viejo coronel”, ahora



el papel de la señorita Brill, logrando efectos de ventriloquía tan extraordinarios como el señor Neave o el señor Hammond —aunque raramente ensaya lo masculino— y resplandeciendo hermosamente, sin siquiera la pretensión de una máscara, como Kezia. Sí, todas estas gentes son la señorita Mansfield, todas hablan con su voz, piensan como ella, son rápida, estáticamente conscientes como ella, comparten sus gestos y su genio, y representan, en breve, no muchas vidas y personajes, sino muchas proyecciones mentales de la personalidad de la señorita Mansfield, en las casas y cuerpos de otras gentes. ¡Qué excitante disfrazarse a sí mismo, para una mañana, como Ma Parker, o, para un atardecer, como la maestra cantante! Y la destreza de la señorita Mansfield en la materia es extraordinaria. Casi nos engaña por completo, y aun cuando ha dejado de engañarnos continúa deleitando.

El secreto de esta prestidigitación está simplemente en el dominio que la señorita Mansfield tiene del color local, de una circunstancia crepuscular, de la inflexión del momento. Es la canción de una sensibilidad estáticamente consciente de las superficies de la vida. Su gente no es gente real, en el sentido de ser individuos, con la apariencia de tener,

como los personajes de Chejov, vidas enteras, más allá de la historia que se está narrando, y las cuales el autor no toca; y sin embargo, dan la ilusión de realidad, primero, porque la señorita Mansfield las dota con toda su sensitiva y febril (y quizá sentimental) conciencia y, segundo, (que se deriva del primero) porque, por lo tanto, las pequeñas circunstancias de ánimo y escena son así dadas a nosotros con la febril vivacidad de los objetos vistos bajo un relámpago. La señorita Mansfield pone ante nosotros una cocina con su descripción de la sopa en el caño del fregadero, nos deja desolados cuando, describiendo los pisos desnudos de una casa abandonada, nota las huellas de la alfombra en una hebra de lana. Lo ve todo, ve milagrosamente, siente las texturas donde otro menos sensitivo vería tan sólo una superficie lisa, escucha ritmos y entonaciones donde otros sólo notarían la persistencia y monotonía de un sonido. Sí, es la escena, la escena como aprehendida por la más hambrienta de las sensibilidades, lo que, por encima de todo, recibimos de la señorita Mansfield, ¿pero debemos contentarnos con eso? Porque si la señorita Mansfield tiene poca destreza respecto a caracterizaciones —sustituyendo al “personaje” por una combinación de vívidas externalidades y ánimos— uno también debe observar que incluso en el “ánimo”, su alcance también es muy pequeño. En cierto sentido el estado de ánimo es la escena —es la eterna respuesta a la escena. Ya sea que el peculiar estado mental presentado sea alegre o melancólico, amargo o resignado, es siempre, por parte de la señorita Mansfield, el mismo; el contenido puede cambiar, pero el *tiempo* nunca. Todo es *staccato* y exclamatorio, todo es intenso, incluso la pena es de alguna manera sibilante. Si podemos utilizar una metáfora que no roce con el escrutinio psicológico, pero que no contraríe nuestra impresión, diríamos que la señorita Mansfield, en vez de sumergirse en sus personajes, sumerge sus personajes en ella. Emergen resplandecientes, ciertamente, y coloridos como la cola de un pavorreal; se incendian y centellean en el aire brillante, vierten sus plumas sobre la flama, pero continúan siendo la señorita Mansfield.

Bien, esta clase de vivacidad es algo que hay que agradecer profundamente. El cuento corto creado de esta manera se aproxima a lo poético en proporción cuando su tema es largo y emocionalmente significativo y de ejemplar colorido. Cuando el tema es descuidado, la historia tiende a convertirse meramente en un triunfo de colorido. En “Preludio” y en uno o dos casos más, la señorita Mansfield nos ha dado poesía. Pero la mera inteligencia —inteligencia al nivel de la brillantez— muy frecuentemente la traiciona y la lleva a darnos un colorido que, aun con toda su vivacidad y verosimilitud, es, comparativamente, hueco. El deleite que muchas de estas historias producen en la primera lectura es intenso, declina un poco en la segunda, y notamos la





inteligencia — ¡signo fatal! Y en una tercera lectura —¿pero es posible una tercera lectura? Uno no puede alimentarse de arcoiris. (1922)

III

Sólo dios sabe lo que es el genio; los psicólogos han, y por mucho, fracasado en darnos una explicación adecuada de este singular y desgraciado fenómeno, pero, cualquier cosa que sea, no cabe duda que Katherine Mansfield lo tenía, y que con su muerte, ocurrida en enero de 1923, la literatura inglesa sufrió quizá la más grande pérdida de este siglo.

Tomados como un todo, sus cuentos cortos forman el mejor grupo de cuentos jamás escritos en lengua inglesa. Tal vez cuentos aislados superen los suyos, en profundidad o belleza o intensidad, y es posible encontrarlos. Pero mientras más consideramos su obra, comparada con la obra de otros escritores en lengua inglesa, pasados o presentes, más llegamos a la conclusión de que ella era *sui generis*.

Es verdad que su alcance, en cierto sentido, no era muy grande. Tendía a repetirse a sí misma —los mismos tonos reaparecían, los mismos tipos de personajes; uno sentía a la propia Katherine Mansfield, una y otra vez, en la neurótica, intensa, febrilmente sensitiva joven que ella se deleitaba en presentar; uno la siente, sobre todo, en la brillante conciencia disasociada de los niños que tan exquisitamente dibujaba, y si uno la compara con su indiscutible maestro, Chejov, se advierte rápidamente su inmensa influencia. Pero dentro de sus límites, Katherine Mansfield tenía un genio tan puro e inconfundible como ningún otro. Primero y principalmente; uno piensa en su característica intensidad —una clase de calor blanco de sensibilidad y conciencia, por lo que cualquier posible analogía nos conduce inmediatamente a John Keats. ¡Qué curiosamente parecidas eran estas dos personas, y qué extrañamente paralelos sus destinos! Si Keats hubiera escrito cuentos cortos, uno puede aventurar que hubiesen sido exactamente de la clase de ardiente y prismática desnudez, emocional y sensual, que Katherine Mansfield tenía. Y si Katherine Mansfield hubiese sido poeta. . .

Pero, en el mejor sentido, ella *era* una poeta: su naturaleza era esencialmente poética. Sus cuentos eran poemas, eran tan característicamente productos del inconsciente como cualquier poema que haya sido escrito; tenían la alucinante vivacidad y velocidad, el sentido mágico y la caleidoscópica brillantez verbal de los sueños. Ella era una excelente crítica, y muy perspicaz además. Su facultad crítica (e incidentalmente sus reseñas en la ahora desaparecida *Athenaeum*, cuando su marido la editaba, eran un deleite) fue de enorme ayuda para ella al esbozar el

material con que su extraordinaria inconsciencia la mantenía alimentada; y uno debe ser cuidadoso en hacerle plena justicia. Pero sobre todo está su remarcada sensibilidad, y en la inconsciencia con que tan ricamente la acumulaba, uno busca alguna clase de explicación para su genio.

El *diario* que llevó intermitentemente por trece años y que ahora ha sido publicado, ahonda pero no altera esta impresión. Es un fascinante, un extraordinario, y en algunos casos, un aterrador libro. Y nuevamente uno recuerda a Keats. Porque aquí como en las cartas de Keats, se encuentra un incomparable registro del sufrimiento. Como Keats, Katherine Mansfield nació con una sensibilidad tan aguda, tan expuesta, tan llana, que inevitablemente condenaba a su dueño al dolor, a la agonía del espíritu y a la tragedia. Como Keats, ella era excesivamente egocéntrica; como Keats, era ininterrumpida y terriblemente consciente; era incapaz de vivir a la deriva en un confortable y sencillo fluir de los sentidos despiertos a medias, como el ser humano normal lo hace —cada minuto se presentaba a sí mismo ardiente y único para su conciencia. Cada facultad, aquí, está alerta en extremo; su sentido del humor no menos que su sentido de la moral y del dolor. ¡Y que delicioso era su sentido del humor! Si en su diario difícilmente existe una página que no contenga el testimonio de un espíritu en agonía, difícilmente hay una página en que su indomable sentido de lo ridículo no irrumpa. Podía ser extravagante e incomparablemente divertida. Su prosa en este libro es tan milagrosa como siempre. Ya se trate del fragmento de un cuento, o de una nota para la construcción de una escena, o una carta sin enviar, o un trozo acerca de su amada Nueva Zelanda, o tan sólo de una descripción del clima o de su estado de ánimo —no importa— su ojo elige lo esencial, su infalible instinto del lenguaje le concede la palabra justa, la frase rápida de camaleón, y convivimos con ella tan íntimamente como si estuviera presente. Uno podría robar frases, párrafos, páginas, citar abundantemente —pero no tiene caso. El libro debe ser leído, uno debe seguir a su atormentado espíritu por todos los sitios recorridos, en busca de salud, observar el crecimiento en su mente de su curiosa obsesión de culpa, su deseo por una suerte de conversión mística —porque se trata, sobre todo, de la *persona* que nos cautiva en estas páginas, y no de la autora; y una frase o dos, una página o dos, no nos contentarían.

Una extraordinaria mujer, no una mujer con la cual, en un encuentro casual, podría uno sentirse tranquilamente cómodo. Ella era demasiado directa, demasiado verdadera, por ello, una criatura demasiado ardiente y llena de odios y amores. Farsas y cortesías convencionales se desvanecían en su presencia, uno discutía sólo lo esencial con ella, o no discutía nada. Uno la conocía íntimamente, o no la conocía en absoluto.

Tierra adentro, de Angelina Muñiz *

La represión social como generadora primordial del problema de la identidad "el encuentro consigo mismo", la búsqueda interior, son quizá los elementos que esencialmente se desarrollan en *Tierra Adentro*, segunda novela de la escritora hispanomexicana Angelina Muñiz, cuya primera obra, *Morada Interior*, —en la que incursionaba en la metafísica y la problemática existencial de una beata cuyas señas remiten inevitablemente a Santa Teresa de Jesús—, fue ganadora del premio Magda Donato en 1972.

Morada Interior y Tierra Adentro, son títulos que indican y remarcan el interés primordial de Angelina Muñiz, narradora convencional pero eficaz. Si en su primera novela reflexionaba seriamente acerca de cuestiones que mucho tienen que ver con el eterno y universal problema del ser y el querer ser, en esta su segunda narración larga, la escritora retoma la temática utilizando como pretexto a un personaje y una época: un judío sefaradí español del siglo XVI, cuyo drama comienza a los trece años de edad cuando su padre le informa que, debido a la violenta vigilancia opresiva a que están sometidos los judíos, es imposible celebrar su *bar mitzvá*, ceremonia por medio de la cual se supone que los jóvenes judíos entran en la etapa de la maduración y la responsabilidad ante la vida.

Apenas salido de su infancia, Rafael, que así se llama el personaje principal, comienza a vivir y se narra, en una primera persona confesional, (monólogo interior, descripción de objetos, paisajes, actitudes, costumbres de la época —y demás convenciones cuando de una narración con estas necesidades, específicas, se trata) su largo drama: nieto de un anciano que se desquicia porque le toca mirar el arresto, la tortura y la muerte de sus hijos, hijo de un matrimonio destinado a finalizar su existencia en las cloacas inquisitoriales de la época mientras él viaja a Madrid en busca del profeta Josef el Cohen para ser "iniciado en el mundo de los hombres" según la costumbre judía, Rafael, personaje que vive con intensidad su drama, comienza un largo caminar que concluirá en la Tierra Prometida (tierra santa, es decir Israel) y que

permite a Angelina Muñiz practicar la narración lineal siempre en presente, pero que transcurre con el cambio de espacios de acción y de actitudes, y que sólo es rota cuando un alquimista habla al protagonista y predice para la posteridad en letras cursivas: "La muerte puede ser un niño de ocho años que atraviesa la calle y que un camión lo atropella, y que su cuerpo es desgarrado en mil surcos de sangre, y que sus venas se vacían y que su rostro se desfigura, y que sus huesos se rompen y que sus músculos estallan, que su cerebro se ciega y que su corazón se para. Y nada más. Niño enterrado en el Cementerio de Montrouge División 46, Línea 2, Fosa 2, Año 1938".

Este es el único párrafo de la novela que se narra diferente, con otro estilo, porque en ese momento, se descara la intención metafórica de una situación siempre de hecho para la humanidad (la represión) que se ha dado a través de los siglos no sólo respecto de los judíos sino también de cualquier grupo o conglomerado de personas cuyas prácticas y costumbres van más allá de las establecidas por la mayoría social (y sus manipuladores y determinantes).

El tiempo narrativo siempre en presente, la primera persona, son los instrumentos técnicos que Angelina Muñiz hace funcionar eficazmente para conseguir la metáfora, aún cuando se preocupa, también, por anotar con precisión los datos de la época y, por cierto, no resulta nada casual que esta autora se ocupe de ubicar la historia en el llamado siglo de oro de la literatura española, y no, por ejemplo, en la época del ascenso fascista en la Europa de este siglo, (para ello, en su cansado peregrinar, el protagonista cruza tierras germanas y observa una carnicería humana que bien podría ser una alusión directa a las hordas hitlerianas). Todo este manejo de datos de época, indican que Angelina Muñiz, además de conocer esa literatura, sabe que no sólo grandes obras se hicieron entonces y que hubo por allí pequeños dramas como el que ella rescata.

La primera mitad del libro está, definitivamente, mucho más dedicado a ubicar al lector en un momento histórico y un contexto social, aunque nunca se descuidan las meditaciones acerca de la situación individual de Rafael. Las reflexiones de este se suceden unas a otras, las contradicciones comienzan a aflorar e incluso en un momento se declara antisocial: "me uniré a los deshechos y a las heces, viviré con mendi-

gos, locos, pícaros, vagos, criminales, tullidos, mutilados, deformes, ciegos, enfermos y, sin embargo, íntegros, dignos, sólidos. Con ellos corroeré la sociedad, perseguiré a los llamados justos, santos, nobles y hasta mataré si fuera necesario. No respetaré ley alguna de sociedad tan miserables como ésta". En este momento, parece que la historia va a dar un vuelco, pero Muñoz se arrepiente y en la voz de un arriero, personaje constante y medio mesiánico, dice: "que te recuerdes de ti y no te olvides de quién eres", por supuesto, Rafael termina de decidir entonces que es un judío cuya misión en la vida es llegar a Tierra Santa.

Es en este cúmulo de reflexiones de la segunda parte de la novela, donde todo comienza a definirse, comienzan a convivir los planteamientos originales con los chafas. Y si la narradora se permite elucubraciones originales y discutibles ("El científico es el verdadero creador. El artista no crea, repite lo que hay en el hombre, carece de imaginación"), lamentablemente también resbala con diálogos y frases muy utilizadas en la literatura fácil:

—Es como una cárcel.

—Si, pero no eres un prisionero, tú eres libre, aún entre cuatro paredes", o bien, "mi capa se ha elevado con un aire fresco".

A pesar de que algunas páginas se adornan con convenciones como las anteriores, *Tierra Adentro* resulta, a fin de cuentas, una novela que alcanza sus objetivos en vista del buen oficio de Angelina Muñiz.

José Buil

* Tierra adentro. Joaquín Mortiz. Colección "El volador". México, 1977. 177 pp.

Poetisas mexicanas del siglo XX *

Una vez más nos encontramos, por principio, con un criterio débil para la elaboración de una antología: poetisas (poetas mujeres) mexicanas del siglo XX. Nada más. Sólo que para incluirlas dentro del material antologable las poetisas requerían cuando menos de un libro publicado. Además se trata de conmemorar (con atraso



Rosario Castellanos

considerable) el Año Internacional de la Mujer. Sin embargo el antologuista, Héctor Valdés, acomete la tarea con una justificación mayor: el "hecho literario en sí" de repasar la producción poética mexicana en lo que va de este siglo a través de una pretendida "poesía femenina", que si bien no puede separarse tan de tajo del resto de nuestra poesía, es un pretexto suficiente para emprender la labor de selección. ¿Qué puede resultar de un repaso de esta índole en nuestras letras?

En la introducción, Héctor Valdés recorre brevemente una trayectoria histórica, dividida en décadas, de los acontecimientos literarios y editoriales en relación al desarrollo de la poesía femenina en nuestra literatura. Independientemente de la importancia que adquirió María Enriqueta a lo largo de este siglo, y del caso aislado de Concha Urquiza en los años treinta, Héctor Valdés menciona el nacimiento de "un grupo compacto de poetisas que llegan a nuestros días con una labor ininterrumpida y que poseen, además, un acento propio". Se trata de Guadalupe Amor, Rosario Castellanos, Dolores Castro, Emma Godoy, Margarita Michelena, Aurora Reyes y Margarita Paz Paredes. Los vínculos que las configuran como grupo no son muy determinantes: se basan en la dispar y esporádica colaboración para algunas revistas, "en la aceptación general de ciertas lecturas, la Biblia, especialmente; en la afinidad de lenguaje, temas e imágenes, y en la posibilidad de las mutuas influencias".

En los años cincuenta destacan cuatro nombres: Griselda Alvarez, Carmen Alarcón, Enriqueta Ochoa y Thelma Nava. Los rasgos comunes se van perdiendo y es quizás en el lenguaje donde se van marcando las diferencias más fundamentales; los pocos vínculos ya no son sino coincidencias. Thelma Nava, dice Valdés, es la poetisa más importante que se da a conocer en estos años, es la "voz original y disidente".

En los sesenta se intensifica un movimiento poético general en México. Surgen nuevos nombres, recordemos a José Emilio Pacheco, José Carlos Becerra, Homero Aridjis, el grupo de *La espiga amotinada*, Sergio Mondragón, Alejandro Aura, etcétera. Pero al parecer no se publican libros de poetisas nuevas. No es sino hasta el final de la década que surge un libro que "atrae de nuevo la atención de la crítica hacia la poesía femenina: *Sólo esta luz*, de Isabel Fraire". Aquí empieza, para Héctor Valdés, una más definitiva pérdida de rasgos comu-

nes dentro de la poesía femenina. La antología concluye con tres nombres más: Germaine Calderón, Elva Macía y Elsa Cross, que publican sus primeros libros a principios de los setenta. Estas últimas, finaliza Valdés, junto "con Thelma Nava e Isabel Fraire, resumen esa diversidad de tendencias de la última poesía femenina de México".

El repaso no es muy revelador. El hecho es que tenemos ante nosotros una muestra que confiamos representativa de un cierto aspecto de nuestra historia literaria. Y la leemos con el espíritu de un historiador que "revisa" y/o con el espíritu de un simple lector de poesía. La antología resulta, entonces, o bien apegada estrictamente a los cánones totalitarios de un manual de literatura, que no excluye lo dudoso y necesita de alguna razón, vana o no, que justifique la presencia de determinado autor dentro de una evolución literaria nacional, o bien resulta desproporcionada y carente de estímulos para una lectura total. En este segundo caso, el desequilibrio es manifiesto: frente al estatismo modernista de estos versos de María Enriqueta que abren la antología

Muerta ya en mí toda queja,
y tranquila con mi olvido,
ayer, en una calleja
hirió, de pronto, mi oído
un canto tras una reja. . .

leemos un fluir de imágenes en el movimiento continuo del *Kaleidoscopio* de Isabel Fraire; frente a esa *Puerta de marfil* o ese *Señor, tú eres la guerra* de Emma Godoy o el *Cristo en la Cruz* de Concha Urquiza, nos encontramos con un Teseo fugaz finamente trazado en *Naxos* de Elsa Cross o con la sutileza y concisión de las *Estancias* o de *Los pasos del que viene* de Elva Macías.

Desde el punto de vista de este simple lector de poesía, quizás no exista una razón suficiente para aceptar la vecindad de tan diverso material en un mismo libro. Efectuar un muestreo de poesía femenina mexicana que abarque este siglo, siendo o no el Año Internacional de la Mujer, representa una empresa importante. Por qué no, entonces, matizar más críticamente esa vecindad. O por qué no establecer un criterio que dé una mayor significación a ese "repaso". La única respuesta posible, aunque en perjuicio de ese lector, es que el antologuista ha decidido no apartarse de esa concien-

cia del historiador de la literatura, de la que nos habla Alfonso Reyes al referirse a las antologías, para caer así en una colección de textos determinada por una libre afición personal. Las selecciones resultantes correrían peligros inminentes y tendrían seguramente un carácter arbitrario: basadas en algún tema, en la existencia de una posible generación, en una contemporaneidad cronológica o en algún movimiento subterráneo de cierta "poesía femenina" entendida de tal o tal forma.

Se trata pues de una antología emparentada con la historia literaria. Hablar de movimientos o tendencias queda aquí por demás excluido. Ciertamente podemos hablar de un "grupo" de poetisas que surge en los años cuarenta, pero finalmente, conforme nos vamos acercando al momento actual, nos vemos en la necesidad de hablar de individualidades más que de grupos, de dispersión más que de unidad, de diferencias más que de afinidades, o quizás, por el contrario, de un movimiento poético más general donde el concepto de "poesía femenina" quedaría reducido a un mero término taxonómico utilizado por el didactismo de nuestros manuales de literatura más comunes.

Los criterios son lo suficientemente amplios y precisos como para notar alguna ausencia considerable. Las presencias (de autoras o textos), dentro de esta perspectiva de un repaso total, tampoco pueden encontrar mayor objeción.

En lo que se refiere, ahora, al propio material poético representativo de cada autora la libertad del antologuista es mayor —no total porque sería difícil incluir en una antología de este tipo a María Enriqueta sin su *Vana invitación* o a Margarita Michelena sin su *Golpe en la piedra* o a Rosario Castellanos sin su *Lamentación de Dido*. Y es en esta libertad donde reside la tarea de Héctor Valdés: es el "hecho literario en sí" de recorrer, a través de diecisiete poetisas y ciento treinta poemas aproximadamente, un aspecto de nuestra poesía contemporánea, que si bien ha sufrido tantas torpezas editoriales, nosotros, para conmemorar algún suceso, decidimos repetir las y no publicar a tantas poetisas inéditas que seguramente algún día llenarán las páginas de las antologías más exigentes.

Francisco Hinojosa

* Poetisas mexicanas (siglo XX) Antología, introducción y notas de Héctor Valdés, UNAM, México, 1976.

DIFUSION DE LAS ARTES PLASTICAS

El Departamento de Artes Plásticas de la Dirección General de Difusión Cultural / UNAM se ha propuesto crear en el Museo Universitario y en la Galería Universitaria Aristos, un ambiente más dinámico, más informativo, más completo.

Para ello necesitamos ayuda.

La ayuda de un Patronato que con sus donativos nos permita acondicionar salas permanentes, presentar mejores exposiciones temporales, ofrecer una serie de actividades paralelas que complementen y redondeen los fines didácticos de cada muestra, construir un foro dinámico y adquirir los proyectores y pantallas, los sistemas de iluminación y sonido y todo aquello indispensable para hacer de Galería y Museo centros más completos de información y difusión.

Para iniciar la formación de ese Patronato, hemos decidido solicitar de amigos y colaboradores donativos de \$ 20,000.00 retribuyendo a nuestra vez con una carpeta conteniendo obra gráfica original de diez artistas contemporáneos: Gilberto Aceves Navarro, José Luis Cuevas, Helen Escobedo, Manuel Felguérez, Gunther Gerzso, Brian Nissen, Vicente Rojo, Kazuya Sakai, David Alfaro Siqueiros y Francisco Toledo, quienes generosamente colaboran con este proyecto.

Seguramente usted podrá ayudarnos. Se lo agradeceremos profundamente.

difusión cultural

UNAM

MATERIAL DE LECTURA

- 1- CARLOS PELLICER
Breve Antología
- 2- POESIA ITALIANA MODERNA
- 3- PAUL VALERY
"El Cementerio Marino"
- 4- FERNANDO PESSOA
"Oda Marítima de Alvaro de Campos"
- 5- JOSE LEZAMA LIMA
Breve Antología
- 6- LUCIAN BLAGA
Breve Antología
- 7- OCTAVIO PAZ
"Piedra de Sol"
- 8- EZRA POUND
Breve Antología
- 9- EFRAIN HUERTA
"Poemas"
- 10- W. H. AUDEN
Breve Antología
- 11- JAIME SABINES
"Algo Sobre la Muerte del Mayor Sabines"
- 12- JORGE CUESTA
Breve Antología \$5.00

A LA VENTA EN:
 Discoteca Augusto Novaro, Adolfo Prieto - 123
 Librerías Universitarias, Gandhi, El Agora, El Juglar
 Minipuestos Ciudad Universitaria y Casa del Lago
 Planta Baja Torre de Rectoría.

Primeros libros

de nuevos

autores

y libros

breves

de autores

reconocidos

una

editorial

de poetas

para

poetas



Apartado Postal 11-576 México 11, D.F., MEXICO

La Máquina de Escribir

Jorge Aguilar Mora u.s. postage air mail special delivery *	David Huerta Huellas del civilizado *	Evodio Escalante Dominación de Nefertiti *
Esther Seligson Tránsito del cuerpo *	Federico Campbell Pretexta *	Adolfo Castañón Fuera del aire *



10 pesos en Librería Porrúa

DESLINDE

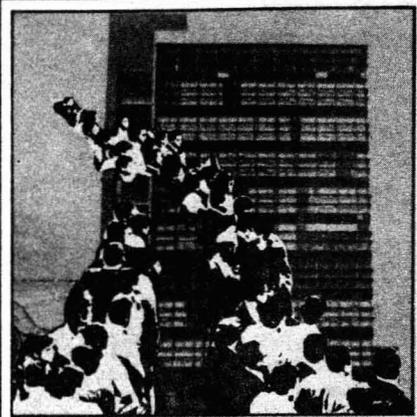
CUADERNOS DE SEPTIMA POETICA UNIVERSITARIA

OCTUBRE 1977

94

USOS Y ABUSOS
DE LA AUTONOMIA
UNIVERSITARIA

JOAQUIN SANCHEZ MACGREGOR



CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD
COORDINACION DE HUMANIDADES

UNAM

La obra maestra póstuma
de Lezama Lima

José Lezama Lima Oppiano Licario



Ediciones Era

Avenida 102/México 13, D. F./581 77 44

LOS UNIVERSITARIOS

PERIODICO QUINCENAL
PUBLICADO POR LA DIRECCION GENERAL
DE DIFUSION CULTURAL • UNAM



Director: Margarita García Flores

Suscripción anual \$ 20.00

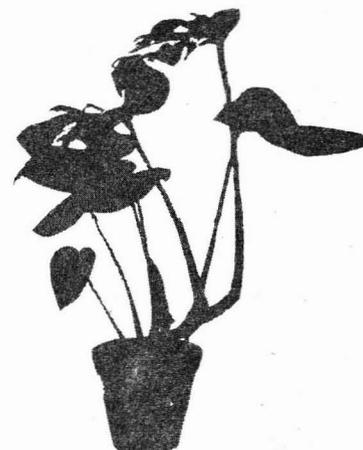
Dirección General de Difusión Cultural.

10o. piso torre de la Rectoría. Méx. 20. D. F.

naturaleza

volumen 8, número 4, julio de 1977

- ¿Cómo impulsar nuestro desarrollo tecnológico?
- La colonización del cosmos
- La nueva cara de Venus
- Luis Estrada: sobre Gauss
- Juegos para padres e hijos: un pez en movimiento



CUADERNOS POLITICOS

Perry Anderson ▶ Las antinomias de Antonio Gramsci (H) Michael Lowy y Eder Sader ▶ La militarización del Estado en América Latina (H) Ruy Mauro Marini ▶ Estado y crisis en Brasil (H) Arnaldo Córdova ▶ México: revolución burguesa y política de masas (H) Firmenich ▶ En memoria de Iván Julio Roqué, muerto heroicamente en combate

Revista Trimestral de Ediciones Era

Julio-septiembre de 1977 **13**

SALDAMOS una DEUDA de MEXICO con su CULTURA

Siglo Veintiuno Editores anuncia la publicación del

DICCIONARIO DE LA LENGUA NAHUATL o MEXICANA

de Rémi Siméon

un siglo después de haberse editado originalmente en francés.

Con la primera y única versión de esta obra clásica, rescatamos un valioso instrumento que revive la grandeza cultural del México Antiguo e iniciamos la colección "América Nuestra"

AMERICA NUESTRA



ARTES VISUALES

REVISTA TRIMESTRAL □ MUSEO DE ARTE MODERNO CHAPULTEPEC □ MEXICO



UNAM/DIFUSION CULTURAL
VOZ VIVA DE MEXICO



Dos poemas

María de la Cruz Patiño

I

La luna mira el día lo pasa dormida
despierta con las estrellas
helada recorre, en el reflejo de mis botas, el adoquín
(su camino me lleva al lago donde finalmente me mira)
El agua se estremece yo también
(nacemos y nacemos de la vida
toda vida es la muerte)
Sabemos por nuestros tactos solos,
pero también recuerdo: he visto a las mujeres tejer
telas
sembrar plantas, criar hijos y podrirse después en la
covacha
¿por qué no a ti, si la vida no cambia?
¿a qué mujer te crees distinta?
Pienso huyo:
tal vez los lirios a los peces
o cualquier otra cosa
la vida es esta muerte y otra cosa

EL ESCULTOR Y SU MODELO.

El tiene el brillo
de los ojos en los veinte
su risa es loca
y sus manos moldean ágilmente la espalda
templa la figura de una mujer
y la mujer soy yo
nos tiramos al suelo
nos reímos de no poder con tanto asfalto
me amarra suave
me dice cosas
rumia otra vez mi cara entre su sexo.



© 1985 G. G. G. G.